
jazmín
los más bellos romances del mundo
Ella no tenía corazón que perder, pues lo había enterrado junto con su esposo.
EL HOMBRE DE LA CICATRIZ
Violet Winspear
Novelas con corazón

El hombre de la cicatriz

Violet Winspear

El hombre de la cicatriz (1979)
Título original: Dearest demon (1976)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 114
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Domingo Artez y Destine Chard Mitchell

Argumento:

Ella no tenia corazón que perder, pues lo había enterrado junto con su esposo.

Parecía increíble que hubiesen pasado dos largos años, desde el trágico accidente en que perdió la vida su esposo. La soledad y los recuerdos habían convertido a Destine en una mujer solitaria y triste, y a la vez es una eficiente enfermera.

Buscando el olvido, Destine acepto trabajar fuera de su país, en el sur de España, como enfermera de una invalida; allí conoció al hombre de la cicatriz, el único que le haría recordar la tragedia que ella tanto quería olvidar…

Capítulo 1

Las sombras se alargaban a su paso, proyectadas por el sol que se ocultaba en el horizonte. El cielo tenía matices púrpuras y azules, que, en contraste con los rayos rojizos del sol que moría, daban al paisaje una belleza nunca antes vista por Destine. Al admirar aquellos colores que bañaban con su luz los valles, los graneros y las ruinas de viejos castillos, dudó si realmente estaría viajando en tren o sólo era un bello sueño.

Hubiese preferido hacer el viaje durante el día, pero le fue imposible conseguir asiento en ese itinerario en autobús. Siempre se hallaban agotados para esa ruta. La condesa le aconsejó tomar el tren y Destine no se atrevió a discutir con ella. Había sido muy amiga de su madre, después contrajo matrimonio con un español y llevaba viviendo en el país, cerca de veinte años.

Gracias a la condesa, viajaba en aquel compartimiento de estilo victoriano. Gozaba de intimidad, era cómodo y de buen gusto. Le habría agradado la idea de hacer el viaje en compañía de otros pasajeros, para sentir menos su soledad.

Destine era enfermera titulada, y hasta ese día había laborado en hospitales. Ahora, por primera vez, trabajaría para una amiga de su madrina. La señora, había perdido la movilidad en las piernas, a causa de un ataque de polio, la enfermedad le sobrevino mientras disfrutaba de su luna de miel. Poco después, el esposo desapareció y se rumoró que se había marchado con otra mujer. La pobre señora, cayó en un estado de peligrosa melancolía, lo que alarmó a su familia. La condesa les aconsejó que utilizaran los servicios de una enfermera inglesa, de esa manera, estaría bajo constante vigilancia. Alguien que pudiera hacer el viaje hasta Santa de Leones y permanecer al cuidado de la señora Arandas.

"Eres la persona adecuada para este trabajo" —le escribió la condesa—. "La manera en que sobrellevaste la pérdida de tu esposo, demuestra que eres la indicada para estar junto a Rocío. Ambas tienen algo en común, las dos perdieron algo muy valioso durante su luna de miel".

El esposo de Destine fue un joven y brillante médico. Durante el viaje de bodas, a escasas seis horas de la ceremonia religiosa, un auto embistió el de Matt, matándolo instantáneamente. Se habían detenido en un pequeño restaurante; en su camino a Cornwall, ella había olvidado el bolso dentro del auto, por lo que Matt regresó a él para sacarlo, en ese momento sobrevino la tragedia.

Cuando Matt murió, su estado de ánimo se mantuvo tranquilo,

sucedió tan de repente que no tuvo tiempo de darse cuenta de lo sucedido. Su dolor era silencioso. Regresó al hospital y sus compañeros de trabajo prefirieron no mencionar a Matt, ni hacer comentarios al respecto. Sólo el anillo de bodas, era la prueba material que Matt había sido su esposo.

Una extraña coincidencia la unía a la señora Arandas. La condesa acompañó a Destine a la estación y se aseguró de que dispusiera de comida, vino y libros para el viaje. Le habló de la similitud de las circunstancias, asegurando una buena relación con su paciente.

Recostó la cabeza sobre el mullido respaldo y cerró los ojos, el ritmo del tren le ayudaría a dormir con su hipnótico vaivén. Estaba consciente de que necesitaba calmar su ánimo, para adaptarse a su nuevo ambiente. Contaba con una cosa a su favor, dominaba el español y eso representaba una gran ayuda. Cuando su madre vivía, disfrutaban de largas temporadas en casa de la condesa y a Destine le llamó la atención el idioma, por lo que se propuso aprenderlo. El conde era un caballero y le ayudó para que su pronunciación y gramática fuesen perfectas. Lo dominó a tal grado, que personas latinas, al escucharla hablar, se maravillaban de que hablara con tanta fluidez y seguridad.

Sonrió, nadie hubiera pensado que el idioma que aprendiera, siendo una adolescente, fuese a resultarle tan útil.

La sonrisa murió en sus labios. Nadie hubiera podido predecir que su futuro resultaría tan diferente. Cuando tenía diecinueve años, conoció a Matt y se comprometieron muy pronto. Pospusieron la boda, hasta que Matt se hubiese ganado reputación como cirujano. Daban tiempo también, a que Destine tuviese veintidós años.

Le parecía increíble que hubiesen pasado dos años desde el trágico accidente. Dos largos años llenos de soledad y recuerdos, en los que perdió la alegría de vivir, la habían transformado en una mujer madura y en una enfermera competente, segura de sí misma.

No volvería a casarse, estaba resuelta a ello. Matt representó todo su mundo y sabía que jamás encontraría a otra persona capaz de hacerla sentir parte de un ser humano. Durante su largo noviazgo, se mantuvieron al margen de cualquier relación íntima. Destine lamentaba esa resolución. Matt era un hombre íntegro, con gran disciplina mental y física. Prometía ser un excelente cirujano y un maravilloso esposo.

El amor, el romance y el matrimonio no serían para ella. A los veinticuatro años, Destine Chard, vivía contenta, siendo una gran enfermera y con la amistad sincera de muy pocos amigos. No le pedía

nada a la vida. Matthew se había ido al igual que su madre. Supuso que el *shock* que recibiera al conocer la muerte de Matt, a quien quería como a un hijo, debilitó su corazón y murió al poco tiempo.

Cuando recibió la carta de la condesa, su primer impulso fue rechazar la proposición, su empleo en el hospital era importante para ella. No supo en qué momento accedió al llamado de la condesa, sólo recordó que una tarde se sentó a responder la carta de su madrina, diciéndole que aceptaba, ya que consideraba que un cambio le sentaría bien.

Y ahí estaba, dentro de unas cuantas horas, conocería a su paciente. La región adonde se dirigía, se localizaba en el sur. La condesa se la describió como cálida, pintoresca y aún mantenía la influencia de los moros.

Era cerca de la media noche, cuando el ruido estrepitoso del tren, al frenar, la despertó bruscamente de un profundo sueño. Miró su reloj, en diez minutos llegaría a la estación donde tema que descender. El lugar se conocía por el nombre de Xanas.

Xanas, repitió la palabra, pronunciándola en perfecto castellano. El lenguaje latino era rico en matices pero muy hermoso.

Abrió el bolso de piel color ocre, que había adquirido en Madrid, donde la condesa y su esposo poseían un apartamiento. Sacó un espejo de mano y un peine, recogió el cabello y lo peinó con facilidad, llevaba un buen corte, por lo que, con sólo unas cuantas cepilladas se veía arreglado. Su cabello era rubio y un mechón plateado, que empezaba en la raíz, caía hasta el borde, era natural, no lo usaba para verse más atractiva. Había aparecido como resultado del *shock* tan tremendo que tuvo, al encontrar sin vida el cuerpo de Matt. Aquel rostro tan amado, había quedado desfigurado.

El hombre que conducía el auto que embistió el de Matt, guiaba a gran velocidad y al tratar de evitar pasar sobre un gato que cruzaba frente a él, se desvió estrellándose contra el de su esposo. Habían muerto, junto a su esposo, sus esperanzas e ilusiones para el futuro.

Cuando se inició la investigación, ella estaba demasiado confundida para responder a las preguntas que le formulaban. La conclusión de las pesquisas fue que el conductor no era del todo culpable. Un gato se atravesó en su camino y el auto de Matt se había estacionado en un sitio inconveniente. El conductor fue dejado en libertad, tras imponérsele una pequeña multa.

Desde aquel día, Destine evitó cualquier contacto con los hombres, parecía que incubaba un odio incontenible en contra del sexo opuesto. Cuando alguien se le acercaba, con intención de

cortejarla, ella lo miraba con ojos indiferentes. Su personalidad se tornó fría y esquiva, su bondad sólo persistió con sus pacientes. Para el resto de la humanidad, era una mujer de hielo.

Se miró al espejo y se aseguró que, aun después de un largo viaje, su apariencia resultara agradable. Reunió sus pertenencias y trató de controlar su nerviosismo. Generalmente era calmada, pero era la primera vez que llegaba a un país extraño, a media noche. La condesa le advirtió que sería difícil.

La señora Arandas nunca se había adaptado a su condición de inválida, tampoco había olvidado al hombre que la abandonara a causa de su enfermedad.

El tren se detenía poco a poco frente a la estación.

Era la única pasajera que se apeaba en el lugar. La estación se veía oscura y el pánico la envolvió al detenerse en las sombras de la plataforma. Deseó regresar al tren, pero eso denotaría una actitud infantil, sería abandonar a un paciente y hacer quedar mal a su madrina, la que insistía en que un cambio de ambiente era lo que ella necesitaba.

Tomó su valija, mientras el tren empezaba a moverse para emprender su camino, la dejaba ahí y era tarde para arrepentirse. Se dirigió a la oficina de la estación, un empleado, medio dormido, recibió su boleto y le murmuró que nadie esperaba por la señora Chard. Quizá deseara tomar asiento mientras llegaban a por ella, la miró y se sorprendió al ver aquella pálida figura, enfundada en un traje de dos piezas de color claro. Se veía elegante e impecable. Desde luego que era una extranjera, pero Destine advirtió que el empleado se había mostrado admirado, al escucharla hablar el idioma con tanta fluidez.

—Esperaré afuera, deseo estirar las piernas un poco —repuso—. Tuve un largo viaje y no creo tener que esperar mucho por el auto que vendrá a recogerme.

—¿Se alojará en la posada? —preguntó abiertamente, con esa característica de los latinos.

—No, voy a la Casa de las Rejas —explicó—. Soy la nueva enfermera de la dueña.

—¿La dueña? —preguntó asustado—. ¿Acaso se encuentra enferma?

—Me refiero a la señora Arandas —explicó—, está inválida.

—¡Oh, por supuesto! —dijo aliviado—. Todos le profesamos gran cariño a la marquesa, y nos desagradaría saber que se encontrara

enferma.

—¿Marquesa? —ahora Destine se veía sorprendida—. ¿La señora Arandas vive en la Casa de las Rejas? Espero que la dirección que traigo sea la correcta.

—¡Claro! —replicó—. Ella es hija de la marquesa. ¿Acaso no lo sabía?

Destine frunció el entrecejo, ignoraba la razón por la que la condesa le ocultara ese detalle. Quizá pensó que trabajar para una familia con títulos de nobleza le desagradaría.

—Sé que tengo la dirección correcta, así que me despido —expresó, tratando de controlarse—. He viajado mucho y no desearía que me dejasen…

—Un vehículo se acerca, señora, tal parece que no se equivocó de sitio —el empleado bostezó y la acompañó hasta la puerta. Salieron, sintiendo el aire frío que soplaba en el exterior. Esas regiones eran, por lo general, calientes durante el día y frías en la noche. Escuchó cascos de caballos que resonaban, al entrar al patio, vio entonces, el carruaje que habían mandado para recogerla. Destine se sintió confusa al ver aquel anticuado medio de transporte.

Un hombre bajó del Landó, no logró ver su rostro, las luces del carruaje eran demasiado tenues para alcanzar a distinguir sus facciones. Supuso que era un sirviente de la casa, llegaba solo y la hora era muy avanzada para que algún miembro de la familia hubiese ido a recibirla.

—¿Es usted la señora Chard? —preguntó.

—Así es —era un hombre bastante alto, por lo que tuvo que levantar la cabeza para mirarlo. Destine no era una mujer de baja estatura, pero el hombre era mucho más alto que ella. Tuvo la impresión que su cabello era muy oscuro, los ojos del mismo tono brillaban en la oscuridad. El hombre tomó su equipaje y Destine sintió el impulso de permanecer ahí, no deseaba seguirlo. Su estatura la turbó y su cercanía la hizo titubear. Tomó su valija.

—¿Es esto todo su equipaje? —preguntó, con un dejo de ironía en su voz. Había oído decir, alguna vez, que las enfermeras no eran bien recibidas por los sirvientes de la casa. Ella no era sirviente, y tampoco era una huésped, era una enfermera y pensó, en ese momento, que la decisión de aceptar el empleo, no había sido correcta. No debió escuchar los consejos de su madrina y nunca debió dejarse persuadir de que dejar Inglaterra, serviría para curar sus heridas.

—Poseo un baúl, pero llegará después —repuso en voz baja.

—Entonces, debemos irnos.

—¿Fue enviado de la Casa de las Rejas? —preguntó dudando—. ¿Es usted el chofer de la familia?

Destine observó que el empleado de la estación abría la boca para responder, pero el hombre que tenía delante lo miró, y el empleado cerró la boca sin pronunciar palabra. El intercambio de miradas alteró a Destine, con movimiento rápido quiso tomar su valija, pero al hacerlo tocó los dedos de aquel hombre, para retirarlos al instante.

—¡Vamos! —ordenó con impaciencia—. Es demasiado tarde para perder el tiempo en este lugar. Le aseguro que soy de la casa donde su paciente la espera, no tiene por qué temer, no soy el Conde Drácula, no la llevaré a mi castillo.

—¡Vaya! —desconocía la forma de comportarse de los sirvientes latinos, pero éste era insolente. Seguramente su manera de tratarla se debía a que era una enfermera, si hubiese sido una huésped, la trataría de otro modo. Lo siguió hasta el vehículo. La tristeza invadió su ánimo. Trabajar en una casa sería muy diferente a trabajar en un hospital. Desarrollar una labor con un grupo de personas, era distinto a prestar servicios por su cuenta, rodeada de servidumbre y la interferencia de la familia, sin contar con el carácter de la inválida que tendría a su cuidado.

Trató de controlarse, cuando el sirviente la tomó del codo para ayudarle a subir al carruaje. Se sentó de prisa y él subió, acomodándose junto a ella.

—Gracias —dijo.

El chofer tomó las riendas y el caballo comenzó a trotar en dirección del camino, fuera de la estación. Sabía que Xanas era un pequeño pueblo, pero nunca imaginó que estuviese tan alejado. La aldea tenía que estar en algún lugar, pero ignoraba su localización.

La débil luz del vehículo, iluminaba una porción del camino y Destine no lograba distinguir las facciones del hombre que tenía a su lado. Las ruedas hacían un ruido peculiar, rozando a su paso un sembradío de plantas de gran tamaño. Supuso que sería trigo, pero como no tenía la plena seguridad, interrumpió el silencio y preguntó al chofer.

—Es caña de azúcar —repuso—. Esta región posee un clima cálido y también cuenta con la sombra que proporcionan las montañas, así que los cultivos son de tierra tropical. Espero que el

clima no le resulte molesto, ya que siendo inglesa le resultará violento el cambio. Sería una lástima que se diera cuenta de su error después de haber hecho un viaje tan largo. Pienso que hubiese resultado más conveniente traer una enfermera española.

—Lo dudo —repuso con sarcasmo—. Sé que hubo una enfermera española o quizá hubo más y que ninguna tuvo éxito al tratar a la señora Arandas. Sé también que su ánimo decae a menudo y que las personas que la atendían no la han sabido encauzar, por el contrario, estimularon más su depresión.

—Por sus palabras, deduzco que es usted fría y severa —dijo—. Me alegro no ser yo su paciente, no me agradaría que una persona tan poco comprensiva, se hiciera cargo de mí.

—No me mal interprete, soy comprensiva con las personas enfermas, de otro modo no sería enfermera —se sonrojó a su pesar.

—Debo advertirle —exclamó—, que la marquesa no tolera que se trate a su hija con dureza. Era una joven alegre y desenvuelta y poseía todo lo necesario para ser feliz. No tenía más que abrir la boca para que sus deseos fuesen cumplidos.

—Pero aún posee la vida —repuso en voz baja—, y es algo por lo que debería estar agradecida y le aseguro que nunca he sido incomprensiva ni violenta con un paciente. Mi propósito, al venir aquí, es ayudar a la señora Arandas a ver la vida de un modo distinto, de ayudarla a sobrellevar su enfermedad. Debe usted reconocer que ella posee las facultades para vivir feliz y llevar una vida distinta, a los que deben soportar la carga de una parálisis total.

—Esperemos entonces, que tenga éxito, señora —su acento era sardónico. Le molestó el tono de la observación, pues en cierto modo ella también había cambiado su forma de vida. Sabía que no era correcto, pero trataría de despertar en su paciente el amor a la vida, cosa que a ella también le sería útil. Entendía a la señora Arandas, comprendía su actitud y lucharía a su lado, para apartar los fantasmas que se atravesaban en su vida.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó, desviando el tema de conversación. No deseaba discutir con una persona que estaba en contra de su presencia en la Casa de las Rejas y que pensaba que a los enfermos había que dejarlos en paz. Deseó no volver a verlo, aunque era improbable, ya que siendo empleado de la marquesa, lo vería constantemente. Con seguridad era el encargado de llevarla y traerla en aquel antiguo medio de transporte.

—Un kilómetro, más o menos —repuso indiferente—. El lugar es solitario, señora, y no se le harán concesiones por provenir de

Inglaterra, donde la gente acostumbra mirar la televisión o asistir a las discotecas. Esta región estuvo dominada por los moros y la casa se construyó en ese estilo. Ellos trajeron a estas tierras las palmeras, las adelfas, los azulejos y los jardines acuáticos. En casi todos los habitantes de Xanas, corre sangre del desierto y les agrada resguardar sus casas con altos muros, para protegerlas del viento y de los intrusos.

—¿Me considera una intrusa? —preguntó desafiante. Pero se abstuvo de hacer mayores comentarios, había algo en la actitud de ese hombre que la inhibía.

—La considero como a la nueva enfermera —dijo—. La marquesa lo decidió así, para el beneficio de su hija.

—Mi medicina no será dulce ni amarga, lo único que puedo asegurarle es que haré todo lo posible para lograr el bienestar de la señora Arandas.

—Esperemos que su intención persista, señora. Las tardes en la casa pueden resultarle demasiado tranquilas y usted debe estar acostumbrada a trabajar en compañía de jóvenes doctores y…

—Creo que eso a usted no le importa —le interrumpió, dando rienda suelta a su agresividad, cosa poco común en ella. ¿Cómo podía pensar que sólo buscaba divertirse? Era cruel de su parte insinuar que disfrutaba de la compañía de los médicos… el único doctor que existía en su mundo, lo había perdido. Los que había conocido, eran sólo personas capaces, modelos de eficiencia. Si alguno se acercaba a ella, se topaba con un muro de hielo.

—Parece que tiene carácter —exclamó—. Úselo en contra mía, pero no se le ocurra hacerlo con la marquesa, porque nadie permitiría que le ocasionara un mal rato.

—Eso es algo que no me atrevería a hacer —repuso temerosa.

—Quizá ambos nos hemos formado opiniones erróneas, señora. Esta hora de la noche parece que altera las sensibilidades, dicen que es la hora del encanto, ¿lo sabía?

—Sí —accedió, mirando el perfil de aquel hombre—. Es la hora de los murciélagos, de las campanas y de los fantasmas, debe usted encontrarse muy molesto, salir a media noche para encontrarse con una enfermera, que, según su opinión, viene a perder su tiempo y el tiempo de los demás. Su escepticismo es desconsolador, señor.

—Sólo deseo hacerle comprender que no la llevo a un paraíso, señora. Tal vez los cartelones anunciando vacaciones en España, la hicieron decidirse a aceptar el empleo.

—Nunca pensé en que mi trabajo aquí, resultara una agradable vacación —repuso indignada—. Me doy cuenta de que su opinión sobre los ingleses no es la correcta.

—El tiempo lo dirá —dijo con soma—. No permanecerá mucho tiempo en la Casa de las Rejas, si su propósito es encontrar un protector, que se deslumbre ante al atractivo de una rubia de tez blanca y de cabello artificial.

—¿Mi qué? —no podía creer lo que escuchaba. Nadie, nunca le había siquiera insinuado que su color de cabello no era natural y ahora este sirviente, insinuaba que se lo teñía.

—Ese color lo adquiere de una botella —dijo—. Me di cuenta cuando la miré bajo la luz de la estación, no creo que alguna mujer posea ese tono en forma natural. Esa moda empezó en Hollywood, ¿no es así? ¡Y pensar que Hollywood era parte del imperio español en California!

—¡Es usted insoportable! —exclamó y sus ojos color azul brillaban a causa de la ira—. ¿Quién cree que es usted para hablarme de esa manera? Le diré a la marquesa lo insolente de su actitud, le aseguro que le disgustará la forma en que le ha hablado a uno de… de…

—¿De sus huéspedes? —preguntó—. No me mal interprete, señora. ¿Acaso dije que era imposible que una rubia, poseedora de un rostro bello y de una linda figura, viniese a España a perder el tiempo al lado de una inválida?

—¡Eso fue lo que dijo! —repuso furiosa—. Pero es mentira. Tengo tanto interés en coquetear con los hombres como… ese caballo. Soy viuda.

—Me han informado —interrumpió—, que las viudas inglesas gustan de los hombres latinos sin mencionar la mantilla negra, que en su caso se vería encantadora sobre su cabello.

—¿Cómo se atreve? —no podía controlarse por más tiempo—. Le informaré a la marquesa de su comportamiento, es algo que no puede ignorar.

En ese momento, el carruaje daba la vuelta sobre una curva en el camino, y un aroma a jazmines envolvió el ambiente. Los había sobre los muros, brillaban, a veces, como pequeños luceros. Estaban por llegar a su destino.

Después de pasar bajo un gran arco, el carruaje enfiló por una vereda rodeada de palmeras y cascadas de hiedra. El aire guardaba la fragancia de las flores, que, con el frío de la noche, expelían el aroma

que ocultaban durante el calor del día.

La Casa de las Rejas, majestuosa, rodeada de flores y de árboles, antigua y morisca, encerraba tras sus muros a una familia que se enclaustraba y se alejaba del mundo moderno, del cual Destine provenía.

El hombre bajó del carro, sin hacer el menor ruido, cosa que Destine había notado antes. Le ofreció una mano para ayudarla a descender.

—Lo puedo hacer sola, gracias —dijo, sin entender la repulsión que sentía hacia su contacto. Si hubiese intentado tomar su mano, ella hubiese descendido por el lado opuesto del vehículo.

Se encogió de hombros y la dejó sola, bajó el equipaje sin acercarse a ella. Destine miró a su alrededor, cada habitación del piso inferior tenía una entrada individual, en forma ovalada, iluminada por las luces que pendían de los muros.

El sirviente se adelantó, dirigiéndose a una de esas entradas, se detuvo bajo la luz, se volvió para mirar si ella lo seguía. Al ver su rostro, Destine contuvo el aliento. Sus facciones eran bien delineadas, varoniles. Un par de tupidas cejas enmarcaba los ojos muy negros. Aquella quijada firme le demostraba lo equivocada que estaba, al pensar que era un hombre vulgar, la forma de su boca distaba de expresar cinismo. Una gran cicatriz le atravesaba la mejilla izquierda, dándole a su rostro una apariencia siniestra. Se sentía a punto de desfallecer.

—¡Usted! —exclamó, quedamente. Deseó gritar del mismo modo como lo había hecho en sueños, entre álamos ingleses, como testigos; ahora, altas palmeras, atestiguarían su angustia.

La miró sin comprender lo que decía y sin entender por qué sus ojos azules lo acusaban de esa manera.

—¡Usted! —repitió—. ¿O acaso me estoy volviendo loca?

—Permítame decirle, señora, que no entiendo nada de lo que dice —se movió y su rostro quedó en las tinieblas de nuevo, no podía ver la cicatriz ni las cejas pobladas. Pero lo conocía… lo conocía… su rostro aparecía en sus pesadillas tan a menudo que era imposible no reconocerlo.

—No finja —gritó—. ¡Usted mató a mi esposo!

—¡Dios mío! —dijo en voz baja—. Usted es aquella mujer, la esposa del hombre que murió cuando mi primo se estrelló contra su auto. Eso fue tres… no, fue hace dos años ¡Qué pena!

—¿Quiere decir que no fue usted? —sentía que lo odiaba aún más por no tener el valor de reconocerlo—. Yo lo vi y nunca podré olvidar su rostro… lo recordaré mientras viva… lo que no tenía entonces era esa cicatriz.

—Esta cicatriz me la hice cuando era joven —repuso—, desde entonces me llaman Don Cicatriz… era mi primo, señora. Él conducía el auto que mató a su esposo. Era el Marqués Manuel de Obregón, Manolo, como le llamaban. Hijo de la marquesa y hermano de la mujer a la que ha venido usted a cuidar. ¿Acaso no le informaron, señora?

Ahora recordaba el nombre, era el mismo extranjero que había segado la vida de Matt. Jamás podría olvidarlo. Era algo difícil de creer, pero el hombre de la cicatriz era igual a él. El cabello oscuro, los ojos negros, los pómulos y la forma de la boca, parecían gemelos.

—Los primos hermanos se parecen mucho entre sí —agregó—. Pudimos haber parecido gemelos, salvo por la cicatriz. Mi nombre es Domingo y Amador Obregón, aunque me conozcan por el sobrenombre de Don Cicatriz. Mi madre era hermana de la marquesa; murió cuando nací, así que me trajeron a esta casa y crecí al lado de Manolo. La gente podía diferenciarnos por la cicatriz en mi rostro, sólo usted, una extranjera en Xanas, pudo confundirme. Todos en la aldea saben que Manolo murió en una plaza de toros, eso sucedió, hace aproximadamente, un año. Torear era uno de sus muchos placeres. Estaba destinado a morir joven, tenía treinta y cuatro años. Se dice en Xanas que sobre la familia Obregón, pesa una maldición y la historia parece confirmar lo que se rumora. ¿No lo cree?

—No… no puedo quedarme. Tendrá que llevarme de regreso a la estación, debo tomar el tren de regreso a Madrid.

—No habrá otro hasta mañana —dijo—, esta noche debe pasarla aquí.

—No —exclamó, negando con la cabeza—, lléveme a la aldea, a donde sea, pero no dormiré bajo el mismo techo de ese hombre.

—Manolo ha muerto, no puede culpar a los demás por lo que sucedió. A nadie ayudará, si persiste en esa actitud histérica.

—Ya he tenido suficiente con sus insultos. Cuando veníamos hacia acá me llamó aventurera y dijo que mi cabello era teñido.

—¿Acaso herí su vanidad? —preguntó cínico.

—Odio a toda su familia —repuso con amargura—. Si hubiese sabido de quiénes se trataba, jamás habría venido… ¿por qué habrá actuado la condesa de esa manera? ¿Qué fue lo que la hizo…?

—Tal vez la aconsejó el demonio —caminó hacia atrás, la luz de la lámpara iluminó su rostro. Parecía el diablo mismo, las facciones y la cicatriz que marcaba su mejilla infundían temor, parecía que una garra le había desfigurado el rostro—. Usted dijo que su nombre era Chard y el hombre que murió se llamaba Mathias Mitchell, ¿no es así?

—Matthew —corrigió—. Mitchell era mi nombre de casada. Cuando volví a ejercer como enfermera, usé de nuevo mi nombre de soltera. Escuchar su nombre, cada vez que se dirigieran a mí, era algo difícil de soportar. Significaría estarlo recordando cada minuto del día… ¡Oh, Dios! ¿qué es lo que voy a hacer?

Miró la casa con odio. Solo dos alcobas estaban alumbradas, podía ver la luz a través del enrejado de las ventanas. Hierro fundido, haciendo caprichosas figuras, guardaba los secretos y las penas de la familia Obregón.

—Entremos —dijo Don Cicatriz.

Destine lo siguió, no tenía alternativa y entraron en la Casa de las Rejas. Por esa noche tenía que acceder, la hora era impropia para retractarse, pero en cuanto amaneciera…

—¿Me llevará a la estación en cuanto amanezca? —dijo—. ¡No puedo permanecer aquí, no puedo afrontarlo!

—¿En verdad lo cree así? —la miró y sonrió, pero sus ojos permanecieron impávidos.

Capítulo 2

Había lámparas en la habitación, pero la luz no alcanzaba a iluminar todo el cuarto. Disponían de electricidad, pero después de las diez de la noche, se desconectaba para ahorrar energía del generador local. Se encontraban a gran distancia y les resultaba difícil darle servicio a la casa, aunque ésta fuese de la marquesa.

Destine miró a su alrededor, sobre un muro, arriba de la cama pendía un crucifijo. La cama tenía en cada esquina un barrote y sobre el techo de la misma, se hallaba recogido el velo que se bajaba cuando alguien la ocupaba. Las lámparas de petróleo, proyectaban las sombras de los insectos atrapados en su interior, sobre los muros blancos. La región era cálida y abundaba toda clase de bichos.

Siempre los muros blancos y las sombras tenues. Pensó que eran un símbolo del temperamento latino, nada a medias. No existía en ellos la indecisión en su personalidad o en su manera de comportarse. Los hombres eran demonios o santos; las mujeres eran madres o monjas.

Cortinas de brocado, de color oro viejo, cubrían las ventanas, el tiempo había borrado sus dibujos. Percibió el aroma de cera, todos los muebles relucían como pulido metal. Las cajoneras eran tan grandes que un chico podría meterse y esconderse fácilmente dentro de ellas.

¿Habrían jugado los primos a las escondidas cuando eran pequeños? Miró los adornos antiguos en el tocador y el gran espejo sobre de él, le devolvió su imagen. Se asombró al verse tan pálida.

En esa casa vivió el hombre que asesinó a Matt y le era imposible creer que ella se encontrase allí. ¿Qué cambio en su destino lo había decidido así?

Un escalofrío recorrió su espalda. Se detuvo junto al lecho y miró las figuras labradas sobre los postes de la cama, un ángel y un caballero adornaban los de la cabecera, y un dragón y un demonio adornaban los del otro extremo.

Miró el techo sobre la cama, parecía un muro protector contra algún peligro desconocido.

Se alejó de ella, no podía dormir en ese sitio. Se sentaría en el sillón junto a la ventana y esperaría el amanecer. Con la primera luz en el cielo, saldría de esa casa. Don Cicatriz estaría contento de que abandonara la Casa de las Rejas. Cuando la recogió en la estación ignoraba que fuera la viuda de Matthew Mitchell y aun así, se había comportado de una manera insolente y poco cortés.

Las piernas le temblaban al acercarse al sillón, se sentó sobre el mullido asiento y recostó la cabeza sobre el respaldo.

Se sentía exhausta, desde el accidente de Matt, no se había sentido de aquella manera, como enfermera sabía que las emociones muy intensas le restaban vitalidad al cuerpo. Sabía que necesitaba dormir, pero su obstinación le impedía hacerlo en la cama, cuando las luces se hubiesen apagado y el velo fuese bajado, le parecería aún más tétrica. Dormiría en el sillón, lo había hecho infinidad de veces, durante su trabajo en el hospital.

Escuchaba el zumbar de los insectos alrededor de las lámparas y hasta ella llegaba el aroma de la cera del petróleo que se mezclaba con el olor a tomillo, seguramente la sobrecama había sido guardada durante largo tiempo. Sus pestañas se fueron cerrando poco a poco y un sueño pesado se fue apoderando de su cuerpo y de su mente. La cabeza cayó sobre un lado y el cabello cubrió un lado de su rostro. Dormida, la juventud volvía a su exquisito rostro. Se hallaba completamente ajena a lo que sucedía a su alrededor, cuando la puerta se abrió y la sombra proyectada sobre los muros blancos pareció cobrar vida. El crucifijo, tallado en fina madera, la cama con su alto techo, parecía resguardar al que la ocupara, de los peligros de la naturaleza humana.

Cuando la puerta se abrió, no escuchó el ruido, ni sintió que se posaban en ella, aquellos ojos negros, que la miraban con mirada de fuego.

El hombre caminó aún más silencioso que cuando lo hiciera en el patio. La alfombra oriental fue cómplice de su furtiva visita. La miró, pero Destine, sin mover un solo músculo de su rostro, continuó dormida, hasta que la luz del sol mañanero pasó, a través de la ventana ovalada. Un rayo de luz iluminó el crucifijo, que irradiaba un arco iris de colores alrededor de todo el cuarto.

Abrió los ojos, y los matices multicolores bailaron frente a ella. Por un momento, permaneció inmóvil, miró la ventana y la cruz sobre la cama, no recordaba dónde se hallaba. Había dormido en tan profundo sueño, que el despertar fue lento y pesado, volviendo a la realidad, se sentó sobre la cama. Se dio cuenta, entonces, que no se encontraba sobre el sillón, sino cubierta con la frazada en la gran cama.

Recordaba que se había sentado en el sillón, dispuesta a pasar la noche frente a la ventana. Pensó que, tal vez, el frío de la madrugada la hizo buscar la tibieza de la cama.

Ahora sentía que el calor llegaba con la luz del día. El rayo del

sol sobre la mano, le indicó que había dormido más de lo que esperaba. La noche anterior estaba resuelta a irse, abandonaría la casa, no importaba la hora, miró el reloj que se había detenido por falta de cuerda. La luz del exterior le indicó que debía ser tarde, aproximadamente las siete u ocho de la mañana. Se deshizo de los cobertores y estaba a punto de levantarse, cuando, unos golpes en la puerta, la hicieron estremecer, un escalofrío le recorrió la espalda.

Miraba la puerta, con aprensión, cuando vio que la manija giraba y la puerta quedaba abierta. Una mujer se paró bajo el marco y miró a Destine.

—No pudimos conocernos anoche —dijo la mujer en inglés, su acento era muy marcado—, porque llegó usted muy tarde. Es usted la enfermera Chard, ¿verdad?

—Sí —repuso tratando de aliviar la sequedad en su garganta. Miró a su visitante, tendría alrededor de cincuenta años; aún era bella, —con ese encanto natural, conservado sin visitar los salones de belleza. Poseía unos ojos maravillosos, color negro, que por su forma, parecían orientales. Su piel era pálida y no se le podían apreciar arrugas, aunque por las venas marcadas en sus manos y las líneas en el cuello, se podría decir que era una mujer cercana a cumplir sesenta años.

Cuando volvió a hablar, no le causaron a Destine gran sorpresa sus palabras.

—Soy la marquesa, vengo a darle la bienvenida, ya que anoche no pude hacerlo. Debió estar exhausta, después de un viaje tan largo, para quedarse dormida sin cambiarse de ropa. Espero que mi sobrino le haya atendido como se merece y que su rostro… me olvidaba que usted es enfermera y ha visto caras desfiguradas en el transcurso de su carrera. Confío en que no le haya molestado que un hombre marcado la fuese a recibir.

—No —negó con la cabeza. Pensó que cuando le dijera a la marquesa que no pensaba permanecer un minuto más en su casa, supondría que se debía al miedo que le infundía el rostro de su sobrino. La verdad era más dura, pero ¿cómo podría explicarle a esa mujer, que ella era la viuda del hombre que su hijo había matado al conducir con tanta negligencia?

—¿Qué sucede, enfermera? —la marquesa se veía perpleja al acercarse hasta la cama—. ¿Se siente mal?

—No, señora marquesa, me encuentro bien —bajó de la cama y se puso los zapatos, mientras pensaba en la forma de decirle a la señora que no permanecería allí. El sobrino era el culpable de la

situación en que se hallaba, debió haberla despertado una hora antes, y llevado a la estación, antes que su tía se diera cuenta. Podría haberle dicho que no había llegado, como estaba previsto, después de todo, nadie la había visto. Los sirvientes dormían y recordó que le había ofrecido una taza de café y ella se había negado a tomarla.

Era demasiado tarde, ahora tendría que inventar otra excusa para renunciar al trabajo.

—Creo que algo malo sucede —se acercó a ella y estudió su rostro—. ¿Se encuentra a disgusto, enfermera Chard? Tal vez le cause temor el que estemos tan aislados.

—Sí, temo que así es —se aprovechó de sus palabras—. Jamás supuse que la casa estuviese tan alejada de la aldea y de sus sitios de diversión. Creo que no le seré muy útil, por lo que me iré enseguida.

—¿Sin conocer a mi hija? —la miró descorazonada—. No creo que pertenezca al grupo de mujeres frívolas, que necesiten diversiones de esa naturaleza. Pienso que algo le preocupa. ¿Acaso la molestó mi sobrino? Cuando supo que una enfermera inglesa vendría a trabajar aquí, no lo vi muy entusiasmado, es un hombre que no concibe ocultar la verdad, con una dulce mentira. ¿Qué le hizo? ¿Le dijo que no era la persona adecuada para hacerse cargo de Rocío?

Destine dudó y bajó la cabeza.

—Quizá su sobrino tenga razón. Parece que no vale la pena empezar el trabajo, si en pocos días tendré que dejarlo.

—¿Tiene por costumbre darse por vencida, con tanta facilidad? —sonrió—. Sé que mi sobrino puede intimidar a cualquiera, pero usted, no me parece el tipo de mujer que se atemorice ante nadie. ¡Por favor, quédese! Dese usted misma la oportunidad de que le seamos agradables, y si en una semana insiste en abandonar Xanas, le aseguro que no insistiré.

Se dijo que no debía ceder ante el ruego y el encanto de la marquesa que, por lo que podía apreciar, no parecía amargada, después de haber perdido a un hijo y convivir con una hija inválida. Dudó unos segundos, los que bastaron para que la marquesa oprimiera un botón cerca de la mesita de noche.

—Haré que le sirvan café o té, si así lo prefiere, y un buen desayuno. Nuestra ama de llaves la cuidará bien. Parece gruñona, pero posee un gran corazón, su nombre es Victoria. La veré después, enfermera. ¡Bienvenida! Queda usted bajo mi hospitalidad.

Salió de la habitación cerrando la puerta suavemente. Destine comprendió que perdía frente a la marquesa, había cambiado su

determinación, sin oponerse. Tendría que permanecer en aquella casa, por un período más largo de lo que supuso, le gustara o no la idea. Se mordió el labio, sabía que la habían derrotado y sintió gran amargura en su interior. Caminó hasta la ventana y descorrió las cortinas, dejando pasar aquellos maravillosos rayos luminosos.

Todo brillaba bajo la luz matinal, el balcón, hecho de hierro, recibía todo el esplendor en cada una de sus caprichosas formas que enmarcaban las ventanas. Miró una mesa arreglada y lista para ser usada; naranjos, cuya fruta amarilla pendía de sus ramas, los colores de la fucsia, danzaban al compás de la brisa y un hibisco con hojas brillantes y oscuras miraba hacia el cielo. La hiedra subía hasta el enrejado, luciendo flores de bellos colores, donde las abejas se detenían para libar miel.

Destine se sintió presa del encanto del lugar, era algo tan bello, que una mujer podría pasar largas horas leyendo o bordando un fino lino, sin que el mundo exterior pudiese molestarla, aunque sus sentidos le dijesen que ella era parte de ese mundo.

¿Habría también plantaciones de tabaco? Recordó que Don Cicatriz le había dicho que la región era cálida y en ella crecían plantas exóticas.

Miró hacia abajo, el agua en pequeños canales, corría por el patio y por los jardines de la casa, a los lados, palmeras con grandes penachos de hojas se mecían y daban sombra a las plantas multicolores. Los pájaros aleteaban entre las ramas de los árboles y escuchó el trino con que saludaban al nuevo día.

Se hallaba tan absorta tratando de distinguir los sonidos que llegaban hasta ella, que no se percató cuando el ama de llaves entró en la habitación. Se volvió al oír el tintineo de las llaves, al hacerlo, se encontró con una figura salida de un drama victoriano; tenía ante sí, a una mujer enfundada en un traje negro, con una cadena que pendía de la cintura, en cuyo extremo se hallaban colgadas infinidad de llaves. Su rostro era oscuro y surcado de arrugas, la mirada de los ojos negros, penetrante.

—Tomaré su orden para el desayuno, señora —dijo—, y responderé a cualquier pregunta que desee formular. Le ruego que me indique qué es lo que desea tomar por las mañanas, soy una persona muy ocupada, así es que dígame cómo lo prefiere, para no preguntarle todos los días. Esta es una casa civilizada, contamos con té o café. Las enfermeras anteriores pensaban lo contrario, ya que no tenían un aparato de televisión para ver sus programas favoritos.

Destine deseó sonreír, pero no se atrevió, el ama de llaves era

una mujer de carácter y en su rostro no había muestra de amabilidad. Encontrar a una persona como ésa, sólo podía suceder en esta región, donde el pasado aún latía con fuerza en el presente.

Destine se acercó a ella; el ama de llaves la miró de arriba abajo, aún se veía somnolienta.

—Me gustaría tomar té inglés, por favor. La enfermera anterior, ¿desayunaba aquí, o lo hacía en la cocina? Y le agradecería me indicara dónde se encuentra el cuarto de baño.

—Puede tomar el desayuno en su habitación, señora, pero si lo toma abajo le ahorrará trabajo a mis empleados. Ahora, si viene conmigo le mostraré el cuarto de baño que corresponde a esta habitación.

—Gracias —respondió, siguiendo a la señora que era todo un sonido, llaves y crinolina le acompasaban su andar. Caminaron por un pasillo, que por un lado conducía a la escalera y por el otro, a un corredor de puertas labradas en madera, como la de su propia habitación.

Pasaron ante varias habitaciones, hasta que la señora se detuvo frente a la última.

—Este es el cuarto de baño, señora. Se dará cuenta de que el suministro de agua varía, según la cantidad que use el dueño de la plantación. El agua en esta región es un líquido muy preciado, cuesta mucho dinero traerlo desde las montañas. En ocasiones tiene un extraño color, pero es potable.

—¿Es caliente? —deseó saber.

—A veces sí y a veces no. Aprenderá a usarla como llega. Sé que en su país, existen todos los adelantos modernos, aquí, cuando se acaba la gasolina, mi hijo Pepe tiene que conducir varios kilómetros para comprar más. ¡Enfermeras! Creen que merecen el trato de la nobleza.

—Le aseguro que no esperaba un trato especial —sonrió—. Por lo poco que he podido ver, la casa funciona maravillosamente… Tengo entendido que la marquesa es viuda y que su único hijo murió en una plaza de toros.

Le costó un gran esfuerzo hablar con calma, pero ya que residiría allí, necesitaba conocer los detalles de la gente que vivía en la casa.

—El esposo de la marquesa murió hace mucho tiempo, y su hijo murió como usted ha dicho. Ya conoce al dueño, fue por usted a la estación, la noche de ayer. Mi hijo debió haberlo hecho, pero tuvo que llevar el auto a componer y como el garaje más próximo está muy

retirado de aquí, no llegó a tiempo para cumplir con el encargo, es por eso que Don Cicatriz se llevó la carreta. Nos encontramos muy aislados.

La última frase la había dicho enfatizando cada una de las palabras, como queriendo insinuar que tampoco ella duraría mucho tiempo en aquella casa. Destine sabía que tenía razón, pero no por lo que ella pensaba, lo que le preocupaba era el tener que vivir con aquella familia, en especial.

—¿Así que él es el amo? —preguntó.

—Don Cicatriz ha administrado esto por muchos años —la miró, advirtiéndole que contra aquel hombre, no se podría hacer nada—. Su hijo jamás se interesó por la plantación, a él sólo le interesaba el dinero que producía. Poseía encanto, pero el que trabaja la tierra es el dueño. A éste, nunca le interesó conquistar mujeres o torear. Es un solterón y nunca cambiará.

En la mente de Destine apareció la imagen de aquel rostro. Recordaba que bajo la débil luz del pasillo, le había aterrado por su semejanza con Don Manolo.

—Así que es el dueño —murmuró.

—¿Y por qué no había de serlo? —protestó—. ¿Quién con más derecho que él? Si Doña Rocío tuviese sentido común, se habría casado con él.

—Pero son primos —contradijo Destine.

—¿Y eso qué? ¿Acaso en su país, los primos no se casan entre sí? En Xanas es algo muy común y bien visto. Si las familias llevan buenas relaciones, un matrimonio las une aún más.

—¿Y si existen defectos en sus características? —preguntó—, eso sería un impedimento, al unirse, esos defectos los heredarían sus descendientes. Tal vez por eso los primos dudaron. Por lo que sé, el hermano de Doña Rocío no era un santo, era más bien un sátiro.

—Lo que haya en la familia no es de su incumbencia, enfermera. Su único objeto en esta casa, es cuidar a Doña Rocío y si le ha dado crédito a las murmuraciones, debe guardarlas para usted. Ella lo amaba mucho. Su muerte le produjo un choque muy fuerte. ¡Añádale usted, todos los problemas que tiene!

Después de una pausa, Victoria continuó:

—La vida puede ser injusta con algunos —musitó.

—Lo sé —exclamó sinceramente Destine. Matt tenía veintiséis años, cuando aquel automóvil lo incrustó sobre el parabrisas de su

propio coche. En sus pesadillas, veía la imagen del que tanto había amado, convertido en una figura inerte, carente de rostro. Se estremeció y se dispuso a entrar en el cuarto de baño.

—¿No le importaría que por, este día, tomara el desayuno en mi habitación? —preguntó.

Victoria se encogió de hombros.

—Está bien —dijo—. ¿Desea té y huevos con tocino?

—Por favor.

—Estará listo en media hora —le tocó el hombro en forma brusca—. Me han dicho que es usted viuda.

—Sí —los nudillos de la mano que sostenían la perilla de la puerta palidecieron—. Mi esposo murió hace dos años.

—Es usted muy joven para ser una viuda —exclamó, saliendo del cuarto.

Destine entró en el anticuado pero cómodo cuarto de baño, y se dio cuenta que ella misma se había condenado a pasar una semana en esa casa. No deseaba quedarse, pero algo la detenía allí. ¿Cómo podía sentir algo que no fuera odio, por cada uno de los miembros de la familia de Don Manolo? Llevaban la misma sangre de él. Y tal vez, los pecados de él fuesen los mismos de la familia. Sabía que tenía que marcharse, se inclinó sobre la bañera y al abrir una de las llaves vio algo sobre el fondo de ella, que hizo que se le helara la sangre. Una enorme araña negra caminaba con sus patas largas sobre la blanca porcelana.

Destine no se asustaba con facilidad, su trabajo en el hospital le había enseñado a vencer el miedo, pero desde la noche anterior sus nervios se hallaban muy alterados y no pudo contener el grito que subió por su garganta.

Casi al instante la puerta del baño se abrió y al volverse vio la figura de un hombre alto. Llevaba el cabello mojado y sólo usaba unos pantalones color negro, dejando al descubierto el ancho torso. Por un momento sus ojos se fijaron en el disco de oro que pendía de su cuello, la cadena se perdía entre el vello que le subía casi hasta la garganta. Su piel era morena y el color de sus hombros indicaba que habían estado expuestos a un duchazo con agua fría. Destine contuvo el aliento sin conocer la razón.

Era enfermera y viuda, pero nunca había estado frente a un hombre tan varonil. Admiró los músculos del tórax al tiempo que entraba en el cuarto de baño.

—¿Qué sucede? ¿Por qué gritó?

Los ojos de él siguieron la dirección que los dedos de Destine le señalaban, ella no se atrevió a mirarlo a los ojos.

—¿Y por eso gritó? —su tono era sardónico.

—Me tomó por sorpresa. Le aseguro que normalmente, no soy una histérica, pero debe admitir que en Inglaterra no tenemos tal variedad de arañas.

—Tal vez —exclamó e inclinándose sobre la bañera tomó a la araña y la colocó sobre la palma de su mano, se acercó a la ventana y la arrojó fuera. Se volvió a mirar a Destine, que sostuvo su mirada. No sólo le atemorizó la cicatriz sino su forma de mirar, era la misma de Don Manolo de Obregón. Alto como su primo, flexible como el acero, ojos oscuros.

—Ya supe que vio a la marquesa. Le ha pedido que se quede ¿no es así?

—Sí —no pudo sostener su mirada.

En un segundo caminó hasta ella, le tomó la barbilla con una mano y la obligó a mirarle a los ojos.

—Si permanece aquí, enfermera Chard, tendrá que ver mi rostro que la hace estremecer ¿verdad? Siente deseos de mirar hacia otro lado. Puede escoger, la llevo a la estación o se queda aquí y no tendrá que volver a verme jamás. Anoche usted me rogaba que lo hiciera.

—Lo sé —dijo—. Deseaba irme pero…

—Es que siente curiosidad por la familia y parece que está ligada a su propia infelicidad. Necesita encontrar la razón que justifique la muerte de su esposo y piensa que aquí la encontrará, ¿no es así?

—Quizá —parpadeó, no deseaba mirarlo, era la primera vez que veía unos ojos tan impenetrables, y mirarlos era perderse en su profundidad—, no lo sé… estoy confundida, pero si huyo tal vez me odie a mí misma.

—Entonces, se quedará aquí y me odiará —había un tono amargo en sus palabras, sostuvo su barbilla con más fuerza y la obligó a mirarlo de nuevo—. Mientras haya luz, míreme bien, enfermera Chard. Anoche dijo algo extraño… dijo que era Don Manolo y, en cierto modo, así es. Cuando lo sacaron de aquella plaza de Sevilla, su bello rostro se hallaba desfigurado. Pagó el precio que todos debemos pagar algún día. ¡Váyase! Regrese a Inglaterra y trate de olvidar.

—¡Olvidar! —lo miró, con sus ojos azules—. Usted nunca ha amado a alguien, y piensa que es sencillo olvidar una sonrisa, una

comunicación, un sentido de unión. ¿De qué está hecho? ¿De acero?

—¡Quédese! —exclamó, soltándola de un modo tan violento, que Destine perdió el equilibrio y cayó de espaldas contra la pared, golpeándose un hombro. Sintió dolor pero no lo exteriorizó—. Existe un dicho que dice: "Si decides vivir con dragones, entonces prepárate a ser quemada". La veré más tarde.

Abrió la puerta e inclinó la cabeza, saliendo del cuarto de baño.

Destine se frotó la parte dolorida. Durante dos años guardó odio en su corazón, ahora ya tenía contra quién verterlo. No había encontrado un escape y ahora lo tenía. Sus ojos brillaron con furia, el primo de Don Manolo poseía el mismo tipo arrogante de aquél.

Destine se acercó al espejo que pendía de la pared, miró su rostro durante largo tiempo. Recordó lo que Matt veía, cuando estaba a su lado, los ojos tenían un color muy azul, era un tono puro sin destellos de ningún otro. El cabello era plateado y enmarcaba las finas facciones de su rostro.

Le gustaría darle una lección; con su bello rostro y esbelta figura, podría hacerlo. Era tan arrogante como el otro, se creían inmunes ante cualquier sentimiento. Pensaban que las emociones sólo eran permitidas a los tontos, le gustaría demostrarle lo contrario y hacerle caer de rodillas ante el amor.

Olvidar, había dicho, como pudo decir cualquier otra cosa. Olvidar que Matt había muerto el día de su boda.

Los ojos de Destine se reflejaban en el espejo y su brillo era duro como el acero. Le gustaría enseñarle a Don Cicatriz lo que era amar a alguien y después perderlo. Le gustaría robarle el corazón, para después hacerlo pedazos.

Cuando regresó a su habitación encontró sobre la mesa, junto al balcón, una bandeja con el desayuno servido. Huevos con tocino y una jarra con té.

No podría seguir enfundada en aquel traje de dos piezas, miró la cama y se preguntó si era posible que entre sueños hubiese caminado hasta ella. ¿Acaso alguien la había llevado hasta allí? ¿Habrían sido los brazos fuertes y morenos de Don Cicatriz, los que la habían colocado sobre la cama mientras dormía?

Su peso no sería problema para él, era fuerte y seguramente no lo había hecho impulsado por la bondad. Al verla dormida sobre el sillón, sólo se le ocurrió moverla de lugar, ningún sentimiento adicional había cruzado por su ser. Sus movimientos debieron ser silenciosos y suaves, ya que no sintió nada en absoluto, que

interfiriera con su sueño.

Destine abrió la valija y comenzó a sacar su ropa. Podía elegir, se quedaba o se marchaba.

"¿Desearán que use uniforme?" —le había preguntado a su madrina.

"Estas personas no son convencionales" —le había contestado, sonriendo—. "Te sorprenderán".

Y vaya que si la habían sorprendido, aunque no era la palabra correcta. Sacó un vestido en color azul y blanco, de material inarrugable. Se cambió y cepilló el cabello. Lo recogió hacia atrás haciendo un moño, que dejaba descubierto el cuello, dando a sus facciones una apariencia limpia y serena.

Tomó el desayuno bajo los rayos del sol, terminaba de comerse una mandarina, cuando entró una joven sirvienta para recoger el servicio. Sin duda la chica había sido aleccionada diciéndole que la joven inglesa hablaba perfecto español, por lo que se dirigió a ella en su idioma. Le informó que la marquesa deseaba verla, si es que se hallaba lista, para que pudiese conocer a Doña Rocío.

Destine siguió a la chica, los nervios en tensión, sabía que aquella joven ignoraba que su hermano le había ocasionado tanto daño como a ella la polio.

—Ve a la cocina, Pepita —dijo a la sirvienta Don Cicatriz—. Deseo hablar con la enfermera, después la llevaré con la tía Felicitas.

La chica lo miró con temor y desapareció. Don Cicatriz soltó una carcajada.

—Siempre que llega una sirvienta nueva, formula mil supersticiones en torno a mi rostro, pero se marchan casándose cuanto antes.

Mientras hablaba, se recostó sobre uno de los pilares que sostenían los arcos. Destine pensó que la perturbaba más de lo que suponía.

Usaba una camisa en color blanco, que hacía ver su piel más oscura y aquella apariencia de fuerza indolente, parecía más descarada a la luz del día que bajo la tenue luz de la lámpara, en medio de la noche. Pensó que utilizaba la oscuridad como una máscara, pero ahora bajo la luz matutina, veía que su apariencia era la de un hombre de treinta años, carente de simpatía y de ternura, con una expresión satánica.

—¿Qué es lo que desea, señor? —preguntó—. No deseará hacer

esperar a su tía.

—Sólo quiero asegurarme de que no le dirá a la tía cosas que puedan molestarla. Si va a permanecer aquí, prométame que no le dirá nada acerca de quién fue el culpable de la muerte de su esposo. Sería muy cruel decírselo a una mujer que ha sufrido.

—¿Y no piensa que yo también he sufrido? —murmuró.

—Usted es joven —repuso, recorriendo con los ojos la delgada figura enfundada en el vestido azul y blanco—. Y estoy seguro que sabe lo atractiva que es y que puede comenzar una nueva vida. La marquesa vive de sus recuerdos, el tiempo los ha suavizado un poco y no deseo que los reviva —se acercó a ella, y Destine, instintivamente, dio un paso hacia atrás, miró la mueca de sus labios y sintió repulsión al mirar la cicatriz—. Creo que usted y yo nos entendemos ¿no es así?

Ahora le tocaba a ella recorrerlo con la mirada.

—Usted me ha juzgado, ahora es mi turno. Me ha tomado por una pobre viuda en busca de un protector rico… ¿Debo pensar que ese hombre rico es usted?

—Sería un error que me tomara por un tonto, dispuesto a dejarse deslumbrar por su cabello y sus ojos azules —exclamó.

—¿Por qué cree que lo deslumbraría? —preguntó—. Imagino que intentarlo sería como tratar de prender un fósforo y acercarlo a una barra de acero.

—Me alegro que lo sepa. No quisiera que se hiciera ilusiones respecto a mí. Su mirada no puede indicar otra cosa, que no sea odio o compasión hacia mí.

—No puedo imaginar a una mujer sintiendo pena por usted, señor —dijo—. La idea me parece fantástica.

—¿Y le parece fantástico pensar en que alguna mujer pudiese sentir amor por mí? —volvió a caminar hacia ella y Destine dio un paso hacia atrás, colocándose bajo una arcada, las curvas del arco a sus lados y frente a ella, él, alto, burlón y sin importarle lo que los demás sintieran por él, no le interesaba si era odio o amor.

—A las mujeres no les asustan las cicatrices —dijo, mirándolo desafiante—. Lo único que realmente importa es lo que se lleva dentro de uno mismo. Usted exagera cualquier reacción ante su rostro, lo usa como arma para mantener a la gente alejada.

—¿La entrenaron también para curar la mente? —preguntó, molesto—. Supone que sabe mucho acerca de mi persona y sólo hemos hablado tres veces.

—Usted supone lo mismo acerca de mí.

—¿Por qué? —la miró y detuvo la vista en su cabello recorriendo la franja plateada—. ¿Aún le duele que le haya insinuado que se tiñe el cabello? Le ofrezco una disculpa, pero he visto tantas mujeres con el cabello teñido en las playas, que una rubia natural me parecía tan rara como la sonrisa de la Mona Lisa.

—No sólo a las mujeres inglesas les gustan las playas españolas, señor.

—Quizá no —se encogió de hombros, él no tenía tiempo para dedicarse a las mujeres europeas que llegaban a la costa en busca de un bronceado—. En realidad no es algo que me interese, excepto por algunas que son un deleite para la vista, con esos trajes de baño tan breves… pero eso es otro asunto. Lo que necesito es tener su promesa de que no le dirá a la marquesa el papel que Don Manolo jugó en su vida.

—Habla como si poseyera la autoridad para echarme —dijo—. ¿Está seguro de que esta es la casa de la marquesa?

—Así es, pero yo estoy a cargo de todo.

—Cocinero en jefe y lavaplatos, ¿verdad? —no pudo evitar decirlo—. El dueño azota el látigo.

—Exacto —exclamó—. Veo que nos entendemos. Mi tía tiene ya bastantes problemas, como para poder preocuparse por los empleados. Anoche le dije que me oponía a que una enfermera inglesa se hiciese cargo de Rocío, pero también es verdad que no ha mejorado mucho bajo el cuidado de las otras. Todo el mal está en su mente, es tan infeliz que eso afecta su estado físico. Si usted puede hacer algo por ella, se considerará como un milagro.

—¿Imaginaba acaso, que me iba a presentar ante su tía, llorando y gritando que su hijo había asesinado a mi esposo? —lo miró desafiante, aunque temía la rudeza de aquel cuerpo salvaje y la mirada cínica en sus ojos, que parecía agredir a cualquier mujer que no fuese latina. Había escuchado decir que las mujeres inglesas llegaban a España, con el único fin de divertirse con los españoles.

Se ruborizó; había algo en él, cierto orgullo y seguridad en su manera de comportarse, que se sintió avergonzada al haber pensado que podría usar sus encantos para hacerlo tonto.

—Una mujer en busca de venganza, es igual a una mujer que ha sufrido el desprecio. Anoche se mostraba ansiosa por dejar la casa y esta mañana decide quedarse. No podría decir lo que cruza por su mente. ¿Qué es lo que se propone? ¿Vengarse?

La miró con ojos entrecerrados que brillaban de crueldad. Colocó una mano sobre su hombro e hizo presión con los dedos.

—¡No! —musitó—. ¿Cómo se le puede ocurrir algo semejante? No pertenezco a esa clase de personas.

—¿No? —la miró a los ojos—. Usted es una mujer, y sólo un tonto podría presumir diciendo que conoce la mentalidad femenina. Es algo que se retuerce y se voltea, como una serpiente y así ha sido desde que Adán cayó bajo las mentiras de su pareja. Tenga cuidado, enfermera Chard, estaré vigilándola y no dudaré en romperle el cuello, si hace algo que pueda lastimar a la marquesa. Ha sufrido mucho y, para mí, significa mucho más que cualquier jovencita. Usted no es más que una niña, aún no ha probado lo que la pasión significa. Tan sólo la palabra le desagrada —dijo sonriendo—. Viene de un mundo en que todo está permitido menos eso. Toman siempre, desde el momento en que nacen pero nunca dan. Su sociedad es una sociedad de codicia, llena de malicia… y pienso que eso es lo que le hace imposible soportar permanecer en esta casa.

No supo qué responder, lo miró y no encontraba las palabras adecuadas para explicarle sus sentimientos. Tal vez tenía razón… tal vez, lo que la detenía ahí, era una especie de malicia que la impulsaba a desear conocer a la familia.

—¿Y bien, enfermera? —subió la mano hasta el cuello de Destine y lo rodeó con ella, sentía el contacto de sus dedos y el calor que trasmitía a todo su cuerpo—. ¿Qué sucede? ¿Acaso de repente se le paralizó la lengua?

—¿Conoce siempre lo que lo mueve a comportarse de determinada forma? —le preguntó—. ¿Acaso está tan seguro de sí mismo?

—No —negó con la cabeza, mirando los labios de Destine que lucían más rojos contrastando con la blanca piel—. ¿Su esposo murió el día de su boda, no es así?

—Sí —se estremeció.

—Entonces comprende por qué pienso que siente rencor hacia nosotros —exclamó sin piedad—. Y no me sorprendería si lo hiciera.

—Quizá teme que permanezca en esta casa.

—¿Temer? ¿Por mí? —sonrió y la recorrió con la mirada—. Tal vez piense asumir el papel de Dalila.

—Yo… no pensaría seducirlo —tragó saliva, negando lo que pensara momentos antes, lo miró a los ojos y vio en ellos un destello cínico que la hizo sentirse mal, la ponía en desventaja. Trató de

apartarse de él, quien en el mismo instante con movimiento felino, levantó el otro brazo y la rodeó por la cintura, acercándola a su pecho. El torso ancho y moreno bajo la camisa color blanco y las piernas largas y musculosas, en el pantalón oscuro que llevaba pegado a la piel.

Las miradas de ambos se encontraron, y en ese momento supo que jamás la fuerza de un hombre, la había hecho sentir débil a su lado. Era la primera vez que le sucedía y se sintió presa del pánico.

—¡Suélteme!—la miró y sonrió, Destine levantó una mano y le asestó una bofetada en la mejilla, estampando su mano en donde tenía la cicatriz. Su acción pareció enfurecerlo.

—¿No le agrada mi rostro, verdad? —se inclinó y su rostro quedó cerca del de ella—. Ahora sabrá lo que es tener mi cara tan cerca de la suya.

Sintió su cálido aliento, para después sentir sus labios sobre los suyos. Hacía dos años que nadie la besaba y el beso que le dio el furioso español, no le recordó en nada la ternura que Matt le demostrara siempre. Era como una llama que se mantenía encendida, que destruía y lastimaba los tiernos sentimientos. Destine sintió la forma tan brutal en que la sostenía contra sí, su boca lastimándola.

La soltó con violencia y ella trató de mantener el equilibrio, pero no pudo hacerlo, así que cayó sobre… una de las curvas del arco.

—Es usted el demonio —murmuró—. Igual a él.

—¿Se refiere a Don Manolo? —preguntó.

—¡Sí! —echó Ta cabeza hacia atrás y lo miró con odio—. La marca en su rostro es la marca del diablo, aunque dudo mucho que haya estado cerca del cielo para que lo arrojaran fuera.

Hizo una mueca al escucharla.

—Es usted muy lista, al adivinar. Ahora querrá marcharse, ¿verdad? Le diré a Pepe que saque el carro…

—No —le interrumpió—. No huiré de usted. Sé que le agradaría que me marchase, que abandonara mi propósito sólo porque me ha besado. Me quedaré, le guste o no.

—No me gusta —exclamó—. Pero si se queda debo hacerle una advertencia, duerma en la cama y no lo haga sobre un sillón. La región es caliente y no le agradarán las picaduras del mosquito.

—Fue usted… —se mordió el labio al tiempo que se ruborizaba —. Anoche, la cama me pareció demasiado grande, no pensé en los mosquitos.

—O en algún hombre —exclamó—. Pero sería embarazoso que tuviésemos que cuidarla de una fiebre, ¿no lo cree?

Lo miró y levantó la barbilla, indicándole que lo que menos deseaba, era solicitar sus atenciones, aunque sabía que era un hombre que podría tomar decisiones ante cualquier circunstancia.

—¿No va a agradecerme que la haya colocado sobre la cama? —preguntó.

—Gracias —dijo y rogó por poder olvidar el momento en el que la sostuvo entre sus brazos, se había sentido tan indefensa. Cuando la levantó para depositarla sobre la, cama, no sintió los brazos fuertes y morenos alrededor de su cuerpo—. ¿Quiere ahora llevarme con la marquesa?

—Con todo gusto, enfermera —caminó en silencio, como era su costumbre, ella lo hacía atrás de él, cruzaron un pasillo y entraron a un gran salón, antes de darse la media vuelta, Destine observó un brillo de burla en sus ojos.

Capítulo 3

El encuentro con Don Cicatriz había dejado a Destine muy alterada, miró a su alrededor, deseaba calmarse antes del encuentro con la marquesa. El mobiliario de la sala no había sido modernizado, mantenía el ambiente antiguo, sin ningún detalle de moderno lujo.

Debió haber sido un cuarto precioso, el mobiliario era viejo pero bien cuidado; bajo los muebles, tapetes gastados por el tiempo cubrían el piso, pero se veían impecables; grandes cortinas colgaban de las ventanas y, como el resto de lo que veía, se encontraban limpias y sin una partícula de polvo.

Sus ojos se posaron sobre dos magníficas pinturas de Goya; colgaban de un muro, una al lado de la otra. Una de ellas representaba a una mujer, cuyo colorido era rojo, el otro representaba a un torero en colores blancos y plateados. El tono de la piel era soberbio y los ojos de ambos, redondos y negros.

—¿Le agradan las pinturas, enfermera Chard? —la marquesa se acercó a Destine—. Goya fue un gran maestro ¿no cree?

—Supuse que deberían ser los originales —miró a la mujer que tenía ante ella, y se le hacía imposible que fuese la madre de Don Manolo.

—Es usted una joven atractiva —exclamó la marquesa—. Me pregunto cuál fue la causa que al impulsó a abandonar Londres. Si fuese usted una enfermera, sólo eso, una persona carente de atractivos, no le preguntaría. Pero parece tan femenina, tan liberal y al mismo tiempo una mujer culta. La Condesa de Calva me informó que su círculo de amistades era muy reducido y que su dedicación se centraba en usted misma y en su trabajo. Sin embargo yo esperaba alguien…, menos atractiva y no tan inteligente.

—Siento mucho que mi madrina no le haya proporcionado los datos completos, señora marquesa —aunque, pensó, a ella tampoco le había proporcionado la completa información—. Desde que perdí a mi esposo he perdido interés en todo lo que me rodea, excepto mi trabajo y no tengo intenciones de volver a contraer matrimonio.

—Eso sería comprensible, si lo dijera una mujer de mi edad. Tome asiento, por favor —señaló uno de los sillones tapizados en color oro viejo—. No deseo que considere esto como una entrevista, es sólo una plática entre dos personas que tienen algo en común con mi hija. Mi principal interés al emplearla, atendiendo el consejo de la condesa, es que pueda usted convertirse en amiga de Rocío. Usted es una joven viuda y sabe lo que es perder el objeto de su amor. Ambas

tienen esa pena en común y espero que logre convertirse en confidente de mi hija. Ella necesita a alguien con quien hablar, alguien que la comprenda y ¿quién mejor que una persona de su misma edad, culta e inteligente? ¿Qué opina, Destine? ¿Ese es su primer nombre, verdad? Es un nombre poco común, significativo diría yo. Tal vez el destino arregló todo esto, de manera que usted viniese a vivir con nosotros.

Destine se sentía tensa, sentada en el extremo del sillón, frente al que ocupaba la marquesa. La señora se inclinó y colocó una mano sobre la rodilla de la joven.

—La veo un poco nerviosa… ¿acaso piensa que no será feliz viviendo entre nosotros? Quizá ya se ha arrepentido de venir a Xanas, abandonando Londres. Parece no estar muy segura de su decisión.

—Pensé que… necesitaba un cambio —dijo, sintiendo que la marquesa le agradaba.

—Un cambio es siempre saludable y estoy segura de que debió sentirse muy triste al enviudar, siendo tan joven. No pudo tener ocasión de ser realmente feliz —suspiró y miró el anillo, engarzado con un rubí y un diamante, que usaba en una de las manos—. En cierto modo, hubiese preferido que Rocío enviudara, en vez de ser abandonada por un hombre, que ella piensa, regresará algún día. ¿Cómo puede amarlo? Eso es para mí un misterio, pero claro, el amor es en sí un misterio. Es como una flecha que se clava produciendo dolor o placer y, en ocasiones, ambos. Nadie puede protegerse de su impacto. Rocío siempre fue una chica vulnerable, y el ataque de polio que sufrió, la convirtió en una persona mucho más sensitiva.

La marquesa se recostó sobre el respaldo y miró una de las pinturas de Goya, la que representaba al torero.

—Hace un año, perdí a mi único hijo varón; comprenderá, ahora, por qué Rocío es tan importante para mí. Le hablaré con sinceridad, Destine, siempre esperé que Rocío se casara con su primo, pero desgraciadamente las jóvenes son atraídas por un rostro bien parecido; cuando ese hombre entró en su vida, tuve mis dudas. Debí ser más firme y prohibirle su compañía, pude hacerlo, ya que Rocío es muy joven y tengo la autoridad del padre y de la madre sobre ella. Tal vez usted ignore que mi esposo murió en Extremadura, en nuestra finca. Los niños se encontraban en ese lugar cuando sucedió la tragedia, mi hijo y su primo, ambos tenían aproximadamente la misma edad. ¡Fue algo espantoso! Se desató un incendio en los establos… pensé que me volvería loca. ¡Gracias a que tuve que cuidar a Domingo, que resultó mal herido, pude sobrellevar mi pena!

Destine escuchaba el relato, asombrada. Parecía un drama

espeluznante, aquella mujer tan calmada y tan entera, tenía el corazón destrozado. Perder a su esposo de esa forma, debió resultarle algo muy difícil de sobrellevar. ¿Habría llorado y gritado como lo había hecho ella? ¿Habría llamado a alguien asesino?

—¿Fue un accidente? —preguntó.

—No lo sabremos nunca, aunque suponemos que así fue. Quizá un cigarrillo prendido que cayó sobre la paja. Pero así fue como el rostro de mi sobrino quedó marcado para siempre. Si acaso siente curiosidad acerca de su persona, tenga por seguro que él no tratará de satisfacerla. Es un hombre de acero.

Hubiese resultado un buen esposo para Rocío, pensó Destine. ¿Sería posible que él la amara? Se imaginó a aquel hombre al lado de una mujer; era capaz de sentir deseo, pero dudaba que pudiera sentir otra clase de emociones, emociones más sublimes. Quizá las poseía, pero el fuego arrasó con ellas. Rocío, sabiendo eso, prefirió a un hombre encantador y mentiroso. Pensó que Don Cicatriz jamás podría mentir, sería siempre un hombre franco, en ocasiones demasiado veraz, como lo había sido esa mañana y la noche anterior, cuando le dijera que no la quería en esa casa, porque representaba una amenaza para su tía y quizá también para él.

Destine entrelazó las manos, era joven y mujer y no dudaba que Don Cicatriz era todo un hombre. Duro y viril, con esa característica que distinguía a los españoles de los demás hombres. El rostro y la figura, a diferencia del resto de los hombres europeos, se mantenían firmes y atractivos y sus facciones tenían la distinción de las pinturas del Greco.

—Parece —dijo la marquesa con sentido del humor—, que no le agrada mi sobrino. Es un hombre rudo y poco explícito. Él no desperdicia el tiempo con halagos, como lo hacen la mayoría de los hombres españoles; lo heredó de su abuela, que era australiana. Ella y su esposo se conocieron mientras viajaban, era una mujer admirable. Poseía un hotel en aquel país y ella misma lo administraba. Tenía un gran carácter y fuerte personalidad.

—Comprendo —sentía curiosidad, a pesar de que no deseaba preguntar—. Ahora entiendo por qué es tan alto, en general los españoles, aunque son bien parecidos, son bajos de estatura.

La marquesa sonrío.

—Hace mucho tiempo, mucho antes que las mujeres de otros lugares de Europa invadieran nuestras costas, el español tenía una idea, si usted quiere, idealista sobre las mujeres del norte. Eso decayó, cuando las jóvenes llegaron a las playas usando bikinis y buscando

romances, con los jóvenes españoles. Nuestros hombres tienen la firme creencia, de que las mujeres del resto de Europa son presa fácil, tal vez el romance y la modestia, hayan sido desterrados de su país y por eso han cambiado su forma de pensar respecto a ellas.

—Pienso que es una fase por la que atravesamos —sonrió Destine—. Es una reacción normal en contra de lo establecido, en contra de los hombres principalmente, los que piensan que sembrar trigo es lo mismo que sembrar mujeres. En mi paso por Madrid noté que muchas jóvenes se visten siguiendo la moda y mi madrina me dijo que las chicas se citan con los jóvenes sin pedir el consentimiento de los padres.

—¡Ah, sí!, en Madrid —exclamó la marquesa—, pero esto es el sur, Destine, y nuestras viejas costumbres aún prevalecen. Una chica del sur debe cuidar su reputación, de otra forma no encontrará ningún joven con quién contraer matrimonio. En Xanas, conquistar a una joven sigue siendo un rito, en el que los padres de la chica participan activamente. Ellos deciden quién ha de convertirse en el esposo de su hija, especialmente si es bella y posee una dote considerable. Si usted pertenece al grupo de mujeres emancipadas, tal vez le parezcamos anticuados. ¿Es usted una de ellas?

Destine negó con la cabeza.

—Demasiada liberación hace a las mujeres carentes de gracia y produce hombres mal educados. Me agrada la cortesía española, y el Conde de Calva me parecerá siempre todo un caballero. Sus modales son exquisitos y su forma de vestir impecable. Siempre enfundado en trajes bien cortados y calzando zapatos hechos en España. Creo que la mayoría de los españoles conservan ese aire que los hace atractivos.

—Es algo que se hereda —repuso pensativa la marquesa—, así como también heredamos la crueldad. Porque podemos serlo, Destine. El esposo de Rocío fue muy cruel y mi hijo… —suspiró—. Creo que nos entendemos mejor. Desearía que fuese una amiga para mi hija.

—Trataré, señora marquesa.

—Debo advertirle que no resultará sencillo, Destine. La enfermedad y la desilusión de verse abandonada por su marido, han dejado una huella profunda en su personalidad. Hace algunos años, Rocío era una chica que todos amaban, ahora es difícil acercarse a ella. Debe ser firme con ella, de otra manera se deja llevar por la melancolía. Mi sobrino la trata con mucha firmeza.

—Ya lo creo —no pudo contenerse.

—No me mal entienda —y pareció severa por un momento—. No

la trata mal, le tiene cariño. Pero Rocío lo escucha, Domingo posee el don de saberla tratar.

—Está en contra de que una enfermera inglesa se haga cargo de Rocío —se mordió el labio; existían razones diferentes para que él pensara de esa forma; por extraña coincidencia, había surgido entre ellos, en forma inusitada, un sentimiento primitivo. La antipatía era mutua; él detestaba su estilo moderno y desenvuelto y ella la arrogancia de aquella recia personalidad. Pero la había besado y aún se estremecía, a su pesar. Su rostro jamás podría asustarla, pero su contacto tenía el poder de aterrorizarla. La perturbaba y era algo que hacía mucho no le sucedía la tocó y lo que permanecía dormido dentro de ella, despertó, haciéndola sentir una dolorosa y profunda sensación.

—Espero que no interfiera —exclamó—. Como enfermera de su hija, supongo que no estaré bajo su jurisdicción.

—Por supuesto que no. Mi sobrino trabaja todo el día, sale a recorrer el condado. Sólo por las tardes, acompaña a Rocío durante algún tiempo. Si usted tiene éxito con ella, él le estará muy agradecido. Desde el inicio de su enfermedad, se han acercado mucho y pienso que podría olvidarse de su esposo y acceder al divorcio. Si quedara bajo el cuidado total de Domingo, me sentiría muy dichosa.

—Tengo entendido que el divorcio está prohibido para los españoles ¿no es así? —preguntó—. Las leyes católicas son aún más estrictas.

—El hombre con quien contrajo matrimonio es de California. Se podría arreglar sin mucha dificultad, se encuentra allá ahora, y sé por buena fuente, que se ha enredado con otra mujer. Podría pagar para presentar evidencias y conseguir el divorcio, pero Rocío se niega. Persiste en su obstinación por ese hombre. Lo único que nos queda es esperar a que recupere la calma y podamos convencerla de que es lo mejor para ella. Yo ya no soy joven y no viviré muchos años más, pero mi sobrino es fuerte y está en plena madurez. Le confesaré algo, Destine, mi más caro anhelo es verlos unidos. El sería bueno con ella…

—Pero ella está paralizada, señora marquesa —Destine habló impulsivamente, no podía concebir a Domingo unido y condenado a pasar el resto de su vida, al lado de una mujer atada a una silla de ruedas. La imagen viril pasó por su mente, y lo creía capaz de hacerle el amor a una mujer con todo, menos con ternura.

—Tengo esperanza de que algún día recobre el movimiento de las piernas —hablaba esperanzada, pero en sus ojos había duda—.

¿Qué piensa, Destine? ¿Supone que ese hombre se casó con mi hija sólo por razones físicas, haciendo a un lado las cualidades morales? ¿Quién lo sabe? —suspiró—. Muchos españoles tienen amantes y he notado que se ha percatado que mi sobrino es todo un hombre. Eso no sería importante, sé que sus buenos sentimientos harán que cuide a Rocío y permanezca a su lado cuando lo necesite. No se comportaría como el otro. Conoce el sufrimiento y a los dos los une la misma sangre. La madre de Domingo era mi hermana.

La marquesa suspiró y entrelazó las delgadas manos.

—En muchos sentidos —continuó—, esta familia ha tenido más penas que momentos felices. La familia Obregón es muy antigua y nuestros antepasados, no siempre fueron bondadosos. Existe un rumor en Xanas, se dice que sobre la familia pesa una maldición y que no será erradicada hasta que el último varón muera sin descendencia. En cuyo caso convendría que Domingo contrajera matrimonio con Rocío. No podrían tener familia, por lo que la maldición se acabaría con ellos. Él es el último varón de la dinastía, el último hombre con sangre de los Obregón en las venas. La gente de la región es supersticiosa y cuando mi sobrino baja a la aldea, la gente se santigua al verlo pasar.

Una leve sonrisa iluminó el rostro de la marquesa y continuó.

—Todo esto debe parecerle muy extraño, Destine. Usted viene de un mundo diferente, donde todo es explicable y funciona con exactitud. En Xanas, tenemos viejas creencias que aún no han sido erradicadas y existen aquí gitanos, que pronuncian maleficios en contra de jóvenes y ancianos. Proporcionan a las chicas pócimas de amor y a los viejos, remedios para aliviar sus dolores y enfermedades. Lo más curioso es que su medicina es, a veces, efectiva. Llegué a pensar que, tal vez, alguna de estas mujeres pudiera ayudar a Rocío. Domingo se mostró escéptico y la hechicera huyó, despavorida. Usted no se irá, ¿verdad Destine? Se quedará a nuestro lado, ¿no es así?

—Sí, me quedaré —Destine percibió en aquellas palabras la desesperación de una mujer inteligente, que había recurrido a la magia con la esperanza de curar a su hija. La poliomielitis había atacado su sistema nervioso, por lo tanto, jamás podría recuperar el total movimiento de sus extremidades inferiores. La invocación de los espíritus nunca habría surtido efecto. Sonrió al recordar a Don Cicatriz. No le asustaba haber corrido a la gitana de la casa, a él no le importaba que arrojara algún maleficio sobre su persona.

—¿No se marchará ante los exabruptos de mi sobrino? Es una persona que dice lo que siente. No espera favores de nadie y, en ocasiones, puede resultar desconcertante —sonrió la marquesa.

—Ya lo creo —repuso Destine—. Creo que puedo sobrellevar su carácter, pero no me agradaría que interfiriera con mi labor.

—Si usted es buena con Rocío, él estará tan agradecido como yo —se levantó y agregó—: posee una voz muy agradable, Destine, un poco ronca, tal vez, pero ese tono la hace más atractiva. Su apariencia es también muy agradable, parecerá, más que una enfermera, una amiga de mi hija. La anterior recorría la casa enfundada en un uniforme color blanco, almidonado e impecable, dándose grandes ínfulas. Parecía dedicar la mayor parte del tiempo al termómetro y a la caja de medicamentos. Pienso que alteraba a Rocío, pero usted es distinta, sólo deseo que ningún español ponga los ojos en usted y la aparte de nuestro lado.

—No tiene por qué temer que algo así suceda, señora —repuso con firmeza, mientras se ponía de pie—. El trabajo es toda mi vida y no volveré a enamorarme. Esa clase de amor murió, junto con mi esposo, así que no tiene por qué preocuparse.

—Eso lo dice ahora, pero el destino en ocasiones juega con nosotros de manera insospechada. Nadie, nadie puede saber lo que sucederá en la próxima hora, estamos supeditados a ser manejados por los caprichos del destino.

Destine se estremeció al escuchar las palabras de aquella mujer, era fatalista en sus conclusiones. Se sintió insegura, como si fuese un insecto que pendía de una lámpara y cuyas alas se encontraban quemadas por el calor que la luz despedía. Estaba segura que ella controlaba su futuro, que era la única persona capaz de hacerlo, pero la marquesa la hacía dudar. Un poco asustada miró a la señora y después desvió la mirada posándose en la pintura de Goya.

Los ojos del torero brillaban con destellos diabólicos, pareció ver en ellos la mirada de Don Cicatriz y, por lo tanto, la mirada de Don Manolo.

—No —exclamó—. No volveré a enamorarme, durante dos años no me ha hecho falta la compañía de un hombre, así que no quebrantaré las reglas de Xanas. Sus bien parecidos compatriotas no tendrán ocasión de probar sus encantos conmigo, si lo hicieran, se encontrarán con un muro de hielo. A los hombres latinos les agradan las mujeres que poseen un corazón, les agradan porque pueden hacerlo pedazos. Pero mi corazón lo enterré junto con Matthew.

—¿Matthew? —preguntó, tomándola por sorpresa—. ¿Era ese el nombre de su esposo?

—Si —los nervios de Destine vibraron, advirtiéndole el peligro. Tal vez se había descubierto pronunciando el nombre de Matt.

—¿Es un nombre poco común en Inglaterra? —miraba a Destine—. ¿Lo usan con frecuencia?

—¡Oh, es muy usual! —exclamó de prisa—. Como es un nombre bíblico, mucha gente llama así a sus hijos.

—¿Entonces su esposo se llamó Matthew Chard?

—Sí —mintió con facilidad. No podía decirle a esa mujer la verdad, había sufrido demasiado—. ¿Puedo ver a la señora Arandas? Espero que me esté aguardando.

—Sí, probablemente se haya arreglado con esmero para el encuentro. Su doncella la ayuda cuando toma su baño y sin duda ya desayunó lo que Victoria le prepara cada mañana. ¡Si tan sólo comiera un poco más! —suspiró—. Venga por aquí, Destine, su habitación se encuentra en el primer piso. Las habitaciones eran hace tiempo una capilla privada, pero le hicimos algunas adaptaciones para que mi hija pudiese usarlas. Yo prefiero oír misa en la iglesia de la aldea, así salgo un poco. Desgraciadamente Rocío y Domingo no la frecuentan. Mi hija perdió la fe cuando la enfermedad le causó la pena de perder al hombre que cree seguir amando y Domingo sólo cree en lo que puede ver y tocar.

Cruzaron un pasillo bajo las gruesas arcadas, el piso estaba cubierto con azulejos arabescos, que hacían un contraste maravilloso con los muros blancos. Se apreciaban esculturas elaboradas en hierro, cuyas intrincadas formas, se distinguían de cerca: una representaba la cabeza de un leopardo con garras de águila y la silueta de una gacela en plena carrera.

—La mayor parte de la casa es morisca —dijo la marquesa—. Los azulejos, los tabiques y la forma en que las puertas de madera han sido labradas. Los moros poseían grandes dotes artísticas, estos muros fueron construidos de piedra sólida, lo hacían así para protegerse del calor del sol, pero puede notar que los revistieron añadiéndoles detalles en hierro y mosaicos. Tal vez se sorprenda, Destine, pero la familia Obregón desciende de los moros. Uno de los apellidos de la familia es Tarik, el halcón de un solo ojo, que fue una especie de conquistador para el sultán de Marruecos. Eran días de gloria y esplendor, las cortes de aquí rivalizaban con las de Bagdad y con las de Babilonia.

Destine pensó en el sobrino, el orgulloso perfil, las tupidas cejas, la nariz ancha, el brillo de los dientes contrastando con la piel bronceada, haciendo resaltar la cicatriz, más pálida que el resto de la tez. Poseía toda la ferocidad del árabe: dedicado a su familia y rudo con quien no perteneciera a ella.

Tenía razones de sobra para odiar a la familia Obregón, pero él se encargaría de vigilar cada uno de sus pasos, como el halcón que observa a la liebre, cuando se apresta a atacarla.

—No, señora, lo que me dice no me sorprende —repuso—. Su sobrino posee los rasgos moros y no sólo en su apariencia sino también en su forma de ser.

—Lo heredó —sonrió, al tiempo que se detenía frente a dos puertas labradas—. Creo que no ha perdido detalle, Destine.

—La observación forma parte de mi profesión, señora marquesa. Esa es la cualidad primordial que debemos desarrollar.

—Me agradan las jóvenes que poseen inteligencia e ingenio y que al mismo tiempo sean discretas. Y ahora conocerá a mi hija.

La marquesa abrió las puertas y entraron en lo que una vez había sido la parte principal de la capilla. Destine contuvo el aliento al mirar aquel lugar; el techo, de estilo mudéjar, tenía tramos labrados finamente en madera y pintados con exquisitez. Las ventanas estilo oriental dejaban pasar la luz del sol, transformándola en rayos de gran colorido, que al tocar el piso se transformaban en color blanco y negro. En el ambiente se percibía frialdad y paz; detalles acogedores habían sido añadidos para hacer del lugar un sitio más agradable; bajo las ventanas había cómodos sillones forrados en terciopelo rojo, y grandes libreros hechos en madera. Sobre los muros colgaban pinturas de Murillo, representando niños y ángeles.

—Esto es muy hermoso —exclamó Destine—. Es muy diferente a trabajar en un hospital.

—Cuando renovamos esta parte de la casa, quisimos conservar el estilo original pero, al mismo tiempo, le añadimos el confort de una sala. Rocío sale de su habitación en contadas ocasiones, inclusive, tiene un patio independiente. Debe encontrarse allí en este momento, su doncella Anaya debe haberla llevado a su lugar predilecto, como todas las mañanas. Venga conmigo Destine, estoy segura que ya debe haber oído nuestras voces.

La joven pensó que ese cuarto estaba lleno de secretos y de nuevo tuvo la sensación de estar viviendo en el pasado al cruzar la arcada que conducía al patio.

Bajo un gran pimentero, recostada en cómodo diván, se hallaba la señora Arandas. Tenía las piernas cubiertas con un chal bordado. Miró a Destine y contrastando con el brillo de sus ojos, pareció aún más pálida la piel de su rostro, acentuando las frágiles facciones. Usaba un vestido de gasa y el cabello lo llevaba recogido hacia atrás.

Debió haber sido una joven muy bella, pero ahora, sus facciones y sus ojos carecían de ánimo y de interés por la vida y por la gente que la rodeaba.

—¿Usted es mi enfermera? —preguntó en inglés con un acento especial, que si hubiese sido dicho en otro tono hubiese resultado muy atractivo—. Supongo que mi madre ya la puso al tanto de mi tragedia y debe haberle advertido también que lloro por cualquier insignificancia. ¿Se va a comportar conmigo en forma severa? La última enfermera era muy estricta. La llamaré nana o tata, dependiendo como sienta, la otra deseaba que siempre la llamase en forma correcta. ¿Usted es una persona correcta, enfermera inglesa?

—No lo creo, señora —sonrió y al mirarla comprendió por qué Don Cicatriz podía estar enamorado de ella. Representaba todo lo opuesto a él; era frágil, dependiente de los demás y carente de toda vitalidad. A su primo le sobraba tanto vigor que sentiría un gran sentido de protección hacia Rocío. Cada una de las etapas de la vida cobraba gran importancia para él, no así para Rocío, a la que no le importaba morir.

La situación era triste y Destine se sorprendió al sentir compasión por la chica. Se acercó y tomó entre las suyas las manos de la joven, deseaba comunicarle simpatía a través de su contacto.

—No me importaría si me llamase señora —dijo—. Lo importante es que nos conozcamos bien y podamos llevar a cabo una buena relación.

—¿Y por qué lo desea? —preguntó Rocío con escepticismo—. Usted es una extraña y lo que yo sienta no puede afectarla en nada. Pagaremos por sus servicios y eso es lo que debería importarle. En realidad no se quedará por mucho tiempo, ninguna lo ha hecho. Algunas le temían al carácter duro de Don Cicatriz.

—Le aseguro que no siento miedo por su primo —le dijo, sabiendo que mentía. No temía a su apariencia física ni a la cicatriz. No podía explicarse a sí misma la clase de miedo que le inspiraba, levantó la barbilla y miró a su paciente—. Como le decía a su madre, sólo me interesa mi labor, y pondré mi habilidad a su servicio. Soy una buena enfermera y le aseguro que no danzaré alrededor de la casa trayendo y llevando medicinas de un lado a otro. Sólo espero que confíe en mí, y que me respete cuando le indique lo que es bueno y lo que es malo para usted.

—Querida madre —Rocío miró a su madre, con un destello de humor en sus ojos, los que se hallaban ensombrecidos por oscuras ojeras. Quizá había dormido bajo el influjo de alguna droga—. Tal

parece que tenemos a un sargento en casa. ¡Qué fastidio! Yo pensaba que ya me dejarían sola y como Don Cicatriz me dijo que las mujeres inglesas estaban ávidas de diversión… Enfermera, ¿vino usted hasta aquí con la esperanza de conquistar a un hombre bien parecido?

—Mis días de conquistas pertenecen al pasado y debo aclararle algo, señora. Si voy a hacerme cargo de usted, debe aceptar entonces que mis órdenes tendrán prioridad ante las órdenes de su primo.

Rocío la miró indiferente y bostezó discreta.

—Siento como si hubiese dormido con un peso sobre mi rostro.

—¿Te sientes mal, cariño? —la marquesa se inclinó hacia su hija y le acarició el rostro—. Esas ojeras no me gustan y me preocupan… solías tener unos ojos tan brillantes…

—¿Cuántas píldoras toma para dormir, señora? —Destine caminó, rodeando el césped y tomó el pulso de su paciente. Lo sintió demasiado acelerado, indicio de que había ingerido una fuerte dosis de barbitúricos.

Rocío levantó el rostro y la miró, mientras le contaba sus pulsaciones.

—¿Y bien, señora? ¿Fueron dos o tres las píldoras? —preguntó Destine.

—Las suficientes para poder dormir profundamente y olvidarme de todo, con un sueño tan pesado que parece que me transporta al fondo del océano. Nunca sueño, ni ayer, ni hoy, ni mañana.

La marquesa miró a Destine y su mirada llevaba la desesperación pintada en sus ojos, su hija hablaba con tanta indiferencia que la mantenía en constante alarma. Ninguna de las dos pudo descifrar la intención en las palabras de Rocío. Tal vez su deseo de dormir y la esperanza de no despertar, se debía a que jamás volvería a ser una persona normal, en una edad en que se debe bailar, montar a caballo o correr hacia el hombre amado, para que la sostuviera entre sus brazos.

Sintió una gran piedad por la joven, pero se mostró impasible, como le habían enseñado. Una enfermera no debía demostrar sus sentimientos.

Destine tenía que comportarse, primero, como una enfermera, sobre todo cuando Rocío hablara con esa insensibilidad. Miró la mesa; sobre ella el desayuno estaba intacto, la joven ni siquiera lo había probado.

—Es una verdadera lástima dejar esa naranja tan apetitosa. La

han mondado de una manera preciosa, parece un lirio acuático. ¿Por qué no se imagina que es una flor y que va a comerla, tomando los pétalos uno a uno?

—¿Por qué no lo hace usted, si le parece tan tentadora? —exclamó Rocío con rudeza—. Nuestro buen doctor dice que no siento apetito por falta de ejercicio. Por las mañanas, en lugar de tomar desayuno, tomo vitaminas. Le he dicho a mi madre que sólo desperdician la comida, pero insiste en mandarme el desayuno cada mañana. ¿Por qué lo hace? Sólo pretende creer que estoy viva, pero no se ha dado cuenta que me siento medio muerta.

—Por favor, Rocío, no hables de ese modo —dijo la marques preocupada—. Hacemos todo lo que está a nuestro alcance para tu bienestar, sabes que te amamos y que para nosotros estás viva.

—¿Acaso estoy viva para Miguel? ¿Acaso me ama? —sonrió de manera peculiar; no sabía si llorar o sonreír—. Me gustaría que me dejaran en paz, que me dejaran secar como una flor… me está obligando a hacer algo qué no deseo, algo que sé que lastimará mi alma frente a tus ojos, madre. Pero una de estas noches voy a tomar todas las píldoras.

—¿Para después tener que pasar por la tortura de un lavado de estómago, señora? —preguntó Destine—. He observado varias veces ese procedimiento y le aseguro que es algo muy desagradable. Lastima y denigra a las personas. ¿Es eso lo que desea? Porque si las toma, no dejaré que le suceda nada irremediable.

Rocío miró a Destine, ignorando lo que escondía aquel rostro impasible y lo que había tras esa apariencia fría.

—Me dijeron que su esposo murió, siendo muy joven —dijo—, ¿es eso cierto?

—Sí, señora. Mi esposo murió el día de nuestra boda.

—¿Y no deseó morir junto con él? ¿O tal vez, compensó un poco la pena el contar con un cuerpo sano, y tener la esperanza de encontrar alguien que volviese a amarla?

—Sentí una gran pena —murmuró—. Y supe que nada podría compensarme de la pérdida de M… de mi esposo. Prometía ser un doctor brillante, era muy bondadoso y creo que será imposible que encuentre alguien como él, señora.

—Pero usted tenía salud y un trabajo —exclamó Rocío—. Yo no poseo nada, a mí no me educaron más que para saber tratar a los caballos y a los hombres. Ahora tengo tanto encanto como un pedazo de madera, con un par de piernas que parecen palos y un corazón a

punto de morir. En este patio transcurre mi vida, miro los pájaros volar y cuento las horas que me faltan para volver a caer en profundo sueño. Mi vida es envidiable, ¿no le parece?

—He visto muchos casos de polio, señora. Algunos mucho más serios que el suyo, los pacientes pasan el resto de su vida dentro de un pulmón artificial. Algunos, sólo son capaces de mover un dedo; conocí a un hombre que escribió un libro, a máquina, utilizando el único dedo en el que poseía movimiento.

—Quizá tenía una mente brillante —repuso Rocío—. Lo único que yo podía ofrecer era a mí misma y el hombre con quien me casé deseaba una mujer completa, no a una persona con la mitad del cuerpo inerte. Poseía tanta vitalidad que no era posible que pasara el resto de su vida, al lado de una paralítica. Si hubiese permanecido a mi lado, hubiese buscado lo que yo era incapaz de brindarle y no tenía por qué sacrificarse. Por eso creo que desapareció, sin decirle a nadie que se marchaba para siempre. ¡Fue valiente al hacerlo!

—Fue egoísta —Destine no pudo controlarse—. La gente de bien no huye de sus responsabilidades, señora. Les hace frente, y no es ningún sacrificio ser honesta con ella misma y con la persona que ha sufrido el daño.

—Habla como una romántica —dijo con cinismo Rocío—. Pensé que los ingleses eran realistas, al menos las revistas y los diarios así lo pregonan.

—Las personas que publican los diarios y las revistas, son gente que teme admitir que el romance aún existe.

—Pero, usted como enfermera, debe haber visto cosas muy desagradables —la miró con curiosidad—. No parece ser la persona idónea para este caso y le aseguro que durante estos tres años, ése ha sido el problema con el que nos hemos enfrentado. ¿En verdad piensa que soportará mi compañía? Y, sobre todo, ¿soportará Xanas, que se encuentra tan distante de todo lo civilizado? Somos una familia extraña, enfermera, vivimos en el pasado y usted viene de Londres, una ciudad cosmopolita por excelencia. Estoy segura y lo podría afirmar, que no permanecerá mucho tiempo entre nosotros.

Destine no deseaba discutir con Rocío, deseaba aceptar el reto de Don Cicatriz y el de la joven española que carecía del deseo de vivir.

—No le tengo miedo al país, lo que me intriga es su fantasma del pasado —repuso y sintió que los nervios se ponían en tensión al notar que Rocío miraba sobre su hombro; sintió el impulso de mirar hacia la misma dirección y allí, junto a una palmera rodeada de buganvilla, se encontraba Don Cicatriz. El humo del puro que sostenía entre los

dientes cubría, parcialmente, sus facciones y sus ojos la miraban burlones.

—¡Así es que a nuestra enfermera le inquietan los fantasmas del pasado! —exclamó—. Quizá las personas llenas de vida, son las que la hacen temblar.

—¿Parezco una hoja que tiembla ante su presencia, señor? —preguntó disgustada mientras lo miraba, estaba segura de que él recordaba su último encuentro. Ambos sabían lo débil que ella se había sentido ante su fuerza bruta y deseó una vez más poder borrar de sus labios esa cínica sonrisa. Supo que haría lo imposible por alejarla de allí, haciendo su estancia lo más desagradable posible; un destello azul iluminó sus ojos y los de él, relucían cómo carbones encendidos haciéndola que entrecerrara los ojos.

—Veremos —dijo—, cuánto tiempo puede soportarnos.

—Por favor, Domingo, no hagas que perdamos otra enfermera —exclamó la marquesa—. Empiezo a creer que, en realidad, tienes algo en contra de ellas, tal vez te haya influenciado lo que pasaste en tu infancia. Le expliqué a Destine lo dañado que resultaste y.

—¿Destine? —le interrumpió, mirándola con burla—. ¿Así que ése es su nombre? Me preguntaba lo que la letra D significaría, aunque es una letra muy representativa; con D, comienza la palabra destino, la palabra demonio y la palabra deseo.

—¡Domingo! atiende tus asuntos —exclamó la tía—. Con tu comportamiento lograrás que Destine se marche, antes que tenga oportunidad de conocernos. Pero no crea que somos tan malos como él nos describe, mi sobrino es el típico español que piensa que la familia debe valerse por sí sola, sin necesidad de que un extraño interfiera.

—Es un poco anticuado y sus costumbres son arraigadas —exclamó Destine—. Debe ser la influencia de los moros.

—¿Cuál es su especialidad, enfermera? —preguntó, mirándola a los ojos. Al hacerlo le recordaba lo que le había dicho, que era una mujer que vivía con los recuerdos del pasado, que el amor que sintiera por un hombre yacía en el fondo de su corazón, convirtiéndola en una mujer incapaz de perdonar o de olvidar.

—Soy enfermera, Domingo —levantó la barbilla al responderle —. Y lo primero para mí es el paciente, es algo que nunca olvido. Si acaso piensa que le causaré algún daño a la señora, me marcharé de inmediato.

—Estás equivocado, hijo —intervino la marquesa, caminando

hasta él y tomándole por el brazo—. Destine posee las mejores referencias y sé que es una joven muy capaz, podemos confiarle a Rocío sin reservas.

—Eso espero —dijo, saliendo del patio, acompañado por su tía.

Destine se sintió aliviada al verlos marchar. Nunca, nadie, había penetrado al fondo de su mente y había leído lo que guardaba su corazón.

—¿No le agrada, verdad? —rió Rocío—. Cuando mira su rostro parece que el mismo diablo se para frente a usted.

—No me considero tan tonta —se estremeció a su pesar—. Lo que sucede es que yo no le agrado a él.

—¿Y eso molesta su vanidad?

—Creo que no soy tan vana.

—Su forma de pensar es muy poco común, sobre todo en una joven con cabello brillante y una piel tan suave. Imagino que muchos hombres deben considerarla muy atractiva, posee buena figura y un color de cabello precioso. Don Cicatriz ha resultado la excepción, cosa que tal vez le resulte molesto, enfermera.

—No me sorprende su actitud. La antipatía, en nuestro caso, es mutua. Las razones las desconozco. Pero pienso que su primo no simpatiza con la raza humana en general.

—¿Piensa que es un cínico?

—Sí —miró a un gato blanco con la cola negra que saltaba sobre el regazo de Rocío, ronroneaba al tomarlo entre sus brazos—. Es un gatito muy lindo, señora.

—Su nombre es Dominó, me lo obsequió mi primo para que me haga compañía cuando él no lo hace. Será una parte de su deber vigilar que las muchachas de la cocina le den su leche y sus riñones todos los días. Sólo piensan en… creo que me estoy comportando como una egoísta al envidiar su juventud y su habilidad para bailar y divertirse en la feria. La vida es extraña, ¿no lo cree, Destine?

—En algunos aspectos, señora.

—¿Le parecería extraño que Don Cicatriz me amara?

—No —negó con la cabeza—. Todos necesitamos el amor de alguien.

—Pero usted dice que el amor ya no cuenta en su vida.

—Así es, mi esposo era un buen hombre.

—Entonces ¿le agradan los hombres buenos? —sonrió—. Me hace sentir como una anciana y somos casi de la misma edad. Aún no aprende que hasta que una mujer ha amado a un malvado, no ha amado realmente.

Capítulo 4

Transcurrió una semana y Destine pasó la mayor parte del tiempo al lado de su paciente. Rocío se contagió de un resfriado y necesitó más cuidados, ya que por su incapacidad de hacer ejercicio como una persona normal, corría el peligro de que la enfermedad le atacara el pecho:

Rocío se sentía deprimida, y su estado de ánimo propició que se mostrara irritable con todo el que se le acercara, en especial con su enfermera. Destine estaba habituada a este cambio de humor en los pacientes, por lo que no los tomó en cuenta. Rocío sonreía y le decía que tenía madera de mártir.

—Pensé que esta casa le resultaría como una prisión y que no se quedaría —dijo Rocío, limpiándose la nariz con un pañuelo—. Me pregunto qué pudo hacerla cambiar de opinión. ¿Podría ser que mi primo le agrade?

—Los hombres no me interesan, señora, ya se lo dije antes —Destine recogió un montón de revistas y las colocó en su lugar—. ¿Usted cree que hubiese venido hasta aquí, si necesitara la compañía de algún hombre?

—Si estuviese en su lugar y pudiese caminar, saldría de aquí, iría en busca de la vida y de la diversión. Estar atada a una silla es como vivir en un infierno. ¿A quién puedo agradarle? La envidio Destine, cuando la miro, me pregunto ¿cómo es que alguien como usted puede permanecer cuidándome, pudiendo disfrutar de absoluta libertad? ¿Estaba tan enamorada de su esposo, que el amor para usted perdió todo su atractivo? Don Cicatriz debe encontrarse muy intrigado respecto a usted, por la forma tan irónica en que la mira.

—Sus sentimientos los encauza hacia usted, señora —respondió Destine, pero Rocío insistía y le insinuaba que tal vez su primo estuviese interesado en ella. Sentía celos de cualquier persona que atrajera la atención de su primo.

Captando su intención, Destine dijo:

—Su primo no me atrae —miró la mesa, de pequeños mosaicos verdes y azul amatista—. Pienso que una vez que su primo se enamore de una mujer, será para siempre.

—Quisiera saber qué le hace estar tan segura —exclamó Rocío—. ¿Acaso se lo ha confiado?

—¡Por supuesto que no! —Destine rodeó el tocador, sus ojos brillaban con intensidad—. Apenas nos conocemos y hemos hablado

sólo un par de veces. Él no aprueba mi presencia en esta casa, me relaciona con las bañistas de la Costa Brava.

—Aun en contra de lo que él supone, usted se ha pasado encerrada en mi cuarto toda la semana —Rocío soltó una carcajada—. Las mujeres tienen fama de ser un misterio, pero en España, a los hombres se les considera más enigmáticos que el sexo opuesto. En esta región, sangre árabe corre por sus venas y heredan los misterios del desierto. Debo advertirle que Don Cicatriz no es como los hombres que usted conoce, y a pesar de que lo conozco desde que nací, no puedo asegurar que lo entienda. En ocasiones me… me asusta…

—¿A usted? —exclamó—. Pero si la cuida con esmero, señora.

—No quiero decir que me pudiese dañar, eso sería ridículo, pero su manera de ser es tan profunda que por eso le temo un poco. Sería capaz de romperle el cuello a alguna mujer que jugase con sus sentimientos. Por mí siente un cariño diferente, es una mezcla de compasión y afecto —hizo una pausa y continuó—, los españoles pueden ser compasivos, Destine. Por las venas de mis compatriotas corre sangre cruel y compasiva, las dos se unen. Mi primo es una especie de ángel malo, pero doy gracias porque a mí sólo me demuestra su lado bueno. No me considero la mujer ideal para él, él necesita una persona con ángel y demonio en su interior, alguien capaz de brindarle paz a su corazón, y yo no me considero apta para hacerlo.

Destine no le respondió, Rocío hablaba con la verdad, su primo podría ser amable con un niño que sufriera o con una mujer en desgracia, pero si se tratase de amar a una mujer, lo haría de una forma posesiva.

La familia cenó a las ocho y media y se le ordenó que los acompañara.

Destine pudo arreglarse con toda calma, Anaya era una doncella que estaba al servicio de Rocío desde que era niña, y se encargaba de bañarla y arreglarla, así que la joven enfermera dispuso de unos momentos para ella sola.

El baúl que enviara desde Madrid, había llegado hacía unos días, lo que le permitió seleccionar un vestido, de los formales, que había traído. Escogió una blusa de encaje hecha a mano, que había comprado a su paso por la capital, sacó una falda larga hecha en terciopelo color berenjena, que hacía un bonito contraste con la blusa.

Recogió el cabello en un sencillo moño y coloreó sus labios; se miró al espejo y le agradó la figura que éste le devolvía. Se veía elegante y podía competir con la familia Obregón. Era distinguida, y

su cabello brillaba con naturalidad. Recordó las palabras de Don Cicatriz, aún le dolía el que la hubiera llamado "rubia artificial", era un cínico.

Miró su reloj, eran casi las ocho, hora en que la familia se reunía en la salita para tomar un aperitivo. Vivían en el sur; sin embargo sus costumbres eran civilizadas. Destine tenía razones para pensar que era gente ruda, aunque aparentaran amabilidad en su trato.

Destine bajó la ancha escalera, cuya barandilla era de hierro forjado, con distintas figuras árabes. Levantó su falda un poco y descendió despacio, mirando las lámparas moriscas que iluminaban las arcadas. Parecía que salía de un mundo, para entrar a otro, perteneciente al pasado.

Miró la extraña belleza del colorido de las lámparas y de las flores, que crecían en macetones al lado de los blancos muros.

Los arcos moriscos le fascinaban, se imaginó a una joven esclava recorriéndolos, haciendo sonar, mientras caminaba, los cascabeles que llevaba alrededor de los tobillos. La sombra que se interpuso en su camino, interrumpió sus pensamientos, haciendo que un escalofrío le recorriera el cuerpo. La sombra se convirtió en algo real al emerger de uno de los arcos. Destine vio que llevaba el cigarrillo en la boca, cuya luz iluminó el rostro de facciones oscuras.

No habló, sólo se detuvo y la miró a los ojos, los suyos eran inescrutables, igual que las sombras que lo habían ocultado para salirle al encuentro. Usaba una chaqueta color blanco, la indicada para cenar con la familia. Observó cierta agresividad en sus puños y, de nuevo, Destine tuvo la impresión de que la mundanalidad de que hacía gala, era sólo aparente.

—Buenas noches, señor —dijo Destine y, tratando de recuperar el aplomo, bajó los últimos escalones con gracia y seguridad. Nunca se acostumbraría a la manera sigilosa en que se le aparecía. Lo comparó con un jaguar atravesando la selva.

—Parece sorprendida —exclamó—. ¿Esperaba encontrar al fantasma de la casa? Usted misma dijo que no creía en ellos.

—Piensa que todo lo que digo debe ser analizado y preguntado. ¿Existieron, acaso, inquisidores entre sus ancestros? ¿O tal vez moros que retenían entre los suyos a jóvenes esclavas?

Sostuvo el cigarrillo con los dientes, dejando que el humo pasara frente a su rostro, no respondió a su pregunta, dejándola un momento en suspenso. Hasta Destine, llegó el aroma de las plantas, que al mezclarse con el humo del cigarrillo, hacían una combinación

agradable.

—Yo sería el último hombre en España, que se atreviera a negar que nuestro pasado ha sido cruel —exclamó—. Pero resulta divertido que sus compatriotas se consideren ángeles. En este momento la veo encantadora, pero ambos sabemos que es capaz de odiar y que me odia.

—Me inspira antipatía y eso es algo que los dos sentimos, pero no se preocupe, tranquilícese señor, dadas las circunstancias, tenga por seguro que no recurriré a usted buscando su protección y sus riquezas.

—Es la primera vez que me siento indefenso ante una mujer, señora, y créame no es por el odio que siente por mí. El odio de una mujer es como el piquete de un mosquito, como decimos en España. El amor y el odio van de la mano y son similares, sobre todo para las personas que conocen la diferencia.

—¡Qué tontería! —exclamó—. Yo nunca podría confundir uno con el otro. Cuando su primo mató a mi esposo y lo vi descender de su auto, mientras él yacía destrozado, bañado en sangre y sin vida, lo odié, lo odié tanto que deseé su muerte en ese mismo instante.

—Y sucedió —dijo, con una calma siniestra.

—Estaba escrito que sucediera de esa manera, murió como vivió —levantó la cabeza y el cabello brilló bajo la luz de la lámpara, la que produjo sombras doradas sobre su blanca piel. Un sonido se dejó escuchar en ese momento, como si con los dedos, rasgara el pañuelo de encaje que sostenía entre las manos—. El jugaba con las vidas ajenas y pagó el precio por su maldad. Mató a un hombre bueno y generoso, alguien capaz de salvar muchas vidas. Matthew era cirujano ¿lo sabía? Su primo sólo era un donjuán…, al diablo con él. Espero que se encuentre en el purgatorio.

—Mi querida señora, el cielo y el infierno se encuentran sobre la tierra.

Lo miró incrédula, con los pedazos de pañuelo entre sus dedos.

—¿Cómo puede pensar de ese modo, siendo español?

—Sencillamente porque soy un cínico —se encogió de hombros —, y mi madre era inglesa.

—Pero la marquesa me dijo que ella y su madre eran hermanas.

—Medio hermanas —corrigió—. Su padre contrajo matrimonio en dos ocasiones, la hija inglesa fue mi madre. Parecía que el matrimonio había sido un buen arreglo, pero pronto se dio cuenta de

que no amaba ni a mi padre ni a mí. Poco tiempo después de dar a luz desapareció, dejándonos solos a los dos. Fue entonces cuando quedé bajo la protección de la marquesa, mi padre no se podía hacer cargo de mí, era un hombre muy ocupado. Era administrador de una dependencia gubernamental; poco tiempo después, lo mandaron al paredón y lo fusilaron, por ser leal al rey.

Hubo un denso silencio que Domingo rompió prosiguiendo:

—España es una tierra de santos y pecadores, señora, y es bien sabido que produce curiosos efectos en las mujeres extranjeras que nos visitan. Usted ya los ha sentido, ¿no es verdad?

—Sí —repuso, ignorando el real significado de lo que él decía—. ¿Qué sucedió con su madre, señor? ¿Alguna vez la volvió a ver?

—Contrajo matrimonio con un inglés y viven en un lugar llamado Chiltern Hills, nunca la volví a ver.

—¿Por qué…? —no pudo terminar la pregunta. La mirada de aquel hombre fue suficiente para recordarle que poseía demasiado orgullo, para ir en busca del amor de la mujer que lo había abandonado hacía tantos años. Ella comprendió, y le pareció muy triste que alguien pudiese sentir dolor de heridas tan viejas.

Destine contuvo el aliento, era parecida a él en ese aspecto, no podía olvidar y se sentía incapaz de perdonar. Odiaba lo que la había lastimado tanto, formando una coraza a su alrededor para protegerse de futuras penas. Desvió la mirada y caminó junto a él.

Las puertas, bellamente labradas, se hallaban abiertas de par en par, dejando ver el interior del salón. Candelabros que parecían pedazos de piedras preciosas, pendían de un techo estilo mudéjar, con pedazos de madera intercalados. Los sofás, estaban tapizados de color rubí, haciendo un bello contraste con la madera de los muros; dos garrafas de Mallorca en color verde, brillaban sobre una mesa antigua. Sobre el piso, había alfombras de diseños orientales y el conjunto tan armonioso, suavizó un poco el ánimo de Destine, haciéndola olvidar la conversación con el Don, en medio de las sombras del pasillo… con ese hombre cuyas cicatrices eran más profundas que la que marcaba su rostro.

Aspiró hondo, sorprendiéndose ante lo que tenía frente a ella, era la primera vez que veía la salita, como ellos la llamaban.

—¡Esto es encantador! —no pudo evitar expresar lo que sentía, la marquesa, oyéndola, se volvió, dándole la espalda al hombre con quien hablaba, y sonrió al ver a Destine.

—Esta es nuestra señora Chard, enfermera y compañera de

Rocío. Acérquese, Destine, permítame presentarle a un amigo de la familia, que vino a España con el objeto de adquirir sementales para la granja que posee en Wales.

Destine se acercó y se detuvo frente a un hombre de alta estatura, de complexión atlética y de cabello tan oscuro como el del Don. La miraba, sorprendido, mientras sus ojos oscuros brillaban al recorrer su figura, sonrió y pequeñas arrugas se marcaron alrededor de sus ojos. Su nombre era Lugh Davidson.

—¿Por qué no habré tenido una enfermera como usted, cuando me extirparon el apéndice? —bromeó—. Encantado en conocerla, señorita Chard.

—Señora Chard —corrigió de inmediato—. No sabía que los españoles dejaran salir a sus toros fuera del país —comentó—. Pensé que los utilizaban principalmente en las plazas de toros.

Hizo una mueca con los labios y percibió la mirada curiosa del hombre que se acercaba, con una copa de sherry para Destine.

—¿Escuchaste eso, amigo? —preguntó—. Yo diría que esta joven, está en contra de las corridas de toros, una actitud totalmente opuesta a la de los visitantes que llegan a España con el objeto de ver una corrida, comprando los mejores asientos desde donde, a gritos, piden las orejas del toro.

El Don miró a Destine, al tiempo que ella aceptaba la copa que le ofrecía.

—La enfermera Chard está convencida de que los españoles aún se comportan como los antiguos conquistadores. Rudos y un poco siniestros —repuso Don Cicatriz en un tono irónico, alejándose de ella y acercándose a Rocío, que esa noche tenía un vestido hecho de seda en un tono color miel, que la hacía verse aún más delicada. El único adorno que llevaba puesto, era una cruz de oro que pendía de su cuello en una cadena.

—Es una lástima lo de esa criatura —exclamó Lugh Davidson—. ¿Volverá a caminar, enfermera Chard?

Destine negó con la cabeza.

—Lo peor de la enfermedad de Rocío, es que su esposo no la soportó a su lado. El amor y la lealtad son la mejor medicina del mundo y pudo haberla ayudado a sentirse mujer, a pesar de todo. Ella siente que es incapaz de hacer feliz a un hombre, y se deja llevar por su desilusión.

—Domingo siente cariño por ella —Lugh, dio vueltas a su vaso —. Es un tipo extraño, pero pudo haber sido un buen esposo, al menos

no la hubiese abandonado al quedar paralítica. No cabe duda, la vida tiene extraños caminos, ¿no cree?

—Ya lo creo que sí, señor Davidson —Destine miró al Don, que en ese momento se inclinaba hacia Rocío para escuchar lo que le decía. Recordó que le había dicho que no tendría para con ella consideraciones de ninguna clase.

Le sorprendió que llegasen otros invitados a cenar, ya que nunca supuso que los Obregón fuesen tan sociables. Los altos muros y el enrejado de hierro en las ventanas, le daban la impresión de que la familia se mantenía alejada del mundo.

Durante la velada se enteró de que Lugh Davidson se hospedaría con los invitados, dueños de la finca que le venderían los sementales. El precio era exorbitante, lo que le indicó a Destine, que el hombre de Wales, era una persona de mucho dinero. El señor Davidson se sentó a su lado durante la cena y le describió su granja en las colinas de Brecon. Era un hombre sencillo, sin intención de conquistarla, por lo que Destine disfrutó de su compañía. No se percató de que parecía que se hallaban aislados del resto de los comensales.

Su piel era morena, por lo que junto a él, Destine se veía aún más rubia y los ojos de color azul intenso brillaban con simpatía e interés.

—E1 sur de España debe parecerle todo un contraste —dijo Destine, mientras comía el delicioso postre.

—El clima es lo que hace el contraste —dijo él—. ¿No le ha resultado a usted difícil adaptarse a él, siendo tan rubia?

—Aún no me he expuesto al sol, directamente —miró a Rocío, que se veía mucho más frágil, sentada en aquella gran silla labrada. En ese momento recordó que había prometido quedarse sólo una semana y ésta llegaba a su fin. Tendría que decidir lo que haría, al día siguiente.

Sin pensarlo, miró al hombre sentado al lado de Rocío, sus nervios se crisparon al encontrarse con sus ojos. Se miraron por encima de la mesa iluminada por la luz tenue de los candelabros. Destine estuvo a punto de tirar la copa de vino que sostenía.

Deseó gritarle que no la mirara de esa manera, que por su causa, su decisión era difícil y que si podía leer su pensamiento, sabría que él era el culpable.

El Don enarcó las cejas, y en su mirada Destine leyó la burla, por lo que había estado a punto de hacer. Iba a dejar caer la copa, cuando sus miradas se encontraron.

Destine desvió la mirada, en ese instante supo que si se alejaba de Xanas, sería huir de Don Cicatriz. Él sabría que se marchaba para huir de él. Si lo hacía, sería una victoria para aquel arrogante español.

Levantó la barbilla, lo mandaría al diablo. Rocío necesitaba a una persona junto a ella, a una persona que le ayudase a sobrellevar los estados de depresión en que se hundía, si no la ayudaba, la marquesa sufriría más, aunque lo ocultase bajo una sonrisa, graciosa y valiente.

Cuando terminó la cena, Destine se acercó a Rocío y le murmuró al oído que pensaba que ya era hora de que se retirase a descansar.

—Se sentirá peor en la mañana si se desvela más de lo debido, señora.

—Sí, Rocío —dijo una voz fuerte junto a Destine—. Tu enfermera tiene razón. ¡Es hora de ir a la cama! —con facilidad la tomó en sus brazos y la levantó en vilo. Rocío se despidió de los invitados, con una breve sonrisa. Don Cicatriz salió con ella, llevándola a sus habitaciones, en la planta baja.

Destine los siguió y se dio cuenta que el peso de Rocío era muy liviano, parecía que Domingo llevaba a una niña. Se acercó hasta la puerta de la habitación de su prima, y, se detuvo para que la enfermera pudiera abrirla. Entró con la joven en brazos, cruzó el recibidor y la depositó sobre la cama.

Rocío lo miró y sonrió.

—Eres muy fuerte, primo mío —exclamó. Su cabello brillaba bajo la luz de la lámpara que se hallaba sobre su cama. Todas las noches, Anaya se lo cepillaba cincuenta veces. Destine miró a Don Cicatriz, que en ese momento observaba con insistencia el cabello de su prima.

—Te lo parezco, sólo porque me comparas contigo, querida —repuso—. Debes ponerte bien, debes hacer un esfuerzo por lograrlo… esta noche estuviste contenta ¿verdad? Fue un gran placer ver de nuevo a nuestros amigos, ¿no lo crees?

—Sin excluir al señor Davidson —miró a Destine y agregó—, parece que su conversación fue muy agradable, querida. Todos nos dimos cuenta del interés que ambos sintieron, ¿no es así, primo?

—Fue agradable conocer a alguien que viene de tan lejos —repuso Destine, evitando mirar a Don Cicatriz. Era demasiado cruel y burlón para soportarlo esa noche.

—Es muy tarde, señora, debe descansar —dijo Destine.

—Es un fastidio estar bajo el cuidado de una enfermera. Podría, en este momento, encontrarme bailando y lo haría hasta las tres de la mañana, pero no soy capaz ni de caminar a mi propia habitación, alguien tiene que hacerlo por mí, como si fuera un bebé.

—Deja de lamentarte y que pases buena noche —Don Cicatriz tomó sus manos y las besó—. Compórtate y el próximo domingo te llevaré a la finca de Castro. ¿Te agrada la idea?

—Por supuesto —Rocío retuvo sus manos—. Prométælo ahora, porque después resulta que tienes trabajo pendiente en el campo o en la oficina.

—Si te hace feliz —sonrió—. Esta noche estás muy bella, Rocío.

Se ruborizó al escuchar las palabras de su primo.

—Eres muy galante, primo. Hace mucho tiempo que no oía una galantería masculina.

—Tontita —pasó una mano sobre su cabello—. Siempre serás una muchacha encantadora. Y ahora a obedecer y a dormir…

—Domingo…

—Es muy raro que me llames de esa manera —repuso enarcando una ceja—. Casi empezaba a olvidar mi nombre, ya que todos se dirigen a mí como Don Cicatriz.

—Domingo —repitió suavemente—. ¿Podría Destine acompañarnos el domingo? Le agradará el paseo y podría volver a ver al señor Davidson. Ha permanecido encerrada en mi habitación durante toda la semana. Y ¿sabes? para ser enfermera, no es mala.

Domingo miró a Destine, fue algo tan rápido, que ella no pudo desviar la mirada. Parecía que penetraba en su mente, adivinando cada uno de sus pensamientos. Ella no deseaba interferir cuando Rocío y Domingo se encontraran juntos. Se aprestaba a negarse, cuando él respondió:

—Sí, así podrá cuidarte. Le agradará la finca, señora, y verá la diferencia que existe entre los toros que son destinados a las plazas y los que se conservan en las granjas. Aunque le parezca extraño, no todos somos partidarios de las carnicerías que se practican con los animales, ni con la matanza de los caballos que se consideran inútiles por su edad. Los turistas son culpables en cierto modo. En especial, las mujeres, que parece que buscan las emociones de que carecen dentro de los muros de sus alcobas.

—¡Domingo! —exclamó Rocío—. No culpes a Destine, ella no es una turista en busca de emociones.

—No se preocupe por mí, señora —miró a Rocío—. Desde muy joven aprendí que los hombres son una especie de toros, y su primo, desde el primer momento en que me vio, me clasificó como una de tantas rubias artificiales que llegan a España en busca de un latino. Es tan español, que siente aversión hacia cualquier persona que no es latina por nacimiento y por crianza.

—Será como tú, lo deseas —replicó Domingo—. La enfermera Chard vendrá con nosotros el domingo, después de todo se le paga porque te cuide.

Destine lo miró y quiso decirle que el domingo ya no estaría allí, su intención era dejar la casa, que se encontraba bajo su total dominio. Las palabras pugnaban por salir de sus labios, cuando se detuvo junto a ella y la miró directamente a los ojos.

—Contra lo que yo esperaba, su trabajo está resultando efectivo. Basta mirar a Rocío, para ver los resultados, bajo su cuidado ya no necesita de tanta píldora para dormir —miró a su prima—. Buenas noches, guapa, que duermas bien.

Caminó hasta la puerta y salió cerrándola tras él.

Rocío se mordió el labio inferior y miró a Destine, su mirada era divertida.

—Sé lo que está pensando —dijo la enferma.

—Parece ser que los latinos tienen la cualidad de poder leer los pensamientos de los demás —Destine se acercó a ella y quitó los zapatos de los pies inertes, los sintió fríos y comenzó a darles un buen masaje—. ¿Y qué es lo que pienso, señora?

—Que mi primo es un demonio arrogante y que le hubiese gustado responderle a lo que dijo hace unos momentos.

—Estuve tentada a hacerlo —reconoció—. Le aseguro que nunca antes había conocido a alguien como él. Juzga a los demás y él no está libre de culpa, ni es un ángel. Es impaciente y poco tolerante.

—Tal vez tenga razones suficientes para comportarse de ese modo… —Rocío se quitó el anillo de zafiros que usaba durante el día y Destine le acercó la cajita antigua donde guardaba sus joyas. Una fortuna en piedras preciosas brillaba dentro de la caja, pero eran incapaces de devolverle a la joven el movimiento de las piernas o el amor de Miguel Arandas, por el cual tanto sufría.

Se recostó sobre las almohadas y miró a Destine, la observó con expresión pensativa.

—Si tan sólo pudiese cambiarme por usted —dijo—. ¿Es usted

rica, Destine? Únicamente dispone de su salario… y pensar que yo gasto más en un par de zapatos, que lo que a usted pudiera costarle un vestido de noche. Es pobre, Destine, pero posee dos cosas que la hacen mejor que yo, que son la libertad y la salud.

—Supongo que sí, señora, pero debe considerar que usted tiene una familia que la ama y se preocupa por su bienestar. Yo, en cambio, sólo tengo a mi madrina, y en Inglaterra me siento muy sola.

—Entonces ¿por qué insiste en no desear contraer matrimonio de nuevo? Un remedio para la soledad podría ser el refugiarse en los brazos de algún ser querido, usted es muy bella, lo suficiente para atraer a cualquier hombre. Por ejemplo, el señor Davidson, es soltero… y tal parece que le agradó mucho su compañía, Destine.

Destine apretó los labios, mientras ayudaba a Rocío a quitarse el vestido.

La joven no desterraba de su mente a Miguel Arandas y cuidaba su piel y su persona como si esperara que algún día regresara a su lado. A Destine le parecía una vana esperanza, porque si realmente la hubiese amado, nunca la habría abandonado, sobre todo cuando más lo necesitaba.

—En el mundo no existen muchos hombres buenos —dijo Destine en voz baja—. Sé que no encontraré a otro hombre como mi esposo, Matt.

—Si tan sólo tuviese a Miguel… —exclamó Rocío—. No me importaría que me maltratase, pero lo podría ver, lo podría escuchar y tocar. El que pudiese lastimarme no sería el infierno… el infierno es no tenerlo junto a mí.

Anaya entró en la habitación, relevando a Destine de la tarea. Rocío no acostumbraba conversar sobre sus problemas íntimos con la doncella; cuando Destine abandonó la habitación, escuchó que le decía a la sirvienta que mandaría pedir una nueva crema para la piel, que había visto anunciada en una revista. Rocío era asidua lectora de revistas, casi nunca abría un libro; Destine en cambio, prefería un buen libro.

Destine se detuvo en medio del pasillo, las lámparas reflejaban formas orientales sobre los muros y las miró curiosa. Sintió el impulso de regresar a la salita y dar las buenas noches a los invitados, pero dudó un poco, después de todo ella sólo era la enfermera.

Dio media vuelta y caminó en dirección opuesta, hacia la reja de hierro que comunicaba a uno de los patios. Abrió la puerta, la que por estar aceitada no hizo ruido alguno. Al caminar hacia afuera, aspiró el

aroma de los naranjos en flor y miró el cielo levantando el rostro. Las hojas parecían murmurar, al ser mecidas por la suave brisa y las luciérnagas volaban entre los árboles. En lo alto, las estrellas parpadeaban, iluminando el firmamento; Destine admiró la belleza del lugar, mientras caminaba hacia una banca, junto a la pared. Se sentó, sintiéndose envuelta en un ambiente de paz.

Repasaba mentalmente la conversación que sostuviera con Rocío. Era una gran bendición el tener salud, ser capaz de caminar por el jardín y saber que poseía la independencia necesaria para valerse por sí misma. ¡Pobre Rocío! pensó Destine, recostada en una lujosa cama, con su precioso alhajero a su lado. Dependía de su enfermera e ignoraba que su hermano había sido el culpable de la muerte de su esposo.

No poseía ningún recuerdo, nada que le recordara su matrimonio, excepto un papel, en el que había dos firmas estampadas.

Hasta sus manos cayó un pétalo de naranjo, del que ya empezaban a brotar los frutos, jugó con el pétalo y recordó cuando las enfermeras les habían lanzado gran cantidad de éstos, el día de su casamiento. Hubo risas y bromas cuando se alejaron en su viaje de bodas, rumbo a Cornwall… el viaje al dolor y no a la felicidad como habían planeado.

La tragedia había llegado tan de repente y, sin embargo, había dejado una huella muy profunda en su vida. Era una nota de música triste que aún sonaba; era como un hueco en el corazón que no podía alegrar con nada.

Las hojas se movían al compás de la brisa. Destine sintió el frío que traspasaba el encaje de su blusa. Como todas las casas viejas, esta era también, una casa imponente, Se volvió despacio, sintiendo la presencia de alguien tras ella. Al hacerlo, se asustó al mirar una sombra blanca que brillaba tras la buganvilla, la que hacia un arco sobre el patio. Subió una mano a la garganta, al sentir el loco latido de su corazón.

—Tranquilícese —dijo una voz—. Estuvo a punto de gritar.

Era imposible moverse o hablar, parecía que su aparición la había convertido en piedra. Aquellos ojos oscuros miraban su rostro, la pupila se perdía en la negrura, la tenue luz de la lámpara del patio, apenas lo alumbraba, a intervalos, por el movimiento de las hojas movidas por la brisa.

—Camina como un tigre —murmuró—. ¿Acaso está siguiéndome?

—¿Por qué razón habría de hacerlo? —su tono al hablar era de burla.

Destine captó en sus ojos la arrogancia.

—Ignoro lo que se propone, pero supongo que está tratando de hacerme huir de Xanas, o quizá trate de averiguar si puede lograr hacerme el amor —por fin había podido decirle lo que reprimiera, cada vez que se encontraba a solas con ese hombre, que la perturbaba tanto. Era enfermera y no era tonta, conocía la atracción que podía nacer entre un hombre y una mujer, aunque existiera cierto antagonismo de personalidades.

Tenía miedo de lo que sentiría, si él llegase a tocarla.

—Sería algo fuera de lo común que un hombre y una mujer, en este caso, usted y yo, extraños en todos los aspectos, nos ignoráramos mutuamente. El odio es un sentimiento tan destructivo como el amor, señora, y usted me odia, ¿no es verdad?

—Sí —aspiró, sabiendo que las raíces de su odio nacían de lo que la hacía sentir; abrían en ella la coraza física de que se había provisto a la muerte de Matt. Una coraza de hielo que, poco a poco, podría llegar a derretirse. No deseaba volver a sentirse atraída por un hombre y menos por ese que tenía frente a ella, una persona que era la sombra viviente del hombre que asesinara a su esposo.

La ira la invadió y sintió deseos de morderle y echarse sobre él, enterrarle las uñas como un animal salvaje, arañarle el rostro, hacerle daño por vivir simplemente y porque su esposo ya no pertenecía a este mundo. Lo único que quedaba de él eran las cenizas y ya habían sido esparcidas en Helzión.

Se volvió y tomó una rama de la buganvilla. Los rodeaba la quietud de la noche y se encontraba a solas con aquel hombre, al cual repudiaba con cada fibra de su ser.

Una mano la tomó del cuello y Destine no pudo evitar lanzar un quejido, la asía como si fuese una rama que pudiese partir.

—Nadie —dijo, con crueldad—, puede vivir con los muertos. Y usted menos que nadie, porque si al mirarme siente odio y tiembla ante mi presencia, quiere decir que está viva y no semi enterrada con alguien a quien no puede volver a ver, ni sentir el calor de su piel contra la suya.

—¡Suélteme! —Destine se alejó con violencia y Domingo la soltó en ese instante, de no haberlo hecho, la fuerza de sus dedos pudo haberle roto el cuello. Subió el otro brazo y la tomó por la cintura acercándola a él, lo hizo con la facilidad del que acostumbra manejar

briosos caballos, por lo que Destine no pudo resistirse.

—¡Suélteme! —el pánico en su voz era intenso, sus ojos brillaban al echar la cabeza hacia atrás y mirarlo a la cara—. Su contacto me repugna, ¡es como algo diabólico!

—Como mi rostro ¿verdad? —la acercó más hacia sí y la forzó a mirar su rostro y cada detalle de la cicatriz causada por el fuego, ninguna mujer era capaz de soportarla, resultaba demasiado doloroso.

—Si permanece aquí, tendrá que verme a menudo, señora. No podremos evitar los encuentros y no podemos negar que algo desconocido nos atrae, cuando los dos estamos solos. Creo que nunca deseamos que esto sucediera y hubiese preferido que se fuera; tal vez se arrepienta de haber decidido quedarse.

Se estremeció al sentirse entre sus brazos y recordó la dulzura con que había llevado en brazos a Rocío. Tenía razón, podría resultar fatal para su tranquilidad el que se quedara, pero en Inglaterra tampoco disfrutaba de paz; desde la muerte de Matt carecía de todo sentimiento de seguridad. Sintió cierto temor al mirar a Domingo. Lastimaba su cuerpo, pero no podría tocar el corazón que yacía enterrado junto a Matt, en una tumba silenciosa.

—No… no puedo irme, Rocío está ahora bajo mi cuidado y no sería justo hacerlo cuando nos hemos acostumbrado una a la otra. No le temo, Don Cicatriz, es inútil que utilice su rostro o me amenace.

—Está asustada —murmuró y sus ojos se oscurecieron de manera diabólica, al tiempo que miraba el rostro de Destine, enmarcado por el cabello rubio—. Puedo sentir el miedo a través de su cuerpo, la tirantez de sus músculos es parecida a las cuerdas de un violín. Debe aprender a relajarse.

—¿Con usted cerca de mí? —preguntó, sin poder controlar el nerviosismo que sentía al tenerlo junto a ella—. Sé que trata deliberadamente de hacer más difícil el trabajo que desempeño, parece ser que significa una diversión para usted.

—¿Piensa que estoy tan ávido de entretenimiento, que trato de molestarla cada vez que la veo? —soltó una carcajada y la hizo a un lado, mirando de arriba abajo su delgada figura—. Tal vez si montase a caballo sería una agradable compañía. Dispongo de varios ejemplares que necesitan ejercicio, en especial una potranca fogosa… podría ser el adecuado para usted. ¿Acepta?

—Sé montar —admitió—. Había un parque cerca del hospital donde trabajé. Tuve oportunidad de tomar lecciones, pero no sé si pueda hacerlo con sus caballos.

—¿Tiene miedo de caer? —la miró y Destine intuyó que la pregunta tenía dos significados.

—Cada vez que hablamos, trata de molestar a la mujer o a la enfermera, a alguien que posee una mente y voluntad propias. Supongo que antes de conocerme, las mujeres que tenía a su alcance se sometían a sus deseos o simplemente temían su apariencia. Está equivocado si me incluye en cualquiera de esos grupos. He visto demasiadas cicatrices y le aseguro que los pacientes eran mucho más arrogantes.

—¿Así que considera que soy arrogante?

—Nadie puede conocerlo mejor de lo que usted se conoce, yo ignoro su manera de ser, señor, ya que sólo lo he visto un par de veces.

—Si yo soy arrogante, entonces usted es una inglesa impertinente —cerró el círculo de sus dedos, haciéndole sentir dolor en las muñecas—. ¿Siente dolor, enfermera?

—Sí —musitó—. ¿Qué es lo que trata de hacer?

—Trato de saber si posee huesos fuertes. Mis caballos son briosos, pero creo que podrá montar a Madrigal. Si ha decidido permanecer aquí, será conveniente que le asigne un caballo. La región es vasta y la mejor forma de recorrerla es a caballo.

—Madrigal… —murmuró—. Es un nombre muy bello para un caballo.

—Significa canción de amor —y con una suavidad que la desconcertó, la tomó de los codos y la bajó de la piedra en donde se hallaba sentada. Sin soltarla, caminó con ella en dirección a los establos, hasta ellos llegó el aroma inconfundible de la paja. Cruzaron el patio y entraron en las caballerizas, cada una estaba cerrada, como todas las noches. Domingo se detuvo ante una de ellas, quitó el cerrojo y abrió la parte superior de la puerta. La linterna que pendía del muro iluminó el interior, un caballo color miel, comía tranquilamente un montón de avena. Con pereza, hizo una pausa y miró a la pareja que interrumpía su cena.

—Este es el animal que montará —la lámpara iluminó el perfil de Domingo y Destine se percató de sus facciones, casi perfectas, al tiempo que se volvía para mirar al caballo—. ¿Qué piensa de ella?

—Es preciosa, pero parece demasiado nerviosa.

—Es cierto, pero tiene un buen hocico y es noble con quien la monta. ¿Cree que podrá dominarla?

—Trataré. Es bondadoso de su parte ofrecer uno de sus mejores caballos, a una novata.

—La mejor manera de convertirse en buen jinete es tener un buen corcel —cerró la puerta y regresaron, cruzando el patio. Al llegar al jardín, pensó que Domingo era un hombre extraño, con actitudes inesperadas, pero no se dejaría enternecer por el detalle de bondad que había tenido con ella. Aunque en realidad no pensaba que era bondadoso. Él sabía que la región era solitaria y si ella intentaba permanecer al cuidado de Rocío, tendría que disponer de algún entretenimiento mientras su prima descansara.

Llegaron a una de las arcadas, la que conducía a la casa, él se detuvo frente a ella, forzándola a permanecer inmóvil. Destine se alarmó ante su actitud. Detestaba sentir esa sensación de sorpresa, que perturbaba su estado de ánimo. Sin desearlo preguntó:

—¿Qué sucede, señor? ¿Desea que le muestre mi gratitud de alguna otra forma?

—¿Le gustaría hacerlo? —preguntó, mirándola con ojos brillantes y con las pupilas dilatadas en señal de peligro.

—No… —caminó hacia atrás alejándose de él, pero se topó con el muro de la arcada y con la alta figura que le interrumpía el paso, no podría huir de aquel rostro burlón y tampoco podría retractarse de su ingenuo comentario. Durante sus años de trabajo como enfermera nunca se había sentido tan indefensa, pero tenía que encontrar la forma de enfrentarse a él haciendo a un lado sus temores.

—Usted sería el último hombre sobre la tierra que desearía besar —dijo, tratando de ignorar que recostaba el cuerpo sobre el muro en su afán de alejarse de él—. No piense que le tengo miedo… pero los hombres que tratan de conseguir mujeres, basándose en su virilidad y las utilizan como simple ornamento, me desagradan. Supongo que para usted, las mujeres y los caballos significan lo mismo y le aseguro que si yo fuese una mujer gorda y cuarentona, no me lo hubiese ofrecido.

—Por supuesto que no —sonrió y la curva en sus labios hizo que Destine sintiera miedo—. Si fuese una cuarentona, tenga la seguridad de que le ofrecería una yegua de grupa ancha. ¿Piensa que soy un hombre chauvinista, que prefiere admirar y no escuchar a las mujeres?

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó Destine, sintiendo que el rubor subía a sus mejillas al notar la forma en que él la miraba. Do mingo sabía el poder de su fuerza, así como ella sabía el poder de la suya. Nada podía alterar el hecho de que eran un hombre y una mujer diciéndose palabras hirientes, la fuerza física siempre estaría del lado

de él.

—Fue usted y no yo, la que insinuó que pediría algo más que un simple gracias. La idea no fue mía, enfermera.

—No lo creo —exclamó—. El hombre espera siempre recibir algo a cambio de lo que da… conocí a un hombre, a uno solo, que carecía de egoísmo. Los demás toman lo que pueden y no les importa si la mujer no se encuentra preparada para brindar lo que esperan de ella. Una enfermera rubia puede constituir una presa fácil, y debe conocer todas las respuestas por el trabajo que desempeña. Cuando me encontró en la estación expresó lo que pensaba acerca de mí, y ahora que deseo permanecer al lado de Rocío, usted decide que puede tomar ventaja.

—¿Es eso lo que piensa? —se acercó a ella amenazante.

Había retado a un español del sur, un hombre que no estaba habituado a ser desafiado por una mujer. Un hombre aún desconocido para Destine, por el que su corazón latía sin saber por qué.

—No se atrevería a… a molestarme, si yo no fuese una joven atractiva —repuso, tratando de aparentar una falsa calma.

—Vamos enfermera, no sea tan modesta —levantó la mano y tomó su cuello, de manera que no pudiera evitar mirarlo—. Es usted muy atractiva, enfermera, es como una rosa inglesa… y tiene las cualidades suficientes para comprobarlo, aunque sea una mujer complicada. El hombre con quien contrajo matrimonio, debió haber sido muy valiente o quizá pertenecía al grupo de los que preferían a la rosa y no a la mujer.

—¡Cómo se atreve a hablarme así! —lo miró furiosa, sintiendo sobre su cuello los dedos que la sostenían—. ¡Podría… podría matarlo por lo que me ha dicho!

—Se necesita sangre fría para cometer un asesinato, querida y yo siento el calor de su piel bajo mis dedos. Su vida va a ser muy difícil, si odia a todos los hombres soplo porque su esposo está muerto. Algún día volverá a amar…

—No —negó, moviendo la cabeza, el cabello se soltó del moño que se había hecho en la mañana, y se enredó en los dedos de Domingo—. Matt representaba mi ideal y nunca…, nunca volveré a amar.

—Lo hará —repuso con calma—. Y será un amor diferente, tal vez un sentimiento más vital, más tempestuoso, distinto al que una chica siente por su primer amor. Las jovencitas se inclinan a fabricar héroes y a idolatrarlos por ser los primeros en llegar a sus corazones,

pero usted ya es una mujer y ha sufrido.

—Me alegra saber que lo comprende —interrumpió—. Tenía la impresión de que me consideraba una rubia tonta…

—Ahora usted es la que habla tonterías —exclamó él—. Pone trabas a lo que le digo, para evitar que le plantee lo que el futuro pueda depararle. Desea vivir en el pasado porque es más cómodo y más seguro y le da la excusa que necesita para asirse a un hombre que ya no existe. Pero alguien que viva en este mundo, puede volver a despertarle ese sentimiento y hacerle olvidar al joven cirujano que la trataba como si usted fuese hecha de cristal.

—¿Cómo sabe la forma en que Matt me trataba? —miró el rostro oscuro del hombre que distaba mucho de parecerse a la imagen que llevaba impresa en su mente. La imagen del hombre que había sido su esposo por seis breves horas—. Usted no sabe nada de esa clase de amor… usted trataría a una mujer como si fuese una de sus pertenencias y su vida sería totalmente dominada por usted. Se convertiría en esposa, sólo eso, pobre de ella si tuviese una profesión.

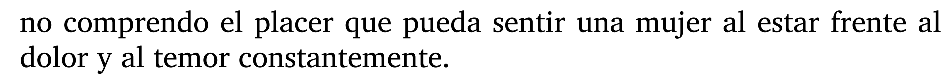
—Reconozco que soy español en cuanto a la manera de tratar a una esposa —exclamó, apretando el cuello de Destine, lo que la hizo estremecer. Echó hacia atrás la cabeza, deseando escapar de su contacto, él sonrió al notar su fallido intento—. ¿Existe algo malo en que un hombre desee que su esposa se dedique en cuerpo y alma a él?

—El desear que una mujer se ate y se dedique sólo al esposo, es una posición presuntuosa y arrogante. En Inglaterra el matrimonio se ha convertido en una especie de arreglo civilizado. Si una mujer desea trabajar el esposo da su consentimiento y juntos forman una unidad de trabajo.

—Y viven gracias a los guisantes enlatados y a los pasteles congelados, ¿no es cierto?

—Supuse que diría algo semejante —repuso—. La sangre morisca que corre por sus venas, le impide ver que un matrimonio bajo esas condiciones, no significa libertinaje. El saber que las mujeres se hallan bajo completa sumisión, le hace sentirse grande y poderoso, ¡pero la mujer no nació para ser esclava! Son seres humanos y tienen derecho a gozar de todos los privilegios de que los hombres han disfrutado a través de todos los siglos. Sólo el egoísmo pudo relegarlas a un segundo término, privándolas de realizarse como mujeres y como seres humanos.

—Y usted señora, ¿se ha realizado? —la miró divertido, como si todo lo que había dicho le importase un bledo, tomando una actitud indiferente—. Discúlpeme si insisto en lo que concierne a su carrera,


no comprendo el placer que pueda sentir una mujer al estar frente al dolor y al temor constantemente.

—Alguien tiene que hacerlo —protestó—. Alguien debe atender a los enfermos.

—De acuerdo, pero no con esa exclusividad que se atribuye y no para siempre. Usted no, Destine. ¿Desea que se lo demuestre?

—No… ¡déjeme ir! —su corazón latía con fuerza y él debió sentir los latidos bajo sus dedos—. Debo ir a… a ver a Rocío y asegurarme de que se encuentra bien. Además, soy una enfermera y después de todo un día de permanecer de pie, me siento cansada.

—¿De veras? —preguntó y con la rapidez de movimiento que le caracterizaba, tomó por sorpresa a Destine, la levantó y la sostuvo entre sus brazos, llevándola hacia el interior de la casa. Cruzó el pasillo y pasó bajo las arcadas con paso seguro.

—¡Por favor, señor! —suplicó asiéndose a su hombro—. Bájeme antes que alguien pueda vernos. ¿Qué cree que pensarán si nos ven? Por favor —suplicó.

—Ya lo ve —sonrió—, a pesar de su monólogo sobre los derechos femeninos, y de su insistencia en sentirse una mujer de carrera, no puede deshacerse de mí, a menos que yo quiera.

—Abusa de su fuerza… de su brutal instinto…

—¿Y dónde sitúa mi caballerosidad? —preguntó con deseos de molestarla—. En realidad, no toma en cuenta que mi acto puede ser un acto de bondad, después de todo no es culpa mía que mi prima la retenga a su lado todo el día.

—Su acto no es bondadoso, se está comportando de manera imprudente y se mofa de mí. Sólo desea darme una lección por haberme atrevido a discutir sobre sus egoístas ideas.

—¡Vaya! —soltó una carcajada al tiempo que bajaba a Destine y la colocaba sobre el piso cerca de la habitación de Rocío—. De acuerdo, enfermera, la dejo en libertad con una condición, deberá irse a la cama inmediatamente después de que vea a Rocío y se cerciore de que se encuentra bien. La despediré de los huéspedes…, a menos que desee darle las buenas noches al señor Davidson personalmente.

Destine miró aquellos ojos que la veían con ironía, y sintió deseos de asestarle una bofetada.

—Es un descanso poder desearle buenas noches —dijo—. Ahora que conoce mi manera de pensar y sabe que no me incluyo en el grupo de mujeres fáciles, espero que en el futuro evite molestarme.

—Señora —exclamó—. Si la considerara de esa manera, hubiese resultado muy sencillo ignorarla. Buenas noches, enfermera Chard, que tenga dulces sueños.

—Lo intentaré señor, y espero poder dormir a pesar de lo que me ha dicho. ¡Buenas noches! —abrió las puertas que conducían a la habitación de su paciente y entró sin volverse a ver a Don Cicatriz.

Supo que había salido bien librada, pero no podía ignorar el efecto que le habían hecho sus palabras, tampoco podía olvidar el contacto de sus dedos sobre su cuello. Un sentimiento de culpa la invadió al caminar hacia la cama de Rocío. Se sintió aliviada al ver que su paciente dormía y no fue sino hasta que se acercó a su lado que vio que tenía el cabello revuelto.

Con mano insegura, Destine alisó el pelo de la joven.

Capítulo 5

Las mañanas en la Casa de las Rejas eran algo muy bello. Destine contemplaba cada amanecer como si fuese el primero. Esto representaba para ella una compensación, a cambio de vivir tan alejada de su país y con personas envueltas por la tragedia, una tragedia que también la involucraba a ella.

Destine se encontraba sentada cerca de la mesa del patio, esperando por su desayuno. El cielo tenía un color azul claro, parecía una gema y el sol brillaba sobre las largas hojas de las palmeras, iluminando también las hojas de dos higueras enormes. Miró hacia el lado opuesto, donde arbustos de membrillo mostraban flores en forma de concha.

El lugar era el indicado para comenzar el día, aspirando el aroma del ambiente y admirando todo lo que la rodeaba, incluyendo el patio cubierto de fino mosaico.

Escuchaba cada sonido, cada movimiento sobre las copas de los árboles. El trino y el aletear de los pájaros, los sonidos indefinibles que llegaban hasta ella, los que consideraba inconfundibles y clásicos de esa región de España.

Cuando la doncella se acercó con el desayuno, Destine no se sobresaltó como otras veces. Parecía que los latinos poseían la extraña cualidad de caminar sin ser escuchados. Conforme pasaban los días, se iba acostumbrando a la manera en que se acercaban.

—Buenos días, señora —sonrió la doncella. Siempre sonreía de manera especial, al saludarla y mirarle el rubio cabello. Cuando lo dejaba suelto por las mañanas, parecía más brillante y más claro con los rayos del sol. Cuando atendía a Rocío, tenía por costumbre enrollarlo y sujetarlo con firmeza, pero esos primeros momentos del día le pertenecían sólo a ella, así que lo dejaba suelto, podía sentirse más cómoda e informal.

—Buenos días, Imelda. Es una mañana muy hermosa, ¿no te parece? Creo que es mi hora favorita en este país, aunque no puedo negar que los atardeceres son algo maravilloso.

—¿Le agrada nuestro país, señora? —la doncella arreglaba los platos sobre la mesa.

Destine miró el brillo del sol reflejado sobre el domo plateado que cubría el plato con jamón. Esa mañana le habían preparado finas rebanadas acompañadas de tiras de tocino y papas fritas. En otro plato, le mandaban pan hecho en casa, acompañado de un buen café. Jamás había bebido algo tan delicioso y aromático.

Todo lo que se servía en la mesa de los Obregón, procedía de sus tierras. Descubrió que si sus antepasados se habían mantenido al margen de cualquier adelanto moderno, Don Cicatriz no dudaría en explotar un pozo petrolero en caso de encontrar una veta en sus propiedades.

Ese hombre representaba lo opuesto a la forma en que sus ancestros vivían; esos señores que poseían tierras y gobernaban sus posesiones, no se podían comparar con la habilidad de Domingo para dominar y administrar la tierra. Poseía la destreza del cirujano, cuando éste empuñaba un bisturí, con mano firme para sanar al enfermo.

Miró a su alrededor y reconoció que, a pesar de proponerse odiar cada uno de los rincones de esa casa, había llegado a apreciarlos y a reconocer su belleza.

—Es algo único —murmuró admirando el panorama—. Creo que… me alegro de haber venido a Xanas. Es un lugar encantador.

—Pero demasiado tranquilo, señora —suspiró la doncella—. En ocasiones pienso que debería ir a trabajar a Madrid, aunque mi madre dice que se ha convertido en un lugar donde se vive muy de prisa. ¿Cree usted que me gustaría?

—Es un lugar totalmente distinto a Xanas —admitió Destine—. Tiene demasiada gente y todos se mantienen ocupados durante el día. Yo creo, Imelda, que no te sentirías a gusto en una ciudad con tanto movimiento, después de haber disfrutado de la belleza de esta región.

—¿Se marchará pronto, señora? Tal vez esto le parezca demasiado tranquilo, como a las otras enfermeras, ellas tampoco permanecían por mucho tiempo aquí.

—No Imelda, la quietud no me molesta, pero llegará el día en que la señora Arandas mejore y deba irme para atender a otros pacientes… el café es realmente delicioso. De lo que estoy segura —dijo tomando un sorbo—, es que antes que abandone la casa seré una adicta a esta bebida.

—Me alegra saber que no se marcha —sonrió la chica—. Usted es diferente a las enfermeras que trabajaban aquí, se quejaban constantemente y creo que la razón de su disgusto estaba en que Don Cicatriz era un poco duro con ellas y no se rendía ante sus sonrisas.

—Eso no me incluye a mí —protestó—. No intento conquistar al señor Don y su fortuna no me interesa.

—Su rostro, ¿le asusta? —murmuró Imelda, mirando a su alrededor—. Cuando me mira me hace estremecer, tal parece que dos

hombres me vieran al mismo tiempo, uno bien parecido y otro con expresión siniestra.

—No me interesa discutir la fortuna o la apariencia del Don —interrumpió—. Y tú Imelda, debes tener cuidado cuando hablas de esto en la cocina, podría sorprenderte hablando de él.

—¡Los santos me protejan! —exclamó santiguándose y alejándose a toda prisa.

Destine sonrió al ver su actitud. Por un segundo sintió piedad por Domingo. Hubiese sido un hombre muy atractivo, si el fuego no hubiese dejado esa cicatriz en su rostro.

Él sabía el efecto que producía en las mujeres, pensó Destine, mientras comía un pedazo de jamón con una papa frita. También sabía que podía causar emociones distintas: miedo ante su apariencia y una sensación fascinante, pues las mujeres se sentían atraídas por el demonio. Si el fuego no hubiese destruido la mitad de su rostro, sin duda su actitud no hubiese diferido mucho de la que mostraba, y no podía evitarlo, lo llevaba en los genes, en la sangre…

Terminaba el desayuno comiendo una mandarina, cuando tuvo la sensación de que no se encontraba sola. Durante unos segundos se mantuvo inmóvil, se volvió hacia donde la hiedra caía sobre la pared.

A pesar de que su intuición le decía de quién se trataba, no pudo evitar sobresaltarse al mirar al Don, siempre acercándose a ella como un felino. Enfundado dentro de unos pantalones negros y un suéter de seda oscuro, permanecía de pie, como una pantera, peligrosa e imposible de predecir.

—Lo único que puede compararse con su manera de andar, es un gato, señor —exclamó—. Indudablemente, usted no sería lo indicado para calmar los nervios.

—Si sus nervios se encuentran tan alterados, cada vez que me acerque a usted silbaré alguna tonada —caminó hacia ella, cruzando el patio de mosaico y empezó a silbar un trozo de la ópera *Carmen*, llegó hasta ella y se detuvo a su lado mirándole el cabello—. Y ahora, ¿se levantará arguyendo que el deber la llama?

—Así es, señor.

Domingo miró el reloj de pulsera, la piel del brazo se veía más oscura en contraste con la correa del reloj.

—Según mis cálculos, aún dispone de quince minutos antes que concluya la hora de su desayuno… veo que le agradó la fruta—. ¿Le agradaría ver los árboles en flor, con la fruta pendiendo de sus ramas? ¡Venga conmigo! —la tomó de la mano y la forzó a ponerse de pie.

Destine, por su trabajo, usaba zapatos bajos, así que, sin la altura que le proporcionaban los tacones, se dio cuenta de lo alto que era Domingo. De sus antepasados australianos había heredado esa única característica, todas las demás que poseía eran cien por ciento latinas. El color de su piel y la brillantez de su cabello eran distintivos de esa región de España.

—Las huertas son mi orgullo —dijo alegre—. No se parecen en nada a lo que pueda ver en Inglaterra. El valle cuenta con la protección de las montañas y nuestro sol aún no se diluye por el frío, como sucede con la atmósfera inglesa. El frío de su país cala los huesos, de la misma forma en que el sol de Xanas corre por las venas de los nacidos en el sur de España.

Destine no quiso discutir con él, sentía la presión de sus dedos sobre el codo dirigiéndola hacia el interior del jardín que aún no conocía.

Miró el largo pasillo ante ella, custodiado por hileras de árboles frondosos. Había entre sus ramas, flores de colores y racimos de fruta que pendían en forma tentadora, meciéndose al compás de la brisa matutina. El Don tenía razón, en Inglaterra no podría admirar tanta belleza de color y formas, como en este lugar.

Cuando llegaron donde se encontraban los limoneros y las toronjas, aspiró un olor desconocido para ella.

—Maravilloso, ¿no lo cree? —Domingo miró a Destine, con ojos brillantes—. El conjunto de estos árboles, plantados con simetría, con los frutos pendiendo de sus ramas y mirando siempre al sol, hacen de este lugar un sitio exuberante.

—Parece que el aire estuviese impregnado de champaña —repuso Destine—. Me hace suponer que la embotellan en algún lugar cerca de aquí.

—Así es, a esta hora de la mañana la descorchan por un rato, así que el aroma se sube un poco a la cabeza… a mí me sucede, a pesar de que estoy acostumbrado a caminar por el huerto. Imagino que se siente como si hubiese bebido un trago de vino.

—Creo que me siento un poco mareada —lo miró y el corazón le dio un vuelco, al notar la forma en que la miraba. De repente se percató del solitario lugar en que se encontraban, su única compañía eran los árboles, las abejas que zumbaban a su alrededor, y las aves que revoloteaban entre el verde follaje.

No se dio cuenta de que se ruborizaba y de que sus pestañas oscuras intensificaban el color azul en sus ojos, el cabello brillaba bajo

el sol, haciéndolo ver más claro. Lo miró, los labios aún se hallaban húmedos por el fresco jugo de la fruta que comiera en el desayuno. Ese día se había puesto una blusa confeccionada en seda, desabotonada en el cuello y haciendo juego, llevaba una falda en color crema.

—Parece muy joven esta mañana —exclamó—. Debería usar el cabello como lo lleva ahora, se ve menos formal así que como lo usa siempre.

—Debo estar siempre limpia y bien presentada, señor. Recuerde que soy una enfermera.

—No lo olvido, pero antes que nada, es usted una mujer —la miró sardónico—. Cuando toma su desayuno y se encuentra a solas, se permite mostrarse como lo que es, una jovencita, aunque lleve un aro de bodas en el dedo y una marca en el corazón. Como dueño del lugar, puedo exigirle que lleve siempre el cabello suelto y esas faldas que muestran sus piernas. Considero que las piernas de las mujeres inglesas son mucho más atractivas que las del resto del mundo y eso es una ventaja a su favor…

Domingo sonrió y levantó una mano, tomó un limón que pendía justo arriba de su cabeza y se lo ofreció, junto con la flor que colgaba de la rama.

—Un hombre con mi rostro no debe atreverse a expresar cumplidos a una joven y tampoco debe ofrecer a una viuda nada más dulce que una fruta amarga, ¿no es así? A pesar de mi cara diabólica, soy un hombre, hombre, sólo eso; y a pesar de que usted es viuda, no es más que una mujer. Si desea ocultar su femineidad, más vale que lo haga tras un hábito color negro, como lo hacen las latinas y no lucir una blusa en color azul que realza el tono de sus ojos y una falda que revela un par de piernas bien formadas.

—Si piensa —interrumpió—, que me vestí de este modo para atraerlo, ¡se equivoca! Yo no le pedí me trajese a ver su huerto, disfrutaba plácidamente de la tranquilidad del patio y de mi soledad… ¡Y se atreve a insinuar…!

—Se equivoca, señora, mirarla a usted no significa nada, es como si mirase a estos árboles. Además, creo que hasta un hombre feo, tiene el derecho de poder ver lo que pasa ante sus ojos.

Destine se mordió el labio y miró hacia otro lado. No lo consideraba feo, sólo pensaba que era un hombre duro, con impulsos bárbaros bajo aquella piel oscura.

Ella también se había vuelto amarga, al perder a un hombre

como Matt, toda la alegría de vivir la habían exprimido de su ser, sacando hasta la última gota y como ese limón, después de extraerle el jugo, quedaba seca. Tal vez se estuviese dejando envolver por batas esterilizadas o sábanas blancas. Pero no, no podía ser, su vida estaba dedicada a su profesión, tal y como Matt lo hubiese deseado, su vida tenía una finalidad, una razón de ser.

Levantó la barbilla y repuso:

—Nunca podremos estar de acuerdo, señor, nunca podremos coincidir en los principios fundamentales de la vida. Usted piensa que la mujer debe dedicarse en cuerpo y alma al hombre, yo vivo sólo para mí y para mi profesión.

—¿Y cuando contrajo matrimonio, pensaba de igual manera, enfermera?

—Por supuesto que sí —miró a Don Cicatriz, se veía muy varonil de pie junto a aquel árbol de fruta amarga—. Matt era un hombre civilizado y nunca esperó que me dedicase a él totalmente. Comprendía que la mujer debería realizarse como tal, no sólo en el hogar, sino desarrollando sus inquietudes… ¿pero de qué sirve discutirlo de nuevo? Usted posee costumbres arraigadas y nunca nos entendería a Matt o a mí. Su mundo es este valle y su vida entera es la tierra y la cosecha. Lo único que le interesa son sus árboles, las personas ocupan en su mente un segundo término.

—¿En verdad lo cree así? —la recorrió con su mirada—. Siento no poder demostrarle lo equivocada que está, pero creo que en este momento el deber nos llama a ambos. La lección tendrá que esperar una mejor ocasión. Cuando volvamos a encontrarnos a solas, le advierto que…

-¡Yo soy la que le advierto, Don Cicatriz! —exclamó Destine con los nervios alterados, retando al hombre que poseía más fuerza que ella—. No deseo lecciones de femineidad y menos provenientes de usted. Resérvelas para las mujeres latinas, si a ellas sí les agradan los hombres arrogantes, a mí me tienen sin cuidado.

Terminó de hablar y se alejó de él, corrió entre los árboles y sin importarle lo que él pudiese pensar, llegó hasta la puerta de hierro. Quiso abrirla, pero se dio cuenta que era demasiado grande y dura para ella, a su pesar, tuvo que esperar a que él llegara y con un solo movimiento la abriese.

Destine lo miró y sus ojos expresaron una mezcla de encontradas emociones, resentimiento, ira y agitación. Al correr hacia la casa, el pulso le latía aceleradamente y sintió que la vida renacía dentro de ella; el sol acarició su piel, percibió la claridad del día y admiró el

cielo tan azul que cubría toda la región. No deseaba asociar esas sensaciones con el Don, pero sabía demasiado bien que él era el que había encendido dentro de su ser esa chispa de vida. Le había trasmitido la energía que lo caracterizaba. Antes de empezar su labor, cambió su atuendo por otro más sobrio y se recogió el cabello, como era su costumbre.

—Buenos días, señora —dijo sin aliento—. Debo ofrecerle una disculpa por llegar tarde pero… algo me entretuvo.

—Buenos días —Rocío miró a Destine, parecía darse cuenta de la vitalidad que manifestaba esa mañana—. ¿Y quién la detuvo? Parece como si alguien la hubiese correteado.

Destine prefirió no comentarle que Don Cicatriz la había retenido a su lado. Sabía que Rocío se pondría celosa y no deseaba que pensara que había alguna relación entre ella y aquel español insoportable.

—Se atoraron mis medias en un arbusto y tuve que ir a cambiarlas —repuso. Le decía una mentira blanca, pues las había roto, pero a causa de su loca carrera al tratar de huir del Don.

—¿De veras? —preguntó, mientras untaba miel sobre un rollo de almendra—. ¿Se ha pintado las mejillas o es su color natural? Supongo que lo adquirió al subir y bajar la escalera un par de veces; envidio sus piernas, ágiles y listas a moverse. Me hace sentir como una anciana.

—Tonterías —repuso Destine, mientras comenzaba su rutina del día y enfocaba la conversación hacia un tema distinto. Una hora después, ya había acomodado a Rocío en el patio. La recostó sobre su sillón y junto a ella colocó una mesita con revistas, la radio y un plato con panecillos y fruta fresca. Desde que dejara de tomar tanta píldora para dormir, ésta tenía mejor apetito y el contorno de su rostro parecía llenarse poco a poco.

Se recostó sobre un almohadón forrado en fina seda, suspiró y miró el azul del cielo a través de las ramas de un tulipero.

—¿Qué piensa de Xanas? —preguntó de improviso—. Cuando llegó no le agradaba, lo sé, ¿ha cambiado su opinión al respecto?

Destine miró el árbol y vio cómo sus flores se balanceaban al compás del aire, parecían velas color rosa encendidas por los rayos del sol. Un gatito blanco de cola negra, corría de un lado a otro sobre los brillantes mosaicos persiguiendo a una lagartija color verde.

—En ocasiones dudo señora, parece como si viviese un sueño. Cuando miro a mi alrededor y me doy cuenta de la belleza que me rodea, se me hace imposible que me encuentre dentro de una casa tan hermosa. A usted, que siempre ha visto esto tal vez no le impresione.

—Sí —Rocío parecía interesada en lo que Destine decía—, nací en este lugar y estoy tan habituada a sus alrededores, que no me doy cuenta de lo extraordinaria y de lo pintoresca que puede resultarle la casa a un extranjero. En especial a quienes admiran el estilo morisco de su arquitectura. ¿Ya la conoce toda? Tenemos una capilla antigua con un gran campanario, que guarda una historia dentro de sus muros —hizo una pausa y comenzó el relato—: Hace muchos años, una joven contrajo matrimonio en el lugar; su prometido, un miembro de la familia Obregón, le pareció tan insoportable que cuando terminó la ceremonia, se apartó de su lado y corrió hacia la torre, subió a lo alto y amenazó con arrojarse si él se atrevía a tocarla.

Se detuvo un momento para morder un rollo de crema, Destine se imaginaba la escena y no le sorprendió que una chica huyese de un varón perteneciente a esta familia. Presentía que cada hombre de apellido Obregón, resultaba intimidante y quizá la muchacha, había sido sacada de un convento para contraer matrimonio con un hombre al que apenas conocía.

—¿Qué sucedió después, señora? —preguntó—. La joven no cumplió con su amenaza, ¿verdad?

—No —sonrió y negó con la cabeza—. El novio la dejó en la torre y él regresó junto con sus invitados al interior de la casa. Sabía que a una chica que provenía de un convento, pronto sentiría hambre, olvidaría su necedad y bajaría por su propia voluntad. Los Obregón no son personas románticas, son personas realistas, como usted ya se habrá dado cuenta. Mi antepasado sabía que si la joven deseaba deshacerse de él, tenía que hacerlo antes que el matrimonio se consumara. Era un hombre de mundo y con mucha experiencia, sabía que su presencia la ponía nerviosa… así es que la esperó afuera de la capilla y cuando su esposa se decidió a bajar, la recibió con un vaso de vino y una rebanada del pastel de bodas. Su paciencia tuvo su recompensa, pues tuvieron tres hijas y un varón que perpetuó el apellido.

—Sin embargo —prosiguió Rocío, frunciendo la frente y acomodando el chal sobre sus piernas—, parece ser que a la familia se le niega el derecho de ser feliz. Una semana después de que nació su hijo, el protagonista de la historia fue asesinado por uno de los trabajadores de la plantación. Quizá nos están castigando por antiguas crueldades, ¿no le parece?… yo misma soy cruel, cuando le digo a mi madre que no deseo curarme. Mi hermano Manolo tenía varias facetas en su carácter, que siempre traté de ignorar. Era un hombre bien parecido, lleno de vida, atrevido y valiente. A pesar de eso, todos sabíamos que…

Rocío encogió los hombros y miró a Destine, como si le comunicase algo de su tensión y continuó:

—Parece que usted ha captado cada una de mis palabras. ¿Le interesa la historia de la familia Obregón?

—Su familia es poco común —replicó Destine.

—Sí —murmuró, Rocío—. Todos sabíamos que Manolo era capaz de lastimar a la gente. Cuando él y Domingo eran niños, les obsequiaron, a cada uno de ellos, un potro color negro, ambos con las mismas características. Un día organizaron una carrera y mi primo venció, esa misma noche cuando Domingo entró en el establo, se encontró a Manolo, que con una vara azotaba a su potro. Domingo le arrebató el palo y golpeó con él a Manolo, después lo rompió en mil pedazos. Siempre fue más fuerte que mi hermano. Creo que nunca olvidó la humillación de que fue objeto, ya que los empleados la presenciaron. Mi hermano era el señorito y mi primo sólo un pariente que vivía en la casa. No poseía fortuna alguna, pero cuando un pariente de su abuela murió, le heredó una considerable cantidad que lo situó a la misma altura de Manolo.

Hizo una pausa y luego añadió:

—Creo que esta mañana amanecí muy platicadora —sonrió.

—Es bueno escucharla —repuso Destine, tratando de controlar la impresión que le había producido el relato de su paciente—. Eso significa que su salud mejora y que vuelve a interesarse por la gente.

—Es verdad —dijo una voz tras ellas—. Estás liberándote de tu apatía, querida.

Don Cicatriz entró por la puerta de hierro que daba acceso al patio y se recostó sobre el marco cubierto de flores color escarlata. Destine se llevó una mano al cuello y emitió un grito. El relato de Rocío le impresionó de tal manera, que al ver a Domingo le pareció ver la imagen de Manolo y un escalofrío le recorrió la espalda. Hubiesen sido casi idénticos, si el fuego no hubiera lastimado de esa manera el rostro del Don.

Rocío también se sobresaltó al notar aquel parecido, por lo que exclamó, mientras Domingo le tomaba una mano y se inclinaba sobre ella:

—Me asustaste, primo. Hablábamos de Manolo y en ocasiones tú…

—Lo sé —la interrumpió al tiempo que besaba sus dedos y miraba a Destine. Parecía que era una mirada furtiva, pero no era así, la miraba con insistencia, como si quisiera adivinar su reacción, al

escuchar lo que Rocío le dijera. Le había advertido que jamás revelara la relación que había tenido con su primo, no deseaba que al recordarlo, abriera de nuevo las heridas a las personas que tanto amaba. El que el nombre de su primo la hiriera a ella, era algo que no le importaba, ella no pertenecía a su familia, como Rocío y la marquesa que había sido una madre para él.

Miró como Domingo besaba con ternura la mano de su prima y se sintió desolada al darse cuenta que, cuando sobrevino la tragedia, ella se encontraba sola, sola para afrontar su pena, no contó con un brazo fuerte que la sostuviera ni con una mano segura que pudiese guiarla. Tenía que llorar en la oscuridad, sin alguien a su lado que pudiese confortarla. De repente, se dio cuenta que sus ojos se humedecían por el llanto y los secó, mirando de prisa hacia otro lado, no deseaba que, el hombre cerca de ella, notara su debilidad en el momento en que los recuerdos le hacían tanto daño.

Escuchó la alegre risa de Rocío.

—Creo que hemos abochornado a mi enfermera. Los ingleses no aprueban nuestras demostraciones de afecto, ellos prefieren que la gente se bese en privado. Mira cómo nos ha dado la espalda… tal vez se deba a su timidez o a que nos envidie, ¿tú qué crees?

—Yo diría que ninguna de las dos —exclamó Domingo.

Destine sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo, se volvió y se dirigió a Rocío en tono firme.

—Iré a arreglar su alcoba, señora, no deseo parecer como una intrusa.

—Pero usted no es una sirviente —repuso Rocío, y sus ojos brillaron al notar en el rostro de la joven enfermera, la tensión que a duras penas, trataba de ocultar—. Deseo que permanezca aquí, Destine, el señor Don, raras veces tiene la oportunidad de ver a una joven con piernas sanas, que puedan moverse y que no se parecen a los dos pedazos de madera que tengo cubiertos.

—Rocío —intervino él—, tú nunca serás como te catalogas. En una mujer existen cualidades más importantes que un par de bellas piernas.

—¿De veras, querido? —sonrió con tristeza—. ¿Acaso intentas convencerme de que prefieres la compañía de alguien pasivo, a la compañía de alguien que pueda caminar a tu lado, cabalgar por los prados y saber que puede sentir tu contacto desde los talones hasta el cuello? Si piensas de ese modo, entonces, creo que debes encerrarte en un convento y tomar los hábitos.

Don Cicatriz soltó una carcajada y le acarició la mejilla.

—Vamos Rocío ¡ya basta! Hace unos momentos conversabas animadamente y ahora te compadeces. Mira el cielo, las flores, escucha el trinar de las aves. La vida es buena para quien posee ojos para ver y oídos para escuchar. Existe, siempre, otra clase de satisfacciones y el estar vivo es una de ellas.

—Te diré algo más, primo, el cielo es más azul y las flores son más bellas, si las miras en compañía de un ser amado. Me hablas de satisfacciones y creo que no poseo una sola… nunca podré convertirme en esposa… a menos que tú te estés ofreciendo para fingir como mi marido.

Las palabras resonaron por todo el patio y cuando Destine escuchó las palabras provocativas que Rocío le había dirigido al Don, lo miró detenidamente. Su rostro se mostraba impávido, sus facciones no denotaron sorpresa o disgusto.

—Si te hace feliz el que yo me convierta en tu esposo, ten la seguridad de que se hará como tú lo desees —habló con determinación y Destine estuvo segura al escucharlo, que con aquellas palabras, hacía un compromiso, como si las estuviese diciendo frente a un altar.

—Cuando se arregle mi divorcio, ¿estás de acuerdo? —suspiró—. Miguel me lo dará y no puedo culparlo, ni siquiera lo hice cuando me abandonó, tú eres tan distinto a él. Eres fuerte y seguro de ti mismo, él carece de espíritu de lucha, el que capacita a los hombres para poder sufrir toda clase de tormentos. Para mi madre será una gran alegría el que tú y yo contraigamos matrimonio, y creo firmemente que soportarás vivir al lado de una mujer que nunca podrá brindarte una verdadera compañía. ¿Estás dispuesto a sacrificarte de ese modo por mí?

—Sí —accedió tomando entre las suyas, las manos de su prima —. Creo que tú y yo nacimos para estar juntos.

—¿Lo crees? —levantó el rostro y miró el que tenía tan cerca de sí.

Destine sintió que era una intrusa al presenciar un momento tan íntimo. Se dirigió a las habitaciones de Rocío, estaba por cruzar la puerta de cristal, cuando escuchó la voz de su paciente.

—Destine, no se marche sin antes felicitarnos a Don Cicatriz y a mí. Escuchó usted que nos hemos comprometido, sea la primera en desearnos felicidad en nuestra vida futura.

Destine se volvió lentamente y un rayo de sol brilló sobre su

cabello, pero al mismo tiempo su resplandor evitó que se pudiese apreciar la expresión de sus ojos.

—Felicidades señora, felicidades señor, deseo que sean muy felices.

—¿Lo aprueba? —insistió Rocío—. ¿Piensa que otro matrimonio haga renacer la mujer que hay en mí?

Diversas emociones hicieron estremecer a Destine; había pasado demasiadas noches y demasiados días al lado de Rocío, para saber que aún pensaba en Miguel Arandas. Si se casaba con el Don, lo haría como un reto hacia sí misma, demostrándose que aún era capaz de despertar el amor en algún hombre. Respecto a los sentimientos de Domingo, no podía asegurar nada, la miraba, pero sus ojos eran impenetrables y su rostro, una máscara inexpugnable.

—La mejor medicina de que puede disponer, es saber que alguien se preocupa por usted, señora.

—Es una forma muy sutil de decirlo —repuso Rocío—. Lo que significa que deberé flotar por la vida como el petróleo, que no se mezcla con las aguas turbulentas. ¿Estás de acuerdo, Domingo?

—Sólo deseo tu felicidad —dijo él y agregó tratando de desviar la conversación—: ¡Ahora que recuerdo, mañana iremos a la finca de nuestros amigos! Llevaremos a la enfermera Chard, así podrá volver a conversar con el señor Davidson. ¿Vendrá con nosotros, verdad? —preguntó mirando a Destine.

—Si usted insiste —repuso en forma correcta.

—No lo tome como parte de su trabajo —dijo molesto—. Disfrutará el paseo y podrá conocer más sobre la región.

—Si usted lo dice, señor…

—Sin excluir al señor galés. Estos pueden resultar sorprendentes, ¿no lo cree, enfermera? —le interrumpió.

—¿Lo cree, señor? —Destine lo miró con inocencia—. No podría asegurarlo, mi trabajo ocupa toda mi atención —y diciendo esto, desapareció tras la puerta de cristal, cerrándola tras ella con suavidad. Dentro de la habitación, alejada del patio podía respirar libremente. Cruzó el recibidor y entró en la alcoba, el espejo del closet le devolvió su imagen, se detuvo ante él y miró su rostro, en sus facciones aún se podían apreciar las huellas de la fuerte emoción recién vivida.

¿Qué era lo que en realidad la había impresionado? ¿El hecho de que escuchara a Rocío y al Don hablarse con dulzura? Era absurdo, no era un secreto que Domingo cuidaba de ella y no sería extraño que

quisiera casarse para curar sus heridas de amor.

Permaneció un momento contemplándose al espejo, se sentía extraña, deseaba alejarse y estar sola, aunque fuese sólo por unos instantes, los que serían suficientes para poder calmarse y alejar de ella aquella sensación de nerviosismo que no podía controlar. La situación había sido sorpresiva y dudaba que los primos pudiesen lograr juntos la felicidad. El Don irradiaba vida por todos los poros, formaba parte de la tierra, de las rocas y de las montañas. En cambio Rocío, era un ser delicado y débil que podía compararse con una orquídea de ornato.

Caminó por la habitación, el deseo de arreglarla había sido una excusa para alejarse de la pareja, que hacía planes para el futuro. El cuarto guardaba los objetos que Rocío apreciaba y que estaban cerca de su corazón.

Se imaginó al Don en su propia habitación, debería ser oscura y espaciosa.

Dejó caer una mano, deseando apartar de su mente la imagen de Domingo, al hacerlo, rozó una zapatilla china y estuvo a punto de hacerla pedazos.

La tomó entre sus dedos y el instinto le dijo que había formado parte del adorno del pastel de bodas que ella y Miguel habían cortado. Se la imaginó radiante el día de la ceremonia, muy bella dentro del traje de novia, ignorante de que su alegría duraría muy poco tiempo.

La colocó en su lugar, junto a una de las mesitas al lado de la ventana, miró hacia afuera y contempló los árboles en flor que majestuosos, miraban el sol con las ramas repletas de flores color carmesí. La felicidad de algunas personas era como esas flores, resplandeciente y generosa por un breve período de tiempo, para después marchitarse y vivir sólo del recuerdo. Pensó en Rocío, estaba segura de que no volvería a ser feliz y tampoco sería capaz de volver a amar. Miraba a su primo como un refugio, alguien que podía protegerla y ampararla.

Esa tarde, mientras Rocío dormía la siesta, Destine se decidió a cabalgar un rato, el Don había puesto a su disposición un caballo y aceptaría el ofrecimiento. Rocío insistió en facilitarle un traje de montar y unas botas apropiadas. Enfundada en la ropa adecuada, se dirigió al establo. Caminó entre las caballerizas hasta llegar a la que ocupaba Madrigal. La parte superior de la puerta estaba abierta y la cabeza de la potranca asomaba bella y arrogante.

Al entrar, Destine se sintió un poco nerviosa, tenía que convertirse en amiga del animal, si deseaba montarlo a menudo.

Cuando la ensillaba la potranca relinchó, le ofreció un terrón de azúcar calmando así su inquietud. La sacó de la cuadra y caminó con ella hasta el patio, donde la montó con algo de dificultad. Cuando en Inglaterra, tomó las clases de equitación, los estribos de la silla no se hallaban tan altos como los de la yegua que acababa de montar.

Con el corazón dándole tumbos, dirigió al animal fuera del patio del establo y enfiló hacia la puerta que se abría ante el hermoso paisaje del campo abierto. Abajo, el valle encerraba las plantaciones y la cosecha rendía sus frutos. Se alegró de haber aceptado el sombrero que Rocío insistió que llevara, como parte del atuendo. El ala le cubría parte del rostro, pero podía contemplar y admirar el paisaje. Era el ambiente que necesitaba, el ideal para su estado de ánimo.

Al poco rato, Destine y Madrigal se habían adaptado, se sintió más segura y soltó un poco las riendas del animal.

Subió por una colina y miró hacia el valle, que en esos momentos tenía tonalidades verdes y doradas bajo los rayos del sol. A Destine le pareció un paisaje de belleza incomparable. Allí en lo alto, uno podía sentir la vida, alejada del resto del mundo entre aquellas majestuosas montañas, que a esa hora del día se cubrían de un tono violáceo.

El esplendor del pasado aún persistía en la aldea, que se extendía sobre las faldas de las colinas. Las casas estaban pintadas de color blanco, las calles angostas, con arcadas por doquier y ventanas pequeñas, protegidas por hierro forjado, donde los geranios trepaban libremente, mostrando sus bellos colores y formando figuras caprichosas.

En España, el tiempo es el sirviente y no el amo, pensó Destine, mirando una tienda de artesanías en las orillas del pueblo. No veía a los artesanos, la hora de la siesta imprimía a la aldea un silencio mágico. Cuando el sol comenzaba a declinar, el ruido y el movimiento se iniciaban rompiendo la tranquilidad del lugar. Entonces comenzaba la compra, la venta, los chismes y el trabajo que duraría hasta las nueve de la noche, en que el aroma de la comida española invadiría el ambiente. Pimiento morrón con carne, abundantes cebollas, aceitunas y el olor penetrante del ajo frito en aceite de oliva.

Los españoles disfrutaban las noches, comían y conversaban durante horas. La siesta era un descanso, bajo aquel sol no podían trabajar y cuando estaba en lo alto, todos se retiraban a sus casas.

Quizá, los que decían que los ingleses eran extravagantes tenían razón, ella cabalgaba bajo el sol, a diferencia de los españoles que se cubrían bajo sus techos, esperando que el sol se ocultara para

reanudar sus labores.

Sus manos sostenían con firmeza las riendas de Madrigal, no deseaba dejarla galopar hasta no haber dejado el pueblo. Salieron, dejando atrás las últimas casas y se dirigieron a las montañas. Destine pretendía frenarla con las rodillas, Madrigal no obedecía sus órdenes, y cada vez subía más y más, por la desierta colina, el sombrero cayó sobre su espalda y el cabello se le soltó, cayendo sobre el rostro sonrojado. Miró un claro cerca de ella, y trató de controlar al animal, detuvo las riendas con gran esfuerzo, pero parecía que el demonio se había posesionado de la potranca y se rehusaba obedecer a la joven.

Se dio cuenta de que no ejercía control sobre ella y el miedo se apoderó de Destine, se vio volando por los aires cayendo sobre el claro, al que se aproximaban con rapidez.

Escuchó un silbido, el animal al oírlo dio un brinco y se detuvo de improviso; Destine fue lanzada hacia adelante, lo único que la sostenía era el cuello del caballo, de donde se asió con toda la fuerza que le quedaba.

Se mantuvo inmóvil, en aquella incómoda posición y escuchó tras ella el trote de un caballo. El corazón le latía apresuradamente al sentir que alguien se acercaba, se volvió y miró al jinete. Le pareció que su expresión era divertida.

—¿Por qué silbó de esa manera? —exclamó—. Poco faltó para que Madrigal me lanzara al suelo.

—Había perdido el control —exclamó acercándose a ella, su perfil parecía más oscuro bajo la luz del sol y se veía seguro y arrogante sobre su caballo. Las manos de Don sostenían con firmeza las riendas y sus rodillas apretaban con fuerza el cuerpo del caballo.

Destine se enderezó y volvió a sentarse sobre la silla, Madrigal se mantenía inmóvil, como si su comportamiento no hubiese sido ventajoso para con la joven inglesa.

—Se encuentra muy alejada de la casa —dijo mirando su cabello revuelto y el sombrero caído sobre la espalda—. Si hubiese sido lanzada por Madrigal, me hubiera tomado mucho tiempo encontrarla. No debe alejarse tanto, hasta que se acostumbre a montarla; cabalgue por los alrededores de la casa, será más conveniente. La potranca se dio cuenta que sus manos no eran muy fuertes y se aprovechó de la situación.

—Así parece —Destine tomó las riendas y vio que el fuste se encontraba enredado en su brazo—. Vi la aldea y no pude controlar el deseo de conocerla. Cuando salimos, Madrigal enfiló hacia las colinas

y no pude controlarla. Todo lo que usted posee, está entrenado a obedecerlo al escuchar su silbido, ¿no es así?

—Debe admitir que tiene sus ventajas —señaló con su fuste la orilla del claro; hacia abajo se abría un precipicio cubierto de rocas—. Es mejor estar vivo que dejar los huesos esparcidos allá abajo.

Se estremeció. En algunas ocasiones, su lenguaje era demasiado crudo. Rara vez disfrazaba lo que decía, llamando las cosas por su nombre. Distaba mucho del que tantas veces escuchara en casa de su madrina. El que usaba allí era correcto y florido. Ignoraba el porqué de esa actitud, quizá la sangre australiana que corría por sus venas, lo hacía rudo… o tal vez su defecto físico lo había convertido en un hombre distinto.

—Dígame señor, ¿le agradan las pinturas del Greco? —preguntó, en un impulso y miró los ojos negros que la veían considerando la pregunta.

—¿Sugiere que prefiero lo real y tangible a lo romántico y etéreo?

—Supongo que… sí —aunque su intención no era la que él insinuaba, Destine asintió, al mirar la cicatriz en su mejilla.

—Debe recordar que dentro de mí prevalece la sangre del desierto —repuso—, como en todos los que viven en la región. Nuestros antepasados eran moros y recuerde que tenían varias mujeres y entre ellas a sus favoritas. En mi caso, a pesar de mi fealdad, sería absurdo que con mi ojo sano no admirara la belleza que me rodea.

—No hable de ese modo… —y sin desearlo sus ojos se posaron en su cara, tuvo el presentimiento de que alguna joven lo hubiese rechazado a causa de la cicatriz en su mejilla. Seguramente no había sido Rocío, Destine sabía que no sentía gran pasión por su prima.

—Esto es algo real y horrible, ¿no es cierto? —dijo señalando la cicatriz. La mujer que viva conmigo tendrá que verla día y noche, pero con Rocío tengo una ventaja, está acostumbrada a verla, no le asusta mi rostro. Ella era muy pequeña cuando sucedió el accidente, así que creció mirándolo y lo acepta… lo suficiente como para convertirse en mi esposa.

—¿Es ésa la razón por la que se casará con ella? —las palabras salieron sin que Destine pudiese evitarlo. Se sintió horrorizada por lo que había dicho, miró el látigo en su mano y tuvo miedo de que la golpeara con él. No tenía el derecho de juzgar a los demás y lo hacía a pesar de que repudiaba a las personas que se tomaban esas libertades.

—No tengo por qué explicarle mis razones para contraer

matrimonio —repuso molesto—. Usted es sólo una enfermera que está aquí de paso, nada más. Su vida no influirá en la nuestra y cuando se haya marchado, Rocío y yo podremos encontrar la serenidad de que tanto habla usted. Lo único que necesita saber, es que no me caso con ella por el simple hecho de que me acepta tal cual soy. Lo que llevo dentro de mi ser, es algo que no es de su incumbencia, y si piensa que ella me toma por despecho y por obtener un poco de consolación, lo acepto. Hay un dicho que dice: "Un sueño fallido no significa que sea imposible volver a soñar".

—Es muy cierto —Destine miró hacia las montañas, evitando encontrarse con sus ojos. A lo lejos, parecía que tocaban el cielo con su verde follaje y deseó que la hubiese azotado con el látigo, hubiera resultado menos doloroso que escuchar sus palabras. Dejaron huella profunda en su mente y en el camino, cuando regresaban a la casa, no podía dejar de pensar en ellas.

Al dejar el valle, el sol mandaba sus últimos rayos sobre la comarca, en lo alto, el cielo parecía un techo pintado brillando con mágicos colores.

Domingo disminuyó el trote de su caballo, mientras Destine lo seguía de cerca.

—La tierra es para un español, como la gracia para la mujer —dijo en un tono de voz suave y ronco—. La buena tierra posee las mismas cualidades de una mujer. Quisiera saber si a pesar de sus estudios, acepta la comparación o le parece un insulto.

—Creo que proviniendo de un español, es correcto, pues piensan que tanto la mujer como la tierra deben estar al servicio del hombre.

—Está equivocada —rió de buena gana—. A la tierra hay que trabajarla y tratarla con cariño, brindándole todo lo que necesita. En España debemos hacerlo de ese modo, el sol es nuestro amigo, y también un poderoso enemigo, la tierra debe ser vigilada si deseamos que nos dé lo mejor de sus entrañas. Nos ha llevado muchos años transformar el valle en lo que ahora es, pero si lo descuidamos un solo día, su abundancia decaería en forma increíble. Excepto por la hora de la siesta, ocupa todo nuestro tiempo; en estos momentos del día me agrada cabalgar, como lo hizo usted, a pesar de que el calor se torna insoportable. Mi mundo es éste y en raras ocasiones cruzo los linderos del valle, aquí tengo todo lo que necesito…, supongo que mi actitud le parecerá extraña, sobre todo para una mujer tan moderna como usted.

—No —repuso sorprendiéndose a sí misma, casi nunca coincidía con los pensamientos de aquel hombre—. Si una persona se encuentra tranquila en algún sitio y disfruta su trabajo, no veo el objeto de que

salga en busca de uno diferente. Nunca he dicho que la vida moderna sea perfecta, además no creo en ello.

—Sólo el matrimonio moderno es perfecto ¿eh? —la miró y sonrió burlón.

—Lo prefiero, a los arreglos que se llevan a cabo entre los latinos —alegó—. Pero como usted ha dicho, parece ser que el hombre español antepone a su esposa, la tierra y su caballo.

—¿Así es como lo entiende? —preguntó—. Pensé que más allá de nuestra frontera teníamos fama de ser románticos por excelencia, considerándonos unos donjuanes y que nuestra única ocupación era tocar la guitarra bajo un balcón.

—Eso pienso al verlo —miró el valle inundado de tonos violetas —. Pero no lo creo capaz de cambiar todo eso por una mujer.

Habló con tanta seguridad, que Domingo no pudo evitar soltar una carcajada.

—Tendría que ser una mujer muy especial —exclamó—. Mi vida está allí, en el valle, al que le he brindado toda mi habilidad, mi sudor y mi dolor y tendría que estar loco de remate para seguir a una mujer y alejarme de la tierra. ¡Ninguna mujer vale tanto, estoy totalmente de acuerdo con usted!

Tiró la rienda y enfiló hacia la casa, Destine lo siguió y entraron en el patio que conducía a los establos. La noche caía, ensombreciéndolo todo; Destine sintió una repentina ráfaga de aire frío, lo que la hizo estremecer a su pesar.

—Entre en la casa —dijo Domingo, una vez que hubieron desmontado—, y la próxima vez que monte, no se aleje tanto.

Entró en el pasillo en el momento que la marquesa salía de las habitaciones de su hija.

—¡Enfermera! Usted es la persona que deseaba ver —sonrió al acercarse a Destine—. Acabo de conversar con Rocío y me ha dado una noticia maravillosa. Domingo y ella se casarán en cuanto Miguel Arandas la libere de lo que nunca constituyó un verdadero matrimonio. ¡Estoy tan feliz! Deseé esto durante largo tiempo y al fin mi hija se decidió a aceptarlo. Después de la cena celebraremos la ocasión abriendo una botella de champaña.

Mientras hablaba tomó las manos de Destine entre las suyas.

—Estoy convencida de que usted ha traído la suerte a esta casa. Desde que llegó, Rocío parece más alegre, como si le hubiese infundado vida… y ahora me comunica esta gran noticia, aceptó la

proposición de Domingo y se convertirá en su esposa. ¿Conocía la buena nueva, Destine?

—Lo… sabía —sonrió y recordó que Rocío había hecho la proposición al hablar sobre satisfacciones y lo había retado a convertirse en su esposo.

—Será bueno para ella —la marquesa presionó los dedos de la joven y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Le recompensará en mucho, todo lo que ha sufrido, ¿no lo cree?

—Por supuesto —repuso y por su mente cruzó la imagen de un hombre, sobre un brioso corcel que parecía resplandecer bajo los rayos del sol.

Nadie preguntaba y a nadie se le ocurría pensar si el matrimonio resultaría benéfico para Don Cicatriz.

—Están hechos el uno para el otro —dijo la marquesa, y la presión sobre los dedos de Destine aumentaba, clavando en ellos los anillos que llevaba en sus manos. La joven soportó el dolor sin demostrarlo.

Destine quiso protestar, pero no se atrevió a hacerlo. No tenía derecho a salir en defensa de un hombre que le había dicho momentos antes que era sólo una enfermera, alguien que estaba de paso y que pronto se marcharía dejando a las personas que habitaban la Casa de las Rejas en completa libertad, para encontrar su felicidad.

Capítulo 6

El sol brillaba, iluminando el patio, las gotas de agua que brotaban de dentro de la fuente morisca, parecían diamantes lanzando a su alrededor chispas brillantes y relucientes. Destine se detuvo junto al auto, mientras Domingo levantaba en brazos a su prima para colocarla dentro de él. Con suavidad la sacó de la casa y caminó con ella hasta descapotable, acomodándola sobre el asiento. Se preparaban para salir a la finca de sus amigos, donde Lugh Davidson se hospedaba, mientras permanecía en la región.

Rocío se esmeró en su arreglo personal y su maquillaje era exquisito, pero a pesar de ello se veía frágil y parecía una criatura entre los brazos fuertes y morenos que la sostenían.

—¿Te encuentras bien? ¿Estás cómoda, querida? —preguntó el Don, al depositarla sobre el mullido asiento.

—Creo que sí —repuso Rocío, sin soltar el cuello de su primo; Destine colocó un cojín tras su espalda y la joven sonrió recostándose sobre él. Le agradaba captar la atención de los demás y sabía lo atractiva que estaba esa mañana. Su cabello oscuro, brillaba como la seda bajo un sombrero blanco y su vestido en color rosado, le sentaba a las mil maravillas. Miró a Destine, que usaba un vestido color azul con cuello y puños color blanco haciendo contraste. Era un atuendo sencillo y tuvo la impresión de que lo había elegido para hacer notar que era la enfermera y no una huésped invitada por la familia.

—Parece muy inglesa en contraste con nuestra idiosincrasia —declaró Rocío mientras arreglaba los pliegues de su vestido—. Creo que si viviera en España durante doce años seguiría pareciendo una inglesa recién llegada.

—Me hace sentir como una tonta, señora —sonrió Destine percatándose de la mirada de Domingo sobre su persona. Se estremeció al sentir la mano de Don Cicatriz sobre el codo para ayudarle a subir al auto y sentarse al lado de Rocío, en el cómodo asiento trasero.

El Don tomó asiento tras el volante, y Destine aún sentía el contacto sobre su piel. Miró sus anchos hombros frente a ella, cubiertos por una chaqueta de corte perfecto, hecha de casimir de tan fina clase que podía apreciar a través de él, los músculos de su espalda. Miró hacia donde estaba la marquesa para despedirlos, mientras se alejaban. Parecía triste y solitaria, pero se había negado a ir con ellos; insistió en que Rocío saliera sin su madre. Además, ya tenía un novio que cuidaría de ella y no permitiría que nada le sucediera. Sus palabras parecieron emitir otro mensaje. Destine las

interpretó a su modo, parecía insinuar que a pesar de las circunstancias, siempre había considerado a su sobrino el novio elegido.

Rocío agitó una mano para despedirse de su madre. Domingo encendió el motor y dirigió el auto hacia la salida, cruzando bajo las arcadas. La propiedad era muy extensa y después de varios kilómetros de camino, llegaron a la carretera principal. Rocío se dirigió a su primo y le comentó lo bello que le parecía el campo, mientras Destine guardaba silencio y dejaba volar su imaginación, recordando el viaje que hiciera a su llegada a Xanas.

Sonrió con ironía, cuando conoció al Don, supuso que se trataba del chofer, ¡vaya si era ridículo el pensamiento! Enfundado en ese traje impecable, se veía muy atractivo y apuesto. Esa noche la había alterado y aún lo hacía, con una mirada o con un comentario sarcástico.

Rocío tenía razón, si permaneciera en España una docena de años, seguiría siendo una inglesa y su opinión respecto a los españoles, no cambiaría.

—La noto pensativa, enfermera —la voz masculina interrumpió sus pensamientos—. ¿Acaso se encuentra absorta ante la belleza de nuestros paisajes? Mire las montañas y observe sus cimas color azul, las rocas esculpidas por el viento. Ahora mire hacia la izquierda, podrá admirar las ruinas de un castillo moro. Estoy seguro que le recordará lo que me dijo acerca de los hombres del sur y de su actitud hacía las mujeres.

—Eso suena intrigante —Rocío miró a Destine, que en ese momento se volvía para ver la torre destruida sobre un montón de rocas, donde en tiempos remotos, el dueño y señor había albergado a soldados y a esclavos—. ¿Qué es lo que le ha dicho a mi primo que le impresionó tanto?

—Nada de lo que yo pueda decir sería capaz de impresionar a Don Cicatriz, señora —habló de prisa, consciente de que su paciente sentiría celos de cualquier atención que no fuese dirigida a ella—. Únicamente le expresé mi opinión. Pienso que lo sucedido en el pasado nos afecta de cierta manera, pero aquí, en esta región, parece que nada cambia y que todo permanece estático a través de los siglos, como las ideas.

—Y el cuerpo —Rocío miró la cabeza del hombre que conducía —. Si piensa que Domingo se inclinaría por mantener a las mujeres recluidas en vez de ofrecerles la libertad que se merecen, creo que tiene razón.

Domingo soltó una carcajada al escuchar la opinión de su prima, pero no quiso discutir con ella.

—Otorgarle a una mujer la libertad, es lo mismo que revelar un secreto —exclamó—. Donde no existe el misterio, la mística sale sobrando.

—Eso significa que le gustará mirarnos cubiertas por un velo —exclamó Destine.

—Si les cubriera el rostro de esa manera, significaría que las dos serían mías —rió divertido—. Y no creo que le agradara mucho, enfermera.

El temperamento de Destine brotó, al escuchar el modo en que cambiaba lo que ella decía para su conveniencia; le disgustaba la forma en que jugaba con ella, parecía un gato a la caza de un ratón.

—No me agradaría convertirme en una esclava y ser la diversión de ningún hombre.

—¿Cómo puede estar tan segura, enfermera? En la vida se deben probar las cosas y ver si nos agradan; la vida es como la comida.

—En ocasiones se puede conocer lo que se ve con sólo mirarlo —exclamó y en ese momento se arrepintió de lo que había dicho.

—Dejen de discutir —intervino Rocío—. Nunca he conocido personas tan opuestas como ustedes dos. Son como el agua y el aceite, jamás podrían mezclarse. Es la primera vez que salgo para asistir a una visita y créanme que estoy muy ilusionada. Traten, por hoy, de ser amigables.

Destine notó que los hombros del Don se relajaban, tal parecía que Rocío tenía el don de calmarlo.

—Te prometo que el día resultará maravilloso. El sol brilla sólo para ti, y luces espléndida en ese vestido tan atractivo, que seguramente fue traído de alguna tienda de moda de París. Opacarás a todas las mujeres de la finca.

—¿De veras lo crees? —preguntó Rocío, al tiempo que sacaba un espejo de su bolso y comprobaba lo que el Don había dicho, estudió la imagen que el espejo le devolvía—. Una ventaja de ser inválida es que nos hace ver interesantes y frágiles. Espero que nunca me convierta en una mujer gorda, como la esposa de Fernando. Quien la mira ahora, no puede creer que haya sido una excelente bailarina de flamenco. Yo preferiría morir de hambre que verme como ella.

—Eso no importa Rocío, Fernando la ama —hablaba con amargura—. La mujer no cambia ante los ojos de su amado, a menos

que cambie el carácter dulce y se convierta en una mujer amargada.

—Nunca te había escuchado hablar así, Domingo. ¿Desde cuándo te agradan las mujeres de carácter tranquilo? En ocasiones he visto que te comportas de manera cortés con las esposas de nuestros amigos, con las que poseen un carácter dulce, en especial, pero nunca he notado que te atraigan. Como tampoco te he visto montar un caballo manso.

Destine escuchaba la conversación con interés, pero sin atreverse a preguntar. ¿Cuál era la razón para escuchar lo que decían dos enamorados? Rocío hablaba con emoción, y no le cabía la menor duda de que la pareja se hallaba involucrada sentimentalmente. Era una tonta, los matrimonios en España se arreglaban de esa forma y sucedía todos los días, nueve de cada diez, tenían más éxito que los que se llevaban a cabo por el amor.

Llegaron a la finca media hora después. Destine miró los pastizales, donde los becerros crecían hasta convertirse en grandes y poderosos toros. Los granjeros los adquirían para aumentar su crianza, en lugar de mandarlos a una plaza de toros.

Escucharon un ruido ensordecedor cerca de ellos: un grupo de becerros avanzaba a unos cuantos metros del auto.

—La gente que visita España debería ser artista y plasmar en un lienzo tanta belleza. Las montañas, la claridad del ambiente, el azul del cielo…, vivir aquí es como retroceder a la época de las cavernas, en que todo era más simple, donde nada de los adelantos modernos, puede echar a perder el paisaje.

—Debe tener cuidado, señora —exclamó el Don—. Enamorarse de España puede resultar peligroso, recuerde que tiene que volver a Inglaterra y cuando esta tierra se mete en las personas, es difícil que se liberen de su encanto.

—Es verdad —repuso—. Pero su país me agrada, lo encuentro fascinante sin llegar a sentirme como usted acaba de decir.

—¡Admírelo! —exclamó—, pero no permita que su corazón eche raíces, porque al marcharse sería doloroso dejar en este suelo una parte de su ser. Esto ha sucedido muchas veces y aunque es usted una enfermera con experiencia y ha estado casada, es mujer y es vulnerable. Su carrera la mantuvo tan ocupada que no tuvo la oportunidad de ser niña; ahora, en España, ha dejado libre a la niña que lleva dentro de sí… —se volvió hacia ella y miró sus ojos y el cabello brillante suelto y un poco caído sobre el rostro. Su mirada significaba más que todas las palabras, Destine se ruborizó y deseó haberse recogido el cabello y no haber comentado su admiración por

esa tierra que consideraba tan bella…, en esta región se respiraba paz y armonía, de la que se sentía parte y ahora él la hería, la lastimaba, recordándole que era sólo una visitante y que debería tenerlo siempre presente.

—No debe preocuparse, señor —repuso con frialdad—; no permaneceré en su país más tiempo del necesario. Estoy aquí para cumplir con una labor y cuando ésta termine me marcharé, sin que el alma se me parta en pedazos. Eso sólo sucede una vez en la vida… —no terminó la frase. Se había dedicado por entero a su carrera, pero, al llegar a España y conocer esa región, un sinfín de sentimientos despertó en ella el deseo de volver a vivir. El pánico se apoderó de ella, al llegar a la entrada de la finca, Domingo condujo el auto, cruzando el patio, donde el sol reflejaba su luz sobre los muros y sobre la infinidad de ventanas. Los techos, construidos en diferentes niveles, de tejas color rojo, calcinados por los rayos del sol, que los bañaban sin consideración.

Sostuvo el aliento al contemplar lo que la rodeaba.

—Nada ha cambiado —murmuró Rocío—. Permanece tal y como lo recuerdo cuando era niña, como en aquella ocasión en que en este patio, asistimos a una fiesta y bailamos al compás de las guitarras que tocaban los gitanos. Es doloroso comprobar que todo sigue igual, mientras yo soy una persona distinta… Ya no puedo bailar ni correr hacia los balcones, para arrojar flores a los jóvenes… ¡no debí haber venido! Es mejor estar en casa, alejada de tristes y viejos recuerdos.

—Venimos a disfrutar de la compañía de nuestros queridos amigos —dijo el Don, en tono firme pero bondadoso—. Sólo los cobardes se esconden tras las sombras, para evocar recuerdos que hacen daño y tú Rocío, no eres una cobarde.

—Las circunstancias nos convierten en seres timoratos —repuso —. No te detengas, llévame a casa antes de…

Pero era demasiado tarde, la esposa de Fernando Castro se acercaba a ellos, sonreía, al mismo tiempo que con paso ligero, caminaba en dirección al auto. Levantaba los brazos curvilíneos, como si quisiera abrazar a cada uno de los ocupantes del coche, sus ojos brillaban haciendo contraste con el tono casi dorado de su piel morisca. Destine pensó que, aquella mujer, podía ser la figura de una estampa. Luego miró la figura alta del galés tras la pareja y se sintió más tranquila, no sería la única extranjera entre tanto español.

—Querida mía —Susana extendió las manos y tomó las de Rocío —. ¡Me alegra volver a tenerte entre nosotros! Juntas disfrutamos de momentos tan agradables en esta finca y ahora que te encuentras

mejor, volverán para el deleite de todos.

—Por nuestra apariencia —exclamó Rocío, en tono cínico, mirando a Susana—, creo que los días de baile y de fiesta han terminado para nosotros. Solo venimos por unos momentos… nos marcharemos enseguida.

—Nada de eso —intervino el Don, bajando del auto y abriendo la puerta trasera, tomó a Rocío entre sus brazos y la levantó del asiento con facilidad y ligereza—. Fernando, ¿serías tan amable en sacar la silla de ruedas de la cajuela? La enfermera Chard te mostrará cómo se abre y de qué manera trabaja, es una de esas novedades que parecen funcionar por medio de magia.

La joven enfermera esperaba una rabieta por parte de Rocío, pero algo en la mirada de su primo le inspiró tranquilidad y no protestó, cuando la llevó hasta ella.

—¿Te das cuenta de lo dominante que es? —exclamó, dirigiéndose a Susana—. Me está demostrando quién es el que dirá la última palabra cuando nos hayamos casado.

Las palabras de Rocío alteraron a Destine y esperó que su expresión no demostrara lo que sentía, cuando el señor Davidson se acercó a saludarla amigablemente.

—Nunca he podido apreciar la belleza de una mujer dentro de una habitación iluminada por luz artificial —dijo, al cabo de varios segundos—. La luz solar puede ser el enemigo cruel de algunas mujeres, pero usted es sin duda una de las preferidas del dios Apolo.

Destine sonrió, pero no se sorprendió que un galés hablase con tanta delicadeza.

—Me alegra verlo de nuevo, señor Davidson. Pensaba que sería la única extranjera entre un grupo de españoles y no cabe duda de que pueden resultar un poco atosigantes, ¿no lo cree?

—Algunos —reconoció—. Por ejemplo, Don Cicatriz —la condujo hacia un sitio lejos del grupo de hispanos, el que en esos momentos se agrandaba con la llegada de los demás huéspedes, que llegaban a los establos después de un paseo a caballo. Rocío era el centro de atención, Don Cicatriz se mantenía de pie junto a ella guardando silencio.

—¿Escuché bien lo que dijo Rocío? —preguntó Lugh—. ¿O sólo estaba tratando de llamar la atención?

—Es muy posible que su esposo le conceda el divorcio, y de esa manera pueda contraer matrimonio con el Don —Destine habló con tranquilidad, pero sabía que en su interior, existía aún la tensión que

le había producido la noticia.

—Parece que no está de acuerdo, Destine —repuso Lugh—. ¿Acaso rige su vida por lo que su nombre significa? Si es así, el destino es lo que unirá esas dos vidas y no el sentimiento de piedad u obligación. Creo que usted no pertenece al tipo romántico.

—Creo que la partida de su esposo fue en sí una lástima —replicó—. Y estoy segura de que todavía lo ama y su reacción es más positiva ante lo superfluo… lo profundo, parece no interesarle.

—Y usted piensa que el Don es una persona de sentimientos profundos; ¿estoy en lo cierto?

—Se puede dar cuenta con sólo mirarlo —repuso. Sin necesidad de verlo, sabía que se encontraba de pie, sus labios dibujando una mueca cruel.

—Tal vez el matrimonio funcione bien —murmuró Lugh—. Es muy común que los españoles contraigan matrimonio con algún pariente, en ocasiones por razones familiares y en este caso no hay mucho que hacer, sólo brindarle a esa chica cuidados y protección. Domingo es un hombre que, en un momento dado, puede ser muy cruel, pero con Rocío será diferente. Y usted lo sabe, Destine.

—Sí, me doy cuenta —repuso, pero se abstuvo de comentarle que no veía ni sentía ningún calor en aquella alianza, a menos que Don Cicatriz lo hiciera por conveniencia, ya que al contraer matrimonio con Rocío, heredaría las tierras y la gran casa. El corazón le dio un vuelco, ésa debía ser la razón, el Don sentía amor, pero sólo por sus tierras.

Trató de apartar aquellos pensamientos de su mente, se sentía mareada y la sensación provocó que se sostuviera del brazo de Lugh.

—Disculpe…

—No se preocupe —repuso oprimiendo la mano sobre su piel—. He esperado largo tiempo para que alguien como usted, se apoyara en mí.

—No —exclamó, retirando la mano de su brazo al oír la forma en que hablaba—. No deseo… quiero decir, no lo toqué con la intención de iniciar una relación entre nosotros. Deseo tener un amigo, Lugh, sería muy agradable contar con su amistad, pero se topará con un muro de hielo si pretende conquistarme. Creo que me he vuelto inmune a toda clase de situaciones frívolas.

—Diría que totalmente inmunizada —sonrió mirándola con admiración—. Es tan fría como una camelia y le aseguro que es agradable, en contraste con las jóvenes de hoy en día, las chicas

modernas excluyen a los conservadores, haciéndoles sentir anormales por no coincidir con sus ideas de libertinaje. Y con respecto al amor, dudo que conozcan lo que significa, creo que ni siquiera saben cómo se deletrea.

—Tiene razón, Lugh —repuso sin desear discutir más sobre el tema, no quería profundizar en sus sentimientos y descubrir que podría renacer en ella el deseo de amar a otra persona—. Creo que deberíamos unirnos al grupo, no quiero que piensen que nos apartamos de ellos.

—Tal vez tenga miedo de que piensen que disfrutamos de nuestra mutua compañía —sonrió y al mirarla sus ojos expresaban curiosidad y diversión—. Lo que sucede con usted, Destine, es que teme dejar libres sus emociones. ¿Cree que la vida no volverá a ser generosa con usted?

—No puede culparme —exclamó y trató de alejarse de su lado, pero él la detuvo tomándola de la muñeca—. ¡Lugh! Se darán cuenta y pensarán…

—Déjelos que piensen lo que quieran —murmuró y su voz parecía la de un poeta—. Puedo aceptar que tema a la vida, pero me resisto a creer que me tenga miedo, así que no le permitiré que huya.

—Tengo a una paciente a quien cuidar —repuso tensa—. Deseo cerciorarme que se encuentra bien.

—Rocío está feliz, disfrutando de ser el centro de atención, la parte sana de su cuerpo se enfrenta de nuevo ante la vida, y usted debería hacer lo mismo.

—No me diga lo que debo de hacer —y trató de deshacerse de la mano de Lugh—. Y no trate de hacerme parecer alguien importante delante de esta gente, si lo hace no se lo perdonaré. ¡Por favor! Tengo un trabajo que realizar, y el Don me despedirá si piensa que coqueteo con usted. Conoce bien a los españoles y sabe lo exigentes que son con sus empleados, sólo soy la enfermera y los acompañé para cuidarla. Usted es un invitado, yo no.

—Don Cicatriz dista mucho de ser como usted se imagina —replicó, mirando en dirección al grupo donde se encontraba el Don.

Al escucharlo, Destine miró al Don y al ver sus ojos, el corazón comenzó a latirle apresuradamente; se dio cuenta de que Lugh aún sostenía su muñeca y que como fondo, tras ellos, tenían un macizo de rosas salvajes.

Lugh tenía razón, el Don no parecía molesto, pero su expresión al mirarla no se podía definir. Podría expresar indiferencia o sorpresa,

Destine no supo lo que en ese momento cruzaba por su mente. Sostenía un puro entre los dedos y en el momento de llevarlo a los labios, Destine se soltaba de la presión del señor Davidson. Sintió que el color subía a sus mejillas, ella que se jactaba de ser una mujer fría e indiferente con los hombres, había aparentado algo muy distinto al lado de aquel galés. Se odió a sí misma por lo que el Don había presenciado.

Se dirigió hacia el grupo, aún sentía el rubor en sus mejillas, pero trató de caminar con dignidad. Se acercó a Rocío y en voz baja le preguntó si se encontraba cómoda.

—Me encuentro bien, enfermera, no se moleste —el pánico había desaparecido de los ojos de Rocío y parecía que disfrutaba el papel de inválida, delante de sus amigos. Todos se hallaban a su alrededor, riendo al escuchar sus cínicas ocurrencias.

—Si alguna vez se rompen un hueso, les recomiendo ampliamente a mi enfermera —exclamó—. Es muy bella e inteligente y me permite comer chocolates en la cama donde me dedico a leer, después de todo ¿qué otra cosa puedo hacer?

Se escuchó una carcajada y algunos de los presentes miraron curiosos la arrogante figura de Don Cicatriz, que era el más alto de todos los allí reunidos. Don Fernando Castro y su hermano eran muy bien parecidos, de tipo español muy marcado, ojos color café, facciones bien delineadas y sonrisa amplia dejando ver sus blancos dientes. Los encontraba atractivos, pero no se podían comparar con el Don, que a pesar de su cicatriz, le resultaba mucho más apuesto.

El humo del puro veló su rostro, y la sonrisa que esbozó pareció irónica al mirar a los hombres que lo rodeaban y que tenían a su lado mujeres activas que les habían dado hijos y una felicidad tangible.

Destine sintió los latidos de su corazón, al percatarse que los invitados, en especial los hombres, lo consideraban peligroso, despreciativo y fuera del grupo. Pero sabía que nada era capaz de dañar a ese hombre, sólo el fuego se atrevió a tocarlo, marcándolo para siempre.

—¡Destine!

Se sobresaltó al escuchar que Rocío la llamaba.

—Necesito mi polvera, Destine, sé buena y trae mi bolso, lo dejé dentro del coche.

—En seguida, señora —respondió Destine.

La joven enfermera se dirigió al auto, que se hallaba estacionado a la entrada de la finca. Al inclinarse para tomar el bolso de piel que

yacía sobre el asiento, tomó el asa entre los dedos, al tiempo que el pie, que detenía apenas dentro del coche, resbaló; cayó emitiendo un leve quejido. Se sintió de pronto sostenida por un par de manos fuertes.

Sabía a quién pertenecían las manos que la hacían girar, en ese instante, sosteniéndola por la cintura. Lo miró con expresión indiferente, aunque no pudo evitar que el rubor pintara sus mejillas. Sonrojada, con el cabello cayéndole sobre un lado del rostro, lo miró y murmuró unas palabras de agradecimiento.

—Hubiese resultado más sencillo abrir más la puerta del auto —exclamó—. Las mujeres son como los gatos, escogen los caminos más difíciles y los que les causan más problemas. Si hubiese caído sobre este piso cubierto de piedras… —no prosiguió y Destine sintió un frío recorrer su espalda haciéndola estremecer. Poseía la cualidad de expresar lo que sentía con los ojos, con sus palabras y con sus actitudes. Lo que la alteró en esos momentos no fue su persona, ni la manera en que la veía, era el hecho de que la hubiese seguido hasta el coche.

—La señora me pidió que viniese a recoger su bolsa, para hacerlo no era necesario que usted también viniese —exclamó, y deseó que quitara las manos de su cintura antes que alguna de las amistades de Rocío pudiese verlos.

—Deseo hablarle sobre el señor Davidson, parece ser que la molesta.

—No me molesta —negó—. ¿Por qué habría de hacerlo?

—¿Y por qué no? —al mirarla, sus ojos se veían más oscuros enmarcados por las tupidas cejas y las largas pestañas—. Como empleada de la marquesa, ninguna persona debe molestarla, aunque se trate de un huésped de la familia Castro… quizá me equivoqué y la repulsión que vi reflejada en su actitud no era sino ansiedad, pude haberme confundido.

—Piense lo que quiera, pero sólo me incumbe a mí —exclamó—. No soy una chica española que necesita a una persona para que la vigile; sólo soy una empleada y puedo manejar al señor Davidson.

—A mí me pareció lo contrario, pero reconozco que no soy una autoridad en cuanto a las pasiones de los británicos. La tenía sujeta y me pareció que usted trataba de soltarse o… ¿lo animaba a hacerlo?

—¿Y si como usted insinúa, lo estuviese provocando? —Destine sintió que estaba a punto de estallar, al sentir que el Don tenía algún derecho sobre de ella—. Cualquier asunto que interfiera en mi vida

privada, es cosa mía, no tiene ningún derecho a inmiscuirse dentro de esos límites, como tampoco yo lo tengo de preguntarle cosas concernientes a su vida íntima. Se toma muy en serio su papel de terrateniente, pero recuerde que no soy uno de sus trabajadores.

—Nunca he sugerido que lo fuese —sus manos cerraron el círculo alrededor de su cintura y la zarandeó, Destine sintió que el corazón le salía del pecho—. Pero es usted una joven inglesa viviendo en un país extraño y debo protegerla de los lobos, sean latinos o galeses.

—¿De veras? —soltó una carcajada—. El señor Davidson es menos peligroso de lo que es usted. ¿Se ha olvidado que me retuvo contra un rincón y me obligó a besarlo?

—Me doy cuenta de que no olvida —entrecerró los ojos—, pero recuerde que usted me provocó y tal vez esa sea su misma intención con el señor Davidson.

—¡Claro que sí! —exclamó—, a eso me dedico en mis ratos de ocio, es una especie de venganza en contra de todos los hombres que distan mucho de parecerse al hombre que amé.

—Ya lo veo —la levantó un poco y agregó—, y quizá tenga razón, pero tenga cuidado; alguien puede romperle el corazón, señora.

—Es imposible que alguien pueda romper algo, que ya está hecho pedazos repuso—. Le llevaré el bolso a la señora, antes que mande a alguien a buscarme. La conoce y sabe que le disgusta que la hagan esperar y, hoy en especial, no deseo que nada la perturbe. Venir aquí significó para ella un gran esfuerzo, usted lo sabe, siempre fue una joven alegre e inquieta, y permitir que sus amigos la vean en el estado en que ahora se encuentra, es doloroso para ella.

—Debe sentirse orgullosa de haber logrado lo que mi tía y yo pensamos que sería imposible. ¿Cree usted que llegará a mejorar aún más?

—No existen razones para que no lo haga —repuso segura—. Lo tiene a usted, y la confianza que le brinda puede lograr más que los cuidados de cualquier enfermera. El matrimonio, es la mejor medicina de la que podría disponer.

—¿Medicina? —preguntó alzando una ceja—. ¿Es así como me cataloga? ¿Acaso no encuentra la situación romántica? ¿Se muestra renuente a aceptar que, después de tantos momentos tristes, Rocío y yo podarnos disfrutar lo que… el destino nos depare?

Destine intuyó que había dudado al decir la última frase, tal vez hubiese querido cambiar la palabra destino por la palabra pasión, pues

él sabía que pasión era algo prohibido para ellos dos, sobre todo para Rocío; la vida la había lastimado cruelmente y no podría vivir como una mujer normal. Destine desvió la mirada, no podía continuar contemplando su rostro, ni aquellos labios que se veían ansiosos, enviándole un reto.

—No se apene, enfermera, ni se muestre tan tímida. Reconozco que ninguna mujer podría sentirse romántica al mirar mi rostro, ambos sabemos que Rocío sólo busca en mí el apoyo y la fuerza, y aunque siga amando al tonto que la abandonó, sabe que puede confiar en mi constancia.

—Así que usted conoce sus sentimientos —murmuró—. ¿Y no le importa que aún ame a su esposo?

—No mucho —repuso levantando una mano hacia la cabeza de Destine, la joven pensó que le tocaría el cabello y se estremeció—. No se altere, sólo deseaba alejar a una abeja que pretendía posarse sobre su cabello —dijo burlón—. Mi piel es gruesa y estoy acostumbrado a ellas, pero la suya es tan delicada, que un piquete, no sólo podría hacerle daño, podría dejarle una marca permanente.

—¡Oh… no me di cuenta…! —ahora sentía cosquillas en las piernas, como si la abeja la estuviese molestando. Era una extraña sensación. A Lugh podía manejarlo, poseía un corazón noble y se podrían predecir sus reacciones. Con Domingo era diferente…, parecía un tigre, cauteloso e intimidante…, nadie era capaz de asegurar lo que se proponía.

Destine lo miró, no podía dejar de hacerlo, le pareció que sonreía, pero era sólo la mueca que la cicatriz le había dejado en la mejilla.

—Debo regresar al lado de la señora —musitó—. Usted es su prometido y sé que es posesiva… no deseo que piense que…

—¿Qué? ¡Dígalo! —exclamó, exigiendo que le respondiera, poseía el don de leer el corazón de las personas.

—Usted lo sabe, mis explicaciones sobran —repuso y el rubor subió de nuevo a sus mejillas—. Siendo una inválida piensa que cada mujer es un enemigo en potencia, tratando de apartar de su lado a su hombre. He conseguido entablar con ella una buena relación y no me gustaría que pensara que trato de hacerle daño. Mientras permanezca a su lado deseo hacerlo en armonía. Llegará a ser la misma que era y mi presencia aquí será innecesaria.

—¿Innecesaria? —enarcó una ceja, al tiempo que retiraba la mano izquierda de su cintura—. Lo que significa que se marchará. ¿Y

adónde irá, enfermera?

Pensó en aquella pregunta, mientras apretaba contra sí el bolso de Rocío.

—Regresaré a mi trabajo en el hospital… es una labor más impersonal. Trabajando en equipo, evitamos envolvernos en la vida y en los problemas de los pacientes.

—Es cierto. El trabajo mantiene ocupada a la gente, evitando que profundice en sus problemas. Vaya al lado de su paciente, yo iré a los establos, quiero comparar los caballos de Fernando con los que yo poseo. Se jacta de tener uno de sangre árabe y dice que es de pura raza, pero hoy en día ¿qué cosa existe, que se considere pura? Hasta luego, señora. No se preocupe por Rocío, ella cree que estoy en los establos. Confía como todos, que antepongo el amor por los caballos al amor de cualquier mujer.

Se, alejó y Destine se dirigió hacia donde se encontraba Rocío. Mientras caminaba, repasaba las cínicas palabras que el Don le había dirigido. Su paciente se hallaba en amena charla con una anciana viuda, miembro de la familia Castro. Llevaba una fina mantilla sobre la cabeza blanca y sostenía en la mano un abanico hecho de marfil, sobre la mesa apoyaba el codo, cerca de una copa con sherry y de un plato con deliciosos pastelillos.

Destine titubeó, no supo si acercarse a ellas, pero Rocío la miró y exclamó:

—Señora Castro, permítame presentarle a mi enfermera inglesa, la causante de que me encuentre aquí, disfrutando del sol.

La viuda miró a Destine, con esa forma tan peculiar que tenían los latinos de ver a las personas, y la hizo sentir joven. Abrió el abanico y Destine vio las rosas que llevaba bordadas sobre el encaje, quizá era una reliquia de sus años de juventud.

—Acérquese, señorita, y acompáñenos a tomar una copa, deseo que me hable de Londres y de esa tienda maravillosa que se llama Harrods. Dígame si aún existe aquel lugar, el Ritz, donde servían exquisitos emparedados, acompañados de aromático té. Recuerdo que, después de hacer las compras en Harrods, era costumbre acudir a ese lugar.

La viuda poseía el acento inconfundible de las personas educadas, al hablar en inglés, le daba cierto énfasis a la pronunciación, lo que resultaba un deleite para el oído. Destine sonrió mientras tomaba asiento en la silla que le indicara Rocío.

—El sueldo de una enfermera no permite que frecuentemos

tiendas como Harrods, ni podemos darnos el lujo de tomar el té en el Ritz. Pero estoy segura que ambos lugares, conservan el esplendor que usted recuerda.

—Pero siendo tan inteligente como Rocío me ha dicho que es, supuse que su trabajo estaría remunerado… al menos pensé que su país estaría más avanzado en esos asuntos que el nuestro.

—Así es, señora —Destine no se inmutó con el comentario, conocía la forma de pensar de las mujeres latinas de alta alcurnia. Desde pequeñas, tenían a su servicio doncellas que las atendían y cualquier persona que realizara una labor para ganarse el sustento, era considerada como una sirvienta. Comparó a esta mujer con la marquesa, la madre de Rocío, que la trataba con toda clase de consideraciones. La viuda que tenía frente a ella, vivía rodeada de sus hijos y nietos, la vida, pensó Destine, había sido generosa con ella. La marquesa había sufrido, y las penas la habían convertido en una persona bondadosa, dulce. Rocío nunca podría asemejarse a su madre. Era muy distinta, pero el Don, tal vez tuviese algo del carácter de su tía, guardado en algún lugar del corazón.

La anciana hizo una seña y un sirviente colocó frente a Destine una copa con sherry, la tomó y brindó con las dos mujeres. Sin duda provenía de los sótanos de la finca, todos los propietarios de grandes extensiones poseían viñedos, destilaban el vino y lo embotellaban para su propio deleite.

Parecía constituir un orgullo, más bien un objetivo en sus vidas, el superar a las familias vecinas en la producción de mejores vinos, hijos más viriles, briosos caballos y mujeres hermosas. El sistema era feudal y Destine sintió, de nuevo, traspasar las barreras del tiempo y remontarse cien años atrás, donde sería impropio usar una falda tan corta y mostrar las piernas como ella lo hacía, ante la mirada reprobadora de la señora Castro.

Miró hacia otro lado y sus ojos se posaron sobre un grupo de invitados que bebían, sentados alrededor de una mesa.

—¿Qué piensa acerca de España y acerca de sus hombres? —no esperaba esa clase de pregunta y sintió el impulso de bajar la falda, ya que se sentía incómoda ante los ojos de la viuda y que acentuaba la diferencia, entre ella y la joven sentada a su lado.

—¿Los encuentra atractivos? —insistió—. Parece ser que el color de sus ojos atrae la atención de mis hijos y de sus amigos. El color azul siempre me ha parecido un tono engañoso e inocente, pero tengo entendido que las mujeres inglesas dejan a un lado la inocencia en la primera oportunidad que se les presenta.

Destine miró de nuevo a la anciana y se dio cuenta de que Rocío la miraba, divertida. Tal vez deseaba comprobar si ella sería capaz de contradecir a aquella señora, acostumbrada a que su opinión prevaleciera sobre sus hijos y nueras.

—Como en todos los países del mundo, existen mujeres que son tentadas por hombres sin escrúpulos. No creo que aquí en España, los barrotes frente a las ventanas sirvan para alejar a los donjuanes. Mi madrina vive en Madrid y es una de las fundadoras de una casa en donde chicas solteras españolas van a dar a luz a sus bebés. No me parece justo que se catalogue a la mujer inglesa por las faltas de unas cuantas, como tampoco creo justo considerar a todas las españolas como niñas inocentes. La verdad es que todo ser humano está expuesto y muchas veces no se halla preparado para enfrentarse al amor.

Terminó de hablar y tomó un sorbo de su copa. No era latina y no se dejaría intimidar por la señora Castro. Le molestaba que por ser inglesa se le considerara una mujer sin principios.

—Habla con mucho énfasis, ¿está enamorada señorita? —preguntó la señora—. Me gustaría saber su reacción, cuando ese hombre toque a su ventana en una noche perfumada y el embrujo del ambiente la envuelva con su aroma.

—El hombre que amo, fue asesinado —repuso—. Vine a España sólo a trabajar, no pretendo encontrar a un español bien parecido que cante bajo mi ventana con un clavel en la boca. Por fortuna, no soy una chica tonta y alocada.

—Sería tonto pensar que el espíritu de la niñez abandona el alma de la mujer —dijo la señora, mirando con dureza a Destine; después sonrió y agregó—: el cuerpo envejece, pero el corazón femenino siempre se mantiene vivo y siempre se encuentra dispuesto a recibir un piropo.

—Le soy sincera, señora, no quiero escuchar lisonjas, ni es mi deseo tener a un hombre suplicante tras mi ventana —replicó Destine—. Me parece demasiado soberbio de mi parte el pretender que pudiera propiciar una situación semejante.

—No le atrae la perspectiva, ¿eh?, o tal vez le agrade tener un hombre que fuese sólo suyo —exclamó la viuda, abriendo el abanico y mirando a su alrededor deliberadamente—. Esta joven desea a un hombre "muy hombre", pero mis hijos ya están casados y mis sobrinos comprometidos y todo el mundo sabe que Don Cicatriz ha esperado años enteros para casarse contigo Rocío. Si desea a un español, creo que la suerte le es adversa, señorita, todos son propiedad de las

jóvenes españolas.

—Y así será —repuso molesta—. Sus hijos, sus sobrinos y los novios de las jóvenes están a salvo, no se preocupe. Vine a esta finca únicamente para cuidar a mi paciente… ¿Cómo es posible que las chicas inglesas sean tratadas en esta forma? La mayoría de las personas piensan que no tenemos nada mejor que hacer que dedicarnos a seducir a sus apuestos españoles. En cuanto a mí se refiere, encuentro esta región del mundo demasiado distinta a las demás, por lo que no me interesa estrechar relaciones con sus compatriotas. Prefiero que se me catalogue aparte.

—Es extraño que una mujer tan controlada y segura de sí misma, tenga un temperamento como el suyo —repuso la mujer en tono de burla, abanicándose el rostro—. Mire cómo su color se ha encendido… ¿Piensa que puede vivir sola, sin un hombre a su lado que la cubra con sus brazos en las noches de invierno o que la acompañe durante los cálidos momentos de la siesta? ¿Supone que será fácil no tener un chiquillo que corra hacia usted con los brazos abiertos? Debe ser una mujer valerosa, al desear vivir sola; le aseguro que ninguna mujer española estaría dispuesta a vivir de esa manera.

—Espero tener el valor para hacerlo —repuso Destine—. Al menos tuve la oportunidad de casarme con un hombre bueno y bondadoso.

—Rocío me decía que lo mataron el día de su boda.

—Sí… —Destine se mordió el labio y la amargura renació en ella. Tuvo deseos de gritar que un español había sido el culpable y que lo último que haría en esta vida era reemplazar a su esposo muerto por un hombre de sangre latina.

—Fue mejor perderlo de esa manera —una sombra cubrió la mesa y la voz de Don Cicatriz se dejó escuchar en el patio, miró a Rocío y después pasó los ojos sobre Destine—. ¿Conversas acerca de los escándalos de antaño o escuchas los chismes de moda, Rocío mía? —preguntó y el humo del puro salió de su boca y veló las facciones de Destine, como si lo hubiese expelido en dirección a ella.

El aroma del tabaco lo identificaba, la esencia era muy suya y al aspirarlo, Destine sintió que penetraba en cada uno de sus poros.

Sostenía con fuerza la copa conteniendo el sherry, la madre de los Castro la miraba inquisitiva, mientras respondía a las preguntas del Don. El corazón le dio un vuelco al intuir lo que pensaba aquella mujer…, quizá suponía que siendo joven y atractiva y viviendo bajo el mismo techo, dentro de los muros de la Casa de las Rejas, provocaba cierto interés en Domingo.

—Y bien, ¿qué piensas de Saladín? —preguntó Fernando Castro, al acercarse al grupo, palmeando la espalda de Don Cicatriz.

El hombre se volvió y la luz del sol iluminó sin piedad, la mejilla donde aparecía la cicatriz. Rocío y Destine miraron a los dos hombres, sólo que, la primera, veía a Fernando con ojos brillantes y azorados.

—¡Es un caballo increíble! —repuso el Don—. Me pregunto si en realidad, es tan veloz como para derrotar a mi Primitivo.

—¿Es un reto, amigo? —preguntó Fernando, alzando la cabeza sin poder alcanzar la altura de Domingo.

Despacio, el Don levantó el puro, pero a pesar de aquel movimiento tranquilo, su cuerpo parecía emanar fuerza. Él no se amedrentaba por algún reto, el ganar o perder era algo que no le afectaba. Poder cabalgar sobre un fino corcel, sentir el viento sobre el rostro y perder la noción del tiempo y de lo que lo rodeaba, por espacio de algunos momentos, era lo que disfrutaba.

—¿Qué es lo que apuestas? —preguntó Fernando.

—¿Qué crees? —preguntó el Don, esbozando una sonrisa enigmática—. ¿Qué puedo tener yo, que se considere como premio?

—El caballo Primitivo —repuso el español, con ojos brillantes; Destine observó la semejanza con los de su madre—. ¿Te atreverías a competir contra mi caballo? Sé lo que sientes por el tuyo, pero ¿te atreverías a jugártelo?

—No —dijo después de una pausa—. Primitivo es más veloz, y dejaría atrás a tu caballo, pero yo sólo cabalgo por placer. Lo siento, amigo, yo voy tras el viento, nunca tras una liebre.

—¿Estás retractándote? —exclamó Fernando.

—Nadie se retracta de algo en lo que no ha convenido —aplastó el puro dentro de un cenicero con movimiento rápido.

En ese momento, Fernando trataba de demostrar que era un hombre superior a Don Cicatriz, más osado y deseoso de jugar con lo que poseía.

—Tú no eres un cobarde —exclamó—. Si yo pierdo la carrera, Saladín pasará a ser de tu propiedad. ¿Acaso ves que lloro o gimo por el temor de perder algo, que me costó una fuerte suma de dinero?

—¿Y qué hay con eso? —se encogió de hombros—. Primitivo era un caballo salvaje, que encontré en las colinas. Su costo fueron algunos moretones y rasguños, el animal no tiene precio, su valor consiste sólo en el placer de cabalgar en él, en los momentos que hemos vivido juntos. No me pertenece, Fernando, significa mucho

para mí y no lo pondría sobre una mesa de apuestas.

Fernando guardó silencio, para después soltar una carcajada.

—Ahora recuerdo que Manolo decía que nunca quisiste verlo torear. ¿Acaso las llamas, de hace tantos años, apagaron el fuego que había dentro de ti?

Destine se levantó y tomando la copa, arrojó los restos de sherry sobre el rostro de Fernando, fue un impulso inconsciente que no pudo reprimir.

No le importaron los comentarios. El tono con el que se había referido a Manolo y la crueldad con la que habló al Don, la impulsaron a levantarse y acudir en defensa de Domingo, el que aceptaba los insultos sin inmutarse siquiera.

—¿Cómo le gustaría que lo quemaran? —preguntó furiosa, mientras Fernando sacaba un pañuelo de su bolsillo y procedía a secarse el rostro—. En el hospital he visto niños y adultos con tremendas quemaduras y le aseguro que no existe nada tan doloroso como ser lastimado por el fuego. Y… usted ¿qué sabe del sufrimiento ajeno? Con esa seguridad y esa arrogancia, debería avergonzarse al hablar de ese modo.

—¿Qué sucede? —preguntaba Susana, mientras corría dirigiéndose al grupo. Una pequeña lloraba y la seguía, tratando de alcanzarla.

—No es nada, tranquilízate, ya pasó todo —Don Cicatriz dio algunos pasos y tomando a la niña en los brazos, la subió sobre sus hombros—. Has crecido mucho, desde la última vez en que te vi, nena. Vamos, vamos, no tienes por qué preocuparte. Tu papá está bien, lo que tiene en la cara no son lágrimas, es sólo un poco de vino.

A pesar de la ira, Destine captó la ironía en sus palabras.

Susana miraba a su esposo y tocaba la camisa mojada, su madre se había puesto de pie y miró el rostro digno de la joven enfermera.

—¡Cómo se atreve a hacerle una cosa así a mi hijo! —exclamó.

—Le aseguro que se repondrá —repuso Destine y en esos momentos sintió la reacción a su actitud, temblaba sin poder contenerse—. Un poco de vino sobre su rostro no le dejará cicatriz alguna.

—¡Es usted una… una impertinente! —exclamó la viuda, levantando la mano que sostenía el abanico.

Susana le detuvo el brazo, mirando consternada a Destine; miró a su esposo, el que aún dudaba que una mujer se hubiese atrevido a

bañar con sherry un rostro tan bien parecido.

—Serían tan amables de explicar… —intervino Rocío aliviando la tensión con una carcajada—. Oh, Fernando, pareces muy lastimado y tú, Destine querida, no es necesario que defiendas a mi novio. Él ya se ha habituado a que la gente mencione su rostro, te aseguro que no le afectan los comentarios.

—Ha arruinado mi camisa —exclamó Fernando.

Vaya con el comentario, pensó Destine divertida, los españoles se caracterizaban por ser tan inesperados…

—Su puntería es excelente, señorita —comentó Fernando, sonriendo y mirando a Destine, parecía olvidar que era una señora—. Espero que el hombre que se case con usted adquiera suficientes camisas antes de la boda, su carácter es demasiado explosivo.

—Vamos querido, buscaremos otra camisa —Susana tomó a su esposo por el brazo y se dirigieron a la casa. Nena hablaba sin cesar sobre los hombros de Domingo, y Destine se percató de que su cicatriz no le atemorizaba.

Capítulo 7

Llegó a la finca una orquesta y la música continuó, aún después de que todos se retiraron a dormir la siesta. A los invitados se les proporcionaron habitaciones frescas, donde podrían descansar hasta que el sol se ocultase y el calor descendiera un poco.

A Destine la acomodaron en el mismo cuarto de una joven prima de la anfitriona. Recostada sobre un cómodo diván, trataba de no pensar, deseaba cerrar su mente a los recuerdos y dormir con la misma facilidad que su compañera de cuarto. Los minutos pasaban y no podía conciliar el sueño, las imágenes danzaban dentro de su mente, evitando que descansara y que dejara de pensar.

Apoyó su rostro sobre la almohada. Realmente, no le importaba haber provocado que Fernando Castro se sintiera humillado delante de sus huéspedes y delante de su esposa. No lograba entender su reacción, no podía descifrar el impulso que la había llevado a realizar aquel acto de rebelde protesta, frente aquella injusticia.

Siendo enfermera, estaba segura del sufrimiento del Don al sentir el fuego sobre su piel y tal y como le había gritado a Fernando Castro, el dolor al ser quemado era algo indescriptible, difícilmente se podría comparar con otro.

Detestaba la crueldad, por eso había reaccionado en esa forma. Su actitud pudo haber sido entendida como muy personal, al salir de defensa del Don, pero ella lo hizo inconscientemente, reaccionando ante lo cruel, ante lo injusto.

¿Amor? ¡No! Destine se movió inquieta en el diván, deseando salir de la finca, no soportaría las miradas inquisitivas sobre ella, cuando se reuniera de nuevo con los huéspedes. No existía excusa alguna para huir, tendría que quedarse y soportar la fiesta.

No sería la primera vez que asistiese a una fiesta en España, su madrina las organizaba y eran algo muy bello. La comida se servía en vajilla china y un trío tocaba y entonaba las canciones de moda.

Era muy distinto a los preparativos que veía en la finca de los Castro. Un cerdo se rostizaba cerca de la mesa, que había sido colocada bajo la sombra de dos frondosos árboles; platos de latón con rebanadas de *jitomate* y pimentón, tazones repletos de camarones y aguacate, pastelillos de carne y cebolla, salsas exóticas y condimentadas, papas fritas y un enorme pastel de manzana y cereza bañado con abundante azúcar morena. La comida despedía un aroma delicioso, sobre una mesa habían colocado grandes jarras con vino español, botellas de sherry, de manzanilla y de coñac. Para los

pequeños, se prepararon jarras con jugo de frutas y un ponche con pedazos de frutas de la estación.

Susana dijo que la fiesta era en honor de Rocío, quien había prometido asistir, pero ahora que sabían del compromiso entre ella y Domingo, lo celebrarían de manera mucho más especial.

Fernando se había cambiado de ropa y vestía un traje de color oscuro y una camisa limpia, llevaba a su esposa tomada por la cintura y le pareció a Destine que la miraba de manera especial, antes de posar sus ojos sobre Rocío y Domingo.

—Estamos aquí reunidos —comenzó a decir Fernando—, para desear a nuestros queridos amigos, Rocío y Domingo, la mayor felicidad para su vida futura. Conozco al novio desde que éramos niños, incluso estuvimos juntos cuando hicimos el servicio militar. Sé que Domingo es capaz de montar cualquier caballo, y sé que no necesitará usar mano dura para que su esposa sea obediente y dulce, como lo es la mía. Es bueno y resulta conveniente que un español contraiga matrimonio con una joven de su misma raza, con una chica española… ellas son como un clavel, carecen de espinas que pudiesen dañar la sensibilidad de cualquier hombre.

Se escucharon aplausos, todos recibían con agrado las palabras de Fernando. Destine estaba de pie al lado de un arbusto florido, se sentía tensa y fuera de lugar. Una figura se acercó a ella y colocó una copa en su mano, se volvió y vio a Lugh Davidson, bajo la luz de las lámparas que iluminaban el patio. Se dio cuenta de que la miraba con ojos inquisitivos.

—¿No teme que pueda volver a enloquecer con otra copa de sherry? —preguntó, sonriendo apenas.

—Aquello fue algo inesperado —repuso—. En un latino, se podía esperar una reacción semejante, pero en usted, que parece tan… tan fría y controlada.

—Eso demuestra que no se puede juzgar a las personas sólo por su apariencia —dijo, probando el vino—. ¿Acaso me está juzgando como todos los demás? ¿Piensa que soy la amante del Don y que no soporté que se burlaran de su rostro? No existen seres más opuestos en el mundo que él y yo. Somos agua y aceite, hielo y fuego, liebre y cazador… Lo que sucede es que como enfermera, he visto cosas que usted no imagina, al hospital llegan heridos con quemaduras muy graves. Y cualquier médico o enfermera le pueden decir que, cuando atienden a un paciente en esas condiciones, se impresionan a pesar de su experiencia —hizo una pausa y prosiguió—: esos pacientes no gritan, no lloran, soportan su agonía con calma increíble. Si yo

hubiese sido una mujer como Susana y que la vida me hubiese sonreído, le aseguro que el comentario de su esposo tampoco me hubiese molestado. Pero conozco el sufrimiento; lo he vivido junto con los pacientes y mi reacción fue inconsciente. Créame no fue nada personal.

Después de la confesión y de haberse sincerado con Lugh, la fiesta le pareció divertida. Departió con él durante la velada, plato en mano, caminaban por el patio en amena charla, olvidando el suceso de la mañana.

Junto al galés, se sentía protegida por un buen amigo. Todo a su alrededor era armonioso, la noche y la música poseían un extraño encanto y pensó que lo que más recordaría de esta tierra sería el "salero español" que poseían los bailarines, que en ese momento bailaban en medio del patio. La chica usaba un vestido color rojo con lunares blancos y lo llevaba entallado sobre el cuerpo; el hombre vestía un traje ajustado color negro y una camisa tan blanca como sus dientes.

Destine se maravilló ante su manera de danzar y de la forma tan perfecta que se acoplaban, le pareció ver una pintura de Goya. La chica alzó los brazos y comenzó a tocar las castañuelas, las hacía sonar tan rápidamente, como los latidos del corazón de esa tierra.

Bailaban al compás de la música y habían escogido una pieza que se llamaba "*Los Amantes*", una leyenda que pertenecía a esa región. El joven zapateaba alrededor de la joven, se acercaba y se alejaba de ella, la miraba y le sonreía. Sangre árabe corría por sus venas, al igual que en todos los que presenciaban la danza.

La escena ante sus ojos resultaba impresionante; los muros blancos reflejaban las sombras de los nichos moriscos, los que parecían encerrar la fragancia de las hojas y de las flores. No se dio cuenta de que caminó alejándose de Lugh, quien se encontraba tan absorto en el baile que no se percató de que se apartaba de él.

La razón por la que se alejara de Lugh, era que de improviso, un sentimiento doloroso la había asaltado al darse cuenta de que esa noche marcaba el inicio de su despedida.

Suspiró y escuchó el ruido que hacía la buganvilla al moverse, una alta figura se le acercó, las sombras la cubrían y pensó que se trataba de Lugh que acudía en su busca.

—¡Así que aquí está! —escuchó la voz ronca y profunda del Don.

Se acercó a ella y un rayo de luna iluminó su cabello, haciéndolo ver más oscuro, sombras distintas se proyectaban sobre su rostro. No

había hablado con él desde el incidente con Fernando, y ahora, frente a él, no podía sino sentirse cohibida; no pudo articular palabra, sólo lo miraba con desesperación en sus ojos. ¿Por qué no la dejaba en paz? Tal vez deseara saber por qué lo había defendido. Nada de lo que pudiese responder era válido, su estatura y su arrogancia demostraban lo capaz que era para defenderse por sí solo.

—¿Qué desea? —de improviso pudo mover los labios pero sus palabras se escucharon duras, como si le reclamase el interrumpir sus pensamientos.

—La perdí de vista… sólo deseaba saber si le agrada la música y la danza —su voz se escuchaba indiferente, pero Destine notó que los músculos de su rostro estaban tensos. Se percató de que trataba de controlarse y supo que una palabra o un movimiento de parte de ella, romperían su autocontrol.

—Son extraordinarios —repuso tratando de controlarse—. Son cosas reales y prohibidas, que tengo la fortuna de ver y de escuchar. Los turistas que acuden a Madrid y a Sevilla se pierden de algo maravilloso.

—Es cierto —su tono pareció tocar la fibra sensible, bajo la piel de Destine. Levantó una mano y sin desearlo, tocó una rama, que desparramó sus hojas cayendo sobre Destine, haciéndola estremecer—. No a todos los que visitan España se les permite penetrar en el corazón de nuestra vida. Los que vivimos en el sur nos mantenemos aferrados a nuestras tradiciones, nuestro fervor e integridad no van de acuerdo con las satisfacciones que proporciona la vida moderna.

Nadie podría verlos tras las flores que caían sobre la arcada, nadie podría imaginar que el sitio estuviese ocupado.

—Ningún extranjero —murmuró—, podría llegar a entender nuestra manera de ser. Usted se molestó con Fernando sin razón, nosotros aceptamos el dolor de la misma forma en que aceptamos el placer y disfrutamos los triunfos y las tragedias en la misma medida. El fatalismo forma parte de nuestro ser y posee la extraña cualidad de hacer las cosas más aceptables.

—Me parece una filosofía muy cruel —dijo—. Significa que aceptan el dolor con orgullo y que pueden, de esa forma, soportarlo. Ahora puedo imaginar cómo se fundó la Inquisición y cómo la esclavitud hizo posible el Siglo de Oro en España.

—Inglaterra también tuvo esclavos —repuso con ironía—. Recuerde que los niños trabajaban bajo las minas y los hombres morían bajo el sol ardiente que cubría las plantaciones. Trabajaban hasta morir por sacar aquel oro blanco llamado azúcar. Pienso que en

cada ser humano existe una semilla de crueldad y que solo los ángeles son perfectos…

—No puedo imaginarlo en un coro formado por ángeles, señor —sonrió y se sintió más relajada—. Quizá en un conjunto de semi-ángeles, porque no creo que sea usted tan malo…

Confundida, interrumpió la frase y se alarmó ante lo que acababa de insinuar, no había manera de borrar sus palabras. Podía sentir los ojos de Domingo sobre ella, no pudo sostener su mirada y desvió el rostro.

—Eso es realmente una confesión y podría atreverme a decir que me parece extraordinaria, proviniendo de una chica que aseguraba que yo era como el demonio —hablaba con voz pausada y el tono de su voz hizo que Destine se emocionara.

Cuando hablaba en esa forma, sentía que sus palabras brotaban de lo más profundo de su alma, revelando los verdaderos sentimientos del hombre, demostrando la fuerza que poseía. Domingo colocó una mano sobre la arcada, muy cerca del rostro de Destine.

No podía explicar lo que le sucedía; durante todo el día había sentido que una fuerza extraña se apoderaba de ella.

—Debo irme —habló con esfuerzo—. Lugh debe estar buscándome.

—¿Así que ya se tutean?

—En mi país, es muy usual llamar a las personas por su nombre de pila.

—Entonces, estuve equivocado al pensar que el hombre no le interesaba.

—No sea absurdo. El interés que insinúa no tiene nada que ver en nuestra amistad. Hablamos el mismo idioma y es una persona amigable, pero ustedes los latinos suponen cosas que no existen y su imaginación rebasa cualquier límite.

—Quizá nuestra forma de ser, se deba a que los misterios del amor y de la vida nos intrigan demasiado.

—¡Amor! —exclamó—. ¿Y usted piensa que puedo enamorarme del primer hombre que vea, como una adolescente salida de un convento?

—En algunos aspectos su vida se asemeja a la vida de encierro; contrajo matrimonio y enviudó el mismo día guardando desde entonces, votos de castidad, Destine.

—Eso no significa que esté dispuesta a romper los votos que me hice a mí misma, cuando Matt murió; no soy como las mujeres españolas… y no podría casarme con un hombre al que no amara con todo el poder de mi corazón, de mi mente y de mi alma.

—Habla con mucha seguridad, pero no ha tomado en cuenta la soledad.

—Una enfermera nunca está sola, señor.

—Me refiero a cuando termina con sus deberes y sale del hospital. Entonces, su compañía será el tic tac de un reloj y la voz del hombre en la radio anunciando mil productos, pero nunca brindándole satisfacciones ni la oportunidad de compartir lo que otras mujeres comparten. Las españolas son distintas, se casan con un hombre y aunque no lo amen, tienen la seguridad de que las protegerá y será bondadoso con ellas. Los españoles no son maridos excelentes pero, al menos, no resultan aburridos.

—Me parece que su explicación carece de sentimientos —el Don se acercó a ella y con los brazos la cercó sobre la arcada; se alarmó al sentir su cercanía y lo vio más alto que nunca. Pudo aspirar el aroma masculino que despedía su persona. El corazón comenzó a latirle aceleradamente y tuvo miedo de que la lastimase; el pánico hizo presa de ella y deseó apartarse de su lado, huir antes que… pudiese tocarla. Domingo colocó una mano sobre su cabello y Destine supo que era inútil pretender que le profesaba un sentimiento distinto.

—La frialdad es algo que no concibo que pueda existir entre un hombre y una mujer y me parece absurdo el concepto que tiene sobre los españoles —sonrió apenas—. Los ingleses insisten en demostrar que son fríos e indiferentes, pero la verdad es otra. Incluyendo a las chicas que llegan a nuestras playas y coquetean con los chicos latinos, que se casarán con la joven escogida por la abuela, y con los hombres sentados en los cafés que tienen una esposa y dos o tres pequeños esperando por ellos, en casa. El latino es realista, aunque pretenda parecerse a Rodolfo Valentino.

—Entonces, ¿cómo es en realidad el latino, señor? —no pudo evitar la pregunta, sentía curiosidad por averiguarlo, aunque él se mofara de los ingleses.

Levantó la barbilla e insistió:

—Conozco bien a los ingleses y conocí a uno en especial. Pero dígame: ¿cómo es el español?

Domingo no respondió de inmediato, consideraba su pregunta. Destine esperaba, mirando al hombre cuya ideología era distinta a la

suya. Nunca había estado tan consciente de lo que un hombre representara… ni aun cuando se hallaba al lado de Matt. El corazón continuaba con su acelerado latir y se sentía indefensa ante la cercanía del Don.

—El típico español le puede resultar extraño y complejo, pero le aseguro que se asemeja mucho más a *Don Quijote* que a *Don Juan*. El honor es para él lo más importante, y no dudaría en cortarle el cuello al que osara mancillarlo. Veo que se estremece, pero es la verdad y usted deseaba saberla.

—Sí —murmuró, y a través de las flores y de la alta figura de Domingo, percibió el rozar de los pétalos y el sonido de la música española, llena de simbolismo, de amor y de misterio.

—La danza flamenca es una especie de reto entre un hombre y una mujer —repuso—. Es sensual, y cada paso es el verso de alguna leyenda. Observe a los bailarines y se dará cuenta de que no se tocan, sólo se miran y acoplan sus pasos, pero quien los observa, siente vibrar el sentimiento y el significado de la danza. Entre los españoles es muy común no desear demostrar en público, nuestros más íntimos sentimientos hacia otra persona, a menudo expresan indiferencia y frialdad con la persona más allegada a ellos. Dentro de los muros de su casa es distinto, puede incluso ser gobernado por la esposa, pero fuera de ellos, es el hombre orgulloso y dominante. Puede demostrar amor en su mirada y en sus labios, pero sólo besa en privado, con excepción de los besos de cortesía que deposita en las manos de las damas. Lleva siempre dentro del corazón la lanza del *Quijote*, con la que va en pos de sus sueños y, muchas veces, de lo imposible.

—¿Y aún se atreve a decir que no son románticos? —sonrió Destine, pero su sonrisa desapareció de sus labios al sentir la mano del Don sobre su hombro. Parecía que una descarga eléctrica traspasaba su piel y hacía estremecer su corazón.

—¡No! —exclamó casi con dolor.

—La soltaré cuando haya respondido a lo que deseo preguntarle. ¿Por qué razón salió en mi defensa, cuando le desagrado tanto? No comprendo por qué hizo un drama de una simple farsa.

—¿Farsa? —se sobresaltó—. No entiendo por qué tiene que ser tan cínico.

—Tal vez el cinismo me aleja del pecado. Aunque algunas veces me siento tentado a pecar y sin duda usted debe haber sentido lo mismo…, mi bruja blanca.

Destine contuvo el aliento al sentir que el Don la rodeaba con sus

brazos.

—Ahora, diré la frase que dicen los toreros al levantar la espada en medio de la plaza de toros, "el momento de la verdad ha llegado". El momento de la terrible verdad. ¡Dime, Destine, dime que me odias! ¡Dímelo!

Destine trató desesperadamente de alejarse de él, de soltarse del círculo de sus brazos que la sostenían con fuerza. Ya antes la había sostenido de esa manera, pero ahora era distinto, aun en contra de lo que pensaba, deseaba permanecer entre ellos y sentir el tibio calor de su fuerza viril, envolviendo su espíritu y haciendo latir su corazón con frenético ritmo.

¿Odiarlo? ese sentimiento no existía dentro del alma de Destine, no podía responder con odio a lo que ya era innegable. Domingo la acercó hacia sí y la besó con dulzura, ella respondió a su demostración de amor, volcando en él toda la ternura que llevaba guardada dentro del corazón.

La dejó y refugió el rostro en el cuello de la joven. Destine tomó el rostro entre las manos y besó la cicatriz una y otra vez, como si con sus besos pudiese borrar el recuerdo de aquel dolor que el fuego había impreso.

—Esto no volverá a suceder —dijo Domingo sobre su mejilla, y parecía que cada palabra significaba una tortura—. Te marcharás pronto, volverás a tu país y… me olvidarás…

—¿Y tú harás lo mismo Domingo?, ¿podrás olvidar? —su voz se oía entrecortada por las lágrimas, que a duras penas contenía. Sus manos se asían a sus brazos y ya no lo sentía como al distante extraño que tratara de molestarla y burlarse de ella. Ahora deseaba unir su corazón al de él y no apartarse jamás de su lado. Su imagen en aquel patio, envuelta en la fragancia de la noche, la hizo estremecerse; miró los ojos negros y el cabello cayendo sobre la frente ancha y percibió la tortura en su mirada, el tormento que ocultaba un llanto silencioso.

A ninguna otra persona, ni aun a Matt, lo había sentido como parte de su ser, como sentía a Domingo.

Junto a Matthew nunca sintió la ira, el dolor y el amor que el Don despertaba en ella. A pesar de su carácter bondadoso y amable, nunca despertó en ella sentimientos tan encontrados y opuestos entre sí.

—Oh, Don Cicatriz —murmuró—, creo que moriría si tuviese que apartarme de tu lado.

—El morir no es tan sencillo, Destine. El tormento de saberte

cerca y mirarte cada día y cada noche sería peor que el no verte más. No soy libre, ni soy joven como para treparme por tu balcón, bajo la luz de la luna. Pero si no te marchas tendré que hacerlo y creo que tú me comprendes.

Destine asintió sobre su pecho, y supo que sufriría al verlo al lado de la mujer que sería su esposa. Sabía que no sería capaz de lastimar a su prima, aunque sólo sintiera por ella compasión y cariño. Esos sentimientos eran distintos a lo que podría sentir por ella. Era todo un hombre y sabía controlar sus deseos, pero carecía de armas para defenderse de la compasión que le inspiraba Rocío. Se casaría con ella y mandaría a Destine muy lejos de él.

—No puede ser —murmuró Domingo—. Si te hubieras marchado la noche de tu llegada, todo habría sido muy distinto. ¿Por qué razón viniste? ¿Por qué razón tuve que mirar tu cabello plateado y tus ojos como el cielo, que jamás podrán ser míos? ¿Por qué tu odio no fue real como cuando le arrojaste el vino a Fernando? En ese instante quise tomarte entre mis brazos, sostenerte junto a mí y llevarte lejos, muy lejos de aquí… ¡ninguna mujer debería ser tan bella, como lo eres tú!

—¡Oh…! —lo escuchó exclamar, al tiempo que la soltaba y se alejaba de su lado, apartando la cortina de buganvilla que los ocultaba del resto de los invitados—. Ya voy Sánchez. Fui a dar un paseo y me perdí dentro de un sueño.

—Rocío pregunta por ti —repuso el otro hombre—. Creo que se encuentra un poco fatigada y desea marcharse.

—Estoy a sus órdenes —repuso el Don y se alejó dirigiéndose al lado de Rocío.

Destine temblaba, pues no se percató de que alguien se acercaba, si Domingo no hubiese escuchado los pasos de aquel huésped, los hubiese visto juntos y el escándalo no se podría haber evitado.

Destine permaneció inmóvil, sintiendo sobre sus brazos el calor de las manos de Domingo. Ahora se encontraba más sola que nunca, la otra mujer en la vida del Don ocupaba el primer lugar, estaba ligada a ella por el honor y el deber.

"Debes marcharte y alejarte de mí". Destine recordó sus palabras y se preguntó si la distancia y el tiempo, serían capaces de borrar el sentimiento que los uniría a partir de ese momento.

Sería imposible olvidar su ternura y su propia reacción ante su demostración de amor. Había intuido la fuerza y el control que ejercía sobre su poderoso cuerpo y supuso que era excepcional el hombre que

podía controlarse en aquella forma. Le había demostrado su superioridad y su poder y le había dado una pequeña muestra de lo que su amor significaría.

Colocó ambas manos sobre sus mejillas, era increíble que pudiese sentir tanto amor por un hombre que jamás podría pertenecerle. Deseaba correr con los brazos extendidos y con el corazón abierto y mostrarse ante toda esa gente y ante su absurdo código de honor.

Un sollozo brotó de su garganta, era un llanto de tristeza y de vergüenza y hubiese deseado que aquellas lágrimas tan amargas fueran lágrimas de felicidad para que todos pudiesen verlas. Debería disimular y pretender que el Don le era indiferente… pero, ¿podría lograrlo, después de haber estado a su lado y de sentir su corazón latir al compás del suyo? ¿Podría volver a mirarlo con ojos indiferentes, sabiendo que la amaba?

Lo amaba y no podría separarse de su lado… lo amaba y su amor era distinto al que había sentido por Matt. El nuevo sentimiento no podría constituir una traición a su esposo muerto. Matthew había sido tierno y bondadoso, el Don despertaba en ella un amor de muchas facetas que habían logrado despertar en ella los sentidos, que dentro de su ser se hallaban dormidos desde la muerte de su esposo… y quizá desde mucho tiempo atrás.

Y a pesar de todo, tendría que marcharse. El futuro le pareció incierto y todo el calor que sintiera momentos antes, la abandonaba.

Las despedidas fueron afectuosas. Susana Castro abrazó a Rocío e hizo lo mismo con Don Cicatriz.

—Deben regresar a visitarnos pronto —miró a Destine con frialdad y agregó—: supongo que usted regresará a Inglaterra ahora que nuestra querida Rocío ha mejorado, ¿verdad?

—Sí —Destine había tomado una decisión. Se alegró cuando entró en el auto y compartió con Rocío la manta que Don Cicatriz colocaba sobre las piernas de ambas. Domingo subió el toldo del coche y un suave calor invadió el interior, mientras avanzaban por el camino, dejando atrás la finca de los Castro.

—Hasta la vista —murmuró Rocío, mientras recostaba la cabeza sobre el mullido respaldo—. Fue muy agradable volver a verlos, pero me siento cansada… creo que dormiré un rato. No logro entender cómo es que Domingo conserva intacta su vitalidad —bostezó y dejó caer la cabeza sobre el hombro de Destine. La sentía liviana y frágil,

como una chiquilla que llevaban a casa después de una agitada fiesta. Y siendo una niña, no podría ser traicionada por los seres a quienes había entregado toda su confianza. El hombre que amaba la había abandonado, pero el hombre que no la amaba no podría dejarla.

Destine miró el cabello oscuro de Domingo, sus anchos hombros, y deseó tocarlo. El silencio los envolvía pero tuvo la sensación que sólo con el pensamiento se comunicaba con él. Lo que se iniciara entre ellos, moría en el instante en que le había respondido a Susana de Castro que regresaría a Inglaterra.

Llegaron a la casa y el Don tomó a la adormilada Rocío entre sus brazos y la llevó a su habitación. Destine le dijo que ayudaría a la señora a desvestirse, pero Domingo negó con la cabeza y presionó el timbre que hizo que Anaya acudiese de inmediato.

—Tú también estás cansada —le dijo a Destine, tomándola de la mano y conduciéndola fuera de la habitación de su prima—. Las emociones te han agotado —murmuró.

Destine hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y el corazón le dio un vuelco, al mirar los ojos de Domingo y leer lo que querían decirle. Sonrió y su sonrisa le hizo comprender lo que ella también sentía por él. Se acercó un poco al Don, sabiendo que no debería hacerlo, que debería mantenerse alejada de su lado. Lo amaba tanto que no le importaba ya lo que pudiese pensar, amaba su rostro marcado y cada una de las fibras de su ser.

La miró y su rostro estaba tan pálido como el suyo, a pesar de la tez bronceada.

—Vete, vete pronto —musitó—. Márchate antes que te lastime a ti y a Rocío.

—Nunca podrías lastimarme —repuso en voz baja—. Aunque levantases la mano para golpearme te seguiría amando…

—¿Amando? —repitió, al tiempo en que la conducía escalera arriba, donde las lámparas brillaban y todo parecía un sueño bajo las sombras de la noche. Se detuvieron ante la puerta de su habitación y el corazón de Destine comenzó a latir apresuradamente. Sería sencillo que ambos entraran y cerraran tras de sí la puerta que los aislaría del mundo, que les permitiría fundir sus cuerpos temblorosos de arrebatadora pasión en el abrazo de fuego que consumaría su amor prohibido.

—Sí —suspiró él—, anhelo entrar en este cuarto en tu compañía, pero la noche termina, comienza el día y tendría que dejarte… ¿Y te puedes imaginar lo que significaría, separarme de ti, después de estar

entre tus brazos? Soy un hombre que ha conocido muchas mujeres, pero tú no eres una de ellas, tú eres una, la definitiva.

Sus palabras la impresionaron, no porque supusiera que había sido una especie de monje y que se mantuviera alejado de las mujeres, sino porque no podrían gritar su amor, sin sentirse avergonzados o culpables.

—Te lo suplico, Destine, ve a dormir. Entra en tu habitación. Cuando llegue el día podrás mirar al mundo, sin vergüenza, como lo has hecho siempre. ¿Acaso no sabes lo que tu dignidad y tu orgullo significan para mí? Los llevas sobre ti como si fuesen piedras preciosas y no seré el ladrón que entre en medio de la noche para robártelos.

—¡Domingo…!

—No se hable más, Destine, no puedo soportarlo —deshizo el nudo de la corbata y se alejó de ella—. Necesito tomar un trago. Duerme y… olvida.

Caminó rumbo a las sombras del pasillo y Destine sintió que un cuchillo le atravesaba el corazón. Le estaba prohibido disfrutar de su amor, aunque fuese por unas horas, estaba comprometido con Rocío y lo único que podía hacer, era abandonar la Casa de las Rejas.

Entró en su habitación y se sentó en la orilla de la cama, en la oscuridad, repasaba cada palabra y cada beso que habían intercambiado. Era tan poco lo que tenía para recordar y era tanto tiempo que tenía por delante, cuando partiera de aquella casa… se estremeció y se dijo a sí misma que no le hubiese importado nada, ni la vergüenza, ni la traición hacia Rocío, si sólo hubiese podido demostrar su amor a Domingo por unas cuantas horas, dejándose llevar por la ardiente pasión que éste despertaba en ella.

Capítulo 8

El día siguiente resultó siniestro para los ocupantes de la casa, tal parecía que una nube oscura pendiera sobre ellos, enturbiando la claridad del cielo azul.

Mirar al Don, se había convertido para Destine en un tormento insufrible, cuando sus ojos se encontraban, se podía advertir que entre ellos había surgido algo que los acercaba y Destine sentía que sus nervios no podían soportar aquella tensión. Daba excusas para no estar presente siempre que él se acercaba a Rocío, no deseaba que la joven señora sospechara, al percatarse de su forma de mirar a su prometido. Evitaba cualquier sitio en donde sabía que podía encontrarlo a solas, como el huerto, los establos o la torre morisca que se elevaba en un sitio apartado dentro de los límites de la finca. No deseaba encontrarse en aquel sitio con Domingo y tener que controlar sus sentimientos para no arrojarse en sus brazos.

Verlo era ya un tormento insufrible, cuando sonreía con el encanto característico de su raza. Destine deseaba gritarle a Rocío que estaba equivocada, que no debería abusar de su caballerosidad. Poseía tanto que ofrecer a una mujer y Rocío sólo podría recibir su compasión. Le brindaría protección a ella y a la marquesa y seguiría administrando las tierras, no exigiría nada a cambio y el matrimonio sería un contrato verbal, sólo eso. Destine lo sabía en lo profundo de su ser.

El amor y el no desear manchar su honor, fue lo que animó a Destine a hablar con la marquesa. Se dirigió a la salita donde la señora leía su correspondencia. Destine le explicó, que Rocío había alcanzado la mejoría que de su estado podía esperarse, así que sus servicios ya no eran necesarios, por lo que pensaba marcharse.

—No, aún no te marches… —repuso la marquesa, como si temiese que con su partida su hija fuese a empeorar—. Quédate un mes más, deseo asegurarme de que mi querida Rocío está realmente mejor.

—Es imposible, señora marquesa —el pánico se apoderó de Destine, sabía que no podría quedarse y tenía que pensar en una excusa que le permitiera alejarse del Don. Era imposible verlo día con día y evitar su presencia. El marcharse, significaba un dolor muy grande, pero tenía que hacerlo, tenía que encontrar las fuerzas necesarias para alejarse de la Casa de las Rejas.

—No existe motivo para que continúe aquí, señora —agregó Destine sintiendo que su voz temblaba al hablar—. Rocío ya no me necesita y estoy recibiendo un sueldo sin merecerlo.

—No importa —repuso la marquesa tomando sus manos—. Quédate un poco más y acepta ser nuestra invitada. Te mereces unas vacaciones y no existe lugar más bello que Xanas para que puedas disfrutarlas —suspiró y continuó—: sé que no ha resultado fácil tratar a Rocío, pero al menos parece resignada gracias a Domingo. Es un hombre tan fuerte y resuelto, que su presencia inspira confianza. Será un gran descanso cuando el divorcio con Miguel Arandas concluya… pero volviendo a lo tuyo, Destine, pareces en tensión y un poco nerviosa. Necesitas un descanso y creo que la casa te agrada y has llegado a considerarla como tu segundo hogar, ¿no es así?

—Sí —murmuró. Era verdad, la sombra de Manolo había desaparecido y casi se había perdido entre la recia personalidad del hombre que amaba—. Creo que nunca existirá una casa más bella que ésta, pero debo marcharme y lo haré cuando finalice la semana. Debo reanudar unos estudios que mejorarán mi carrera y sólo puedo llevarlos a cabo en Inglaterra.

—Tu carrera —exclamó—. ¿Acaso nunca antepones tus sentimientos o tus deseos de mujer? Eres muy atractiva para encerrarte iras los muros blancos de un hospital y me he propuesto conseguir un español bien parecido para que te enamores.

Se estremeció a su pesar; jamás imaginó que un hombre le volviese a interesar y que ese fuera, precisamente, el futuro yerno de la marquesa.

—Señora marquesa, creo que cada persona debe aceptar lo que el destino le tiene preparado. El mío es continuar siendo enfermera, ser esposa es algo que no me atrae.

—¡Pero qué desperdicio! —sonrió y levantó un mechón que se había soltado del moño de la joven—. Tendrías hijos muy hermosos y tu esposo sería muy afortunado al tenerte a su lado. Eres tan sensible y tan agradable a la vista. ¿Aún recuerdas a tu esposo?

—Nunca podré olvidarlo —repuso Destine y lo decía sinceramente. Matt ocuparía siempre un lugar en su corazón.

—Si regresas a Inglaterra los recuerdos te volverán a hacer daño —dijo la marquesa—. ¿No deseas quedarte un poco más?

—Hasta el fin de semana. Para entonces, deberé irme y créame que debo hacerlo.

—Lo dices en un tono desesperado —la miró con curiosidad y desconcierto—. ¿Acaso es mi sobrino el culpable de que desees marcharte?

—No —el corazón le dio un vuelco dentro del pecho—. ¿Por qué

habría de ser Don Cicatriz el responsable?

—Quizá te insinuó que Rocío ya no te necesita y ahora que obtenga el divorcio y pueda estar a su lado, tú ya no serás necesaria. ¿Te pidió que te marcharas? Lo conozco, es un hombre que habla claramente, dice las cosas tal cual son.

Destine desvió la mirada, no deseaba que la marquesa pudiese leer el dolor que había en sus ojos. Le había dicho que se iría y le resultaría muy penoso si se enterara de la verdadera razón que la impulsaba a marcharse. Domingo era como un hijo para ella, lo amaba y confiaba en él y Destine sería la última persona que destruyera esa confianza.

—El Don sabe que su hija ya no me necesita. Es un hombre lógico y consciente, señora. ¿Por qué habría yo de seguir recibiendo un salario si ya no resulto útil?

—Pero te necesitamos, querida. Quédate a mi lado por un tiempo, cuando Rocío se case me quedaré muy sola. Domingo pertenece al grupo de hombres que desean estar a solas con su mujer, al menos durante los primeros meses.

Destine miró a la marquesa y le sorprendió que pensara en el matrimonio de su hija como en algo que resultaría normal y común. Quizá se estuviese engañando al pensar de ese modo. Deseó gritar y explicarle a la marquesa su amor por Domingo y decirle que su sobrino se casaba con su hija por cuestiones de honor y de agradecimiento. No existía el amor y cualquiera podría darse cuenta, cualquiera, menos una madre que deseaba con toda su alma que su hija encontrase la felicidad casándose por segunda vez.

—¿Qué sucede? —preguntó, mirando a Destine—. Me pareció que ibas a protestar… ¿te ha dicho Rocío algo referente a sus sentimientos hacia Miguel Arandas? Tal vez imagina que aún lo recuerda, ¡pero cómo puede pensar tal cosa! Domingo es más hombre que el tal Arandas.

—El amor no es un sentimiento que pueda ser razonado —murmuró—. El corazón es un órgano con voluntad propia y en ocasiones nos hace sentir desamparados cuando decide amar a alguien.

—Pero aceptó casarse con Domingo. Ella sabe que Miguel no regresará y la pobrecita merece un poco de felicidad, después de haber sufrido tanto. Tal vez mi sobrino te resulte un hombre desagradable y pienses que no le conviene a Rocío. Lo conozco desde que era niño y sé que es tierno y afectuoso. Necesita una esposa…

La marquesa interrumpió la frase y se mordió el labio, era como si en ese momento recordara que su hija era una inválida y Domingo un hombre activo y normal. Destine observó como entrelazaba las manos y supo que el amor de madre luchaba con la cruda y cruel verdad.

—Resultará —dijo al fin—. Domingo tiene la finca y ésta significa todo para él, sabe que cuando yo muera él estará a cargo de todo y el amor a la tierra, es algo muy arraigado en los hombres de nuestra raza. Tal vez sea un sentimiento más profundo que el amor que pueda sentir por alguna mujer.

Un estremecimiento recorrió a Destine al escuchar lo que la marquesa decía. Era la verdad y quizá lo que Domingo sentía por ella pasaría pronto, no así la tierra que era eterna y capaz de brindar mucho más que una sola mujer.

—Creo que nuestra conversación ha resultado un poco deprimente. Oprime el botón del servicio, Destine. Tomaremos café con mucha crema… tú no eres del tipo de mujeres que teme engordar, ¿verdad querida?

Destine sonrió a pesar de la tristeza que sentía.

—Todos los kilos que pude haber subido durante estos días, los bajaré en cuanto reingrese al hospital. Allá no disponemos de tiempo para sentarnos y…

—¿Sigues aferrada a la idea? —suspiró la marquesa y dio vueltas al anillo de rubíes, compañero del aro de bodas que llevaba en el dedo —. Te echaré de menos…

—Yo también voy a extrañarla, señora —dijo con sinceridad—. Ha sido muy bondadosa conmigo y la recordaré siempre.

Tomaron el café y Destine se las arregló para dejar la salita y subir a su habitación. Debería escribir a su madrina, al dejar Xanas no se detendría en Madrid, iría directamente a Inglaterra. Le haría preguntas y Destine sabía que la condesa adivinaría su secreto y éste debería permanecer oculto para siempre.

Guardó la carta en un sobre y le encargó a uno de los sirvientes que la depositara en el correo. Se aseguró de que Rocío no la necesitara durante unos momentos. Le proporcionó revistas y pronto se enfrascó en su lectura. Destine la dejó sola y se dirigió a su habitación, cambió el vestido que llevaba puesto por el traje de montar y bajó a las caballerizas en busca de Madrigal, A esa hora del día, el Don se encontraba en el huerto, por lo que no había peligro de encontrarse con él.

Se sobresaltó al ensillar la potranca y verlo frente a ella, el rubor cubrió su rostro al advertir la presencia de aquella figura oscura y amenazante.

—Me… asustaste —dijo—, no esperaba verte en…

—Regresé a revisar uno de los caballos y te vi pasar. ¿Vas a dar un paseo?

—Será el último que dé en Xanas —repuso y sus manos apretaron las riendas—. He hablado con tu tía y ya le he dicho que me marcho el fin de semana.

—Entiendo —murmuró—. Será lo mejor.

—Es lo único que se puede hacer —sacó al caballo del establo y se preparaba a montar, cuando sintió unas manos alrededor de la cintura que la sostenían. El corazón le latió de prisa y cuando lo miró, sus ojos traicionaron sus sentimientos.

—No permitas que Madrigal te domine —repuso mirándola.

El sombrero cubría el rostro de Destine y parecía una niña, desvalida e indefensa.

—Procuro siempre evitar ser dominada, señor y no permitiré que Madrigal abuse, la mantendré con las riendas tensas.

Se alejó sin mirar al Don. Le resultaba muy doloroso mirarlo y leer en sus ojos lo que sentía por ella, luchando por controlar sus sentimientos y lo que deseaba decirle.

No lo escuchó llamarla, no le escuchó decir las palabras que ansiaba que brotaran de su garganta.

Su partida de Xanas estaba preparada.

La tarde del viernes, su equipaje y el boleto del tren esperaban su marcha. Partiría del mismo modo en que había llegado, en medio de la noche, llegaría a Madrid y tomaría el avión hacia Inglaterra.

—Domingo irá contigo para asegurarse de que tomes el avión —sugirió la marquesa.

—No creo que sea necesario —exclamó presa del pánico—. Puedo cuidarme, le aseguro que estaré bien.

—Los ingleses son muy independientes. ¡Domingo! Debes insistir en acompañarla, es lo correcto, Destine, ya que ahora eres una amiga de la familia. Me sentiré más tranquila si no haces el viaje sola.

—No la incomodes, madre —intervino Rocío—. Si Destine no desea que la cuiden, no insistas. Las inglesas no están acostumbradas a depender del hombre. Estoy segura que tu insistencia la impacienta, sé que está decidida a vivir su propia vida.

—Eso no importa ni altera el hecho de que es una mujer —la marquesa insistió y miró a Domingo con ojos bondadosos—. Irás con la señora, hijo, no creo que sea difícil encontrar asiento en el tren, a esta hora viaja poca gente. Estaré tranquila pensando que una chica tan guapa no viaja sola.

—Eres poco amable con los españoles, tía —intervino el Don, parecía divertido al aspirar el humo del puro que sostenía entre los labios.

—Al contrario, sobrino, los halago. Los españoles gustan de los rostros bellos y es por eso que acostumbramos cuidar a nuestras hijas, Destine. Nuestros hombres son peligrosos y aunque Domingo sonría, él sabe que es la verdad. Respetan a las mujeres que se rigen por el código familiar, pero las demás deben tener mucho cuidado en atraer a un hombre y más aún, abstenerse de provocarlo.

—Nunca he provocado a nadie —protestó Destine—. Pero pienso que el uso del velo y del cascabel en el tobillo es algo que pertenece al pasado, las costumbres deberían cambiar, señora marquesa.

—Existen muchas cosas que nunca cambiarán, Destine, mientras el hombre y la mujer sean diferentes, las costumbres del pasado prevalecerán intactas. Tiemblo al pensar que puedes viajar sola y encontrarte con algún hombre que intentaría faltarte al respeto por encontrarte sola.

—No se discuta más —exclamó Domingo—. Iré con usted.

Destine quiso negarse, desvió los ojos y comprendió que no podía convencerlo; era inútil que protestara, tendría que soportar su presencia durante largas horas en el tren que la alejaría de Xanas.

Sentía su mirada parada en ella y sabía que se resistía a compartir con él las horas que durara el viaje, sin embargo intuía que ella lo deseaba. Nadie sospechaba su amor y su tía era la que insistía en que la acompañase. Al llegar al aeropuerto, se podrían despedir sin testigos y besarse por última vez.

—Bien, ahora que todo se ha arreglado hablemos de otra cosa. ¿Quieres encenderme un cigarrillo, querido?

Rocío sacaba su dorada cigarrera y con ojos brillantes veía al Don, que se acercaba a ella.

—Deberías fumar menos —dijo él, al inclinarse y encenderle el

cigarrillo.

Rocío lo miró y expelió el humo en dirección a su rostro. Destine intuyó que se hallaba molesta y que no deseaba que la acompañase durante el viaje. No la impulsaba el amor, ni los celos, era sólo que el caballero galante le pertenecía y no deseaba compartirlo con nadie.

Deseaba marcharse y terminar con toda esa farsa, sus nervios se calmarían cuando llegara al hospital.

—Lo que es bueno para ti, lo es también para mí —repuso Rocío, señalando el cigarrillo—. Espero que no seas como esos maridos que prohíben todo a sus esposas. No estoy segura y quisiera que alguna de las mujeres que has conocido, me dijera cómo eres en la intimidad de una alcoba.

—¡Rocío! —exclamó la marquesa—. ¿Qué dices?

—Escuchaste bien lo que dije, madre —se recostó sobre el respaldo y aspiró el humo con expresión insolente—. Las historias que circulan en Xanas es algo que no podemos ignorar, como dice en su libro *Ibn H'azm*, "nuestra miel no se hizo para el deleite del extraño". A Eva no le prohibieron comer del árbol de manzanas, fue a Adán a quien le hicieron la advertencia —Rocío miraba a Destine—. Tienes razón madre, es muy bella, sus ojos tan azules se asemejan al color del cielo. ¿Acaso tu bondad es igual a tu belleza, Destine? O ¿existe dentro de ti un lado tormentoso? Debo tener razón, sobre todo cuando recuerdo la imagen de Fernando, con el sherry escurriendo por su rostro. Sus facciones, casi perfectas, me hacen recordar a las de Miguel.

—¡Rocío! ¡Cómo puedes mencionar a ese hombre! Pensé que lo habías apartado de tu mente y ahora hablas de él en presencia de Domingo —repuso la marquesa mirando a su hija—. ¿Acaso no tienes dignidad?

—Ninguna, en cuanto a Miguel se refiere. ¿No te has dado cuenta de que Domingo no me ama? ¡Míralo, madre! en sus ojos sólo hay piedad y lo único que lograré será hacerlo vivir en el infierno, como Manolo hizo con él.

Rocío se enderezó y levantó la cabeza.

—Domingo nunca lo denunció, ni aun en su delirio. Manolo nunca debió fumar en aquel lugar, provocando el incendio que lastimó tan cruelmente al Don. Creo que la maldición que se cernía sobre la familia Obregón, ha muerto junto con él y espero que permanezca enterrada para siempre. No seré yo la que vuelva a iniciarla casándome con Domingo… debe casarse con la mujer que lo ama.

El silencio envolvió el salón y sin darse cuenta, Destine se levantó y caminó fuera de la habitación alejándose de la gente que la rodeaba.

Al salir al patio aspiró el aroma de la noche, de las mil flores trepando por los muros y corrió solo para ser alcanzada por el Don, que la tomó por los hombros haciéndola girar y colocándola frente a él.

—Déjame sola, ¿es acaso mucho pedir? —exclamó. Él no intentó callarla, la dejó externar todo lo que sentía, hasta que no se sintiera más calmada e indefensa frente a él.

Todo a su alrededor se hallaba en silencio, sólo los sonidos del campo interrumpían la calma y las estrellas en lo alto parpadeaban en el firmamento oscuro.

—Permite que me vaya, Domingo —murmuró—, deja que esto termine. Me marcharé sola para que se puedan arreglar las cosas entre tú y Rocío… ¿Cómo pudo ser tan cruel? ¿Cómo pudo herir a su madre y a ti? Durante toda la semana presentí que se desataría una tormenta y ahora sucede.

—La tormenta nos pertenece a nosotros, mi amor y debemos enfrentarla. No volveremos a esconder nuestros sentimientos.

—¡Es un amor maldito! —gritó—. Me parece ver a Manolo reír desde el infierno. ¡Debo irme! Y tú no podrás detenerme.

—No, no puedo hacerlo pero puedo ir contigo. ¿Qué dices! ¿Creíste que nunca antepondría el amor de una mujer por este valle? Pues ahora lo haré, te demostraré que sí puedo hacerlo, nada podrá detenerme —la tomó entre sus brazos, su calor desvanecía todo el sufrimiento y el miedo que albergaba su corazón, transportándola al cielo.

—No debes marcharte —musitó—. Tu vida es esta, perteneces a esta tierra a la que le has dado tanto… no puedo pedirte…

—Durante tu vida has pedido muy poco y creo que es tiempo que alguien te ofrezca todo. ¿Crees que mi vida y mi amor serán suficientes?

—Pero todo lo que significa algo para ti, se encuentra en este lugar —repuso casi llorando—. Tú perteneces a esta región y no puedo quedarme a tu lado… Si no hubiese venido a Xanas, te hubieses casado con Rocío y tu tía sería muy dichosa.

—Una felicidad muy falsa, la tía tendrá que aceptar que debo vivir para la mujer que amo —tomó el rostro de Destine entre sus manos y le dijo—: no me veas como a un mártir próximo a ser

inmolado. Lo que nos envuelve es el fuego del amor y arderemos juntos… ven conmigo, querida.

Todo quedaba atrás, el sol del sur y los recuerdos, las lágrimas y los besos de la tía, que triste les había dicho adiós. Viajaban a través de la noche en pos de la felicidad.

Hablaron sobre Australia, mientras Destine se refugiaba en los fuertes brazos de Domingo. El compartimiento en el que viajaban era confortable y cálido; hasta la ventana llegaron las primeras luces del amanecer y Destine al mirarlas, exclamó con suavidad:

—España es esto, fuego, belleza y amor…

—Esto es amor, querida Destine —y con el brazo la acercó hacia su pecho, mientras ella miraba el sol que asomaba entre las montañas.

Fin